

TERCERA SERIE

EXPLORADOR DE TURQUÍA 4



LE MONDE
diplomatique

Donde chocan los mundos

Nos importa el crecimiento de nuestro país.

En PAE, estamos presentes en las cuatro principales cuencas de la Argentina. Allí desarrollamos yacimientos de gas y petróleo convencional y no convencional.

En el último año:

- Invertimos 1.500 millones de dólares.
- Incrementamos la producción de hidrocarburos y el nivel de las reservas.
- Generamos trabajo para 13.000 personas.

Nos importa Argentina. Por eso, hacemos.

Pan American
ENERGY



www.pan-energy.com

4

TERCERA SERIE

TURQUÍA
EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

Donde chocan los mundos

Edición

Pablo Stancanelli

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diseño de portada

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Pablo Stancanelli

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

**LE MONDE
DIPLOMATIQUE**

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Garbarino

Laura Oszust

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

**Redacción, administración,
publicidad y suscripciones:**

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Tel: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique

Explorador es una publicación de Capital Intelectual S.A. Queda prohibida la reproducción de todos los artículos, en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A. © *Le Monde diplomatique*

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768, C.P. 1416ECH Ciudad de Buenos Aires

**Distribución en Cap. Fed.
y Gran Buenos Aires:**

Vaccaro Hnos. Representantes editoriales S.A. Entre Ríos 919, 1º piso. Tel: 4305-3854 C.A.B.A., Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836 Tel: 4305-3160 C.A.B.A. Argentina

Le Monde diplomatique (Paris)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de Redacción:

Philippe Descamps

1-3 rue Stephen-Pichon,

75013 Paris

Tel: (33) 53949621

Fax: (33) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr
www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

Una potencia en la neblina

por Pablo Stancanelli

En el poder desde 2003, el AKP, liderado por Recep Tayyip Erdogan, colocó a Turquía entre las nuevas potencias emergentes. Pero sus aspiraciones hegemónicas, el ataque a los valores seculares de la República y el caos regional anuncian una era de turbulencias.

En el eje de tres continentes, centro de un Imperio Otomano en descomposición que en su apogeo arañó las puertas de Viena y se extendía de los Balcanes a Medio Oriente y del Cáucaso al Norte de África, pasando por la península arábiga, la nación turca pudo convertirse en un apéndice de la historia a comienzos del siglo XX. Los turcos sufrían desde hacía ya doscientos años humillantes derrotas a manos de los modernos Estados-nación europeos, que impulsaban al mosaico de pueblos que integraban al Imperio a rebelarse contra la Sublime Puerta, y sus reflejos reformistas fueron lentos y tardíos. La alianza inevitable con los Imperios Alemán y Austro-Húngaro en la Primera Guerra Mundial y el desplazamiento y genocidio de las minorías armenia y siríaca los dejó rendidos, sometidos a la invasión y el reparto de sus territorios por parte de los Aliados.

Se sobrepusieron gracias a la fuerza de un hombre providencial, Mustafá Kemal, quien movilizó el fervor nacionalista de su pueblo, con el aura del mito forjado en 1915 en la defensa de los Dardanelos, y lideró una guerra de independencia en rechazo al Tratado de Sèvres (1920) para fundar en 1923, en casi todo el territorio actual de Turquía, una República laica, orientada hacia Europa, en ruptura con su pasado y su geografía. Tras expulsar a los invasores europeos, Kemal, llamado "Atatürk" (el "padre de los turcos"), provocó una verdadera revolución, imponiendo una serie de reformas culturales y sociales radicales, que convertirían a Turquía en el primer país de población musulmana en separar la política de la religión.

En su búsqueda de cohesión interna y desarrollo autónomo, Atatürk construyó un Estado de partido único –el Partido Republicano del Pueblo (CHP, en turco)–, nacionalista, autoritario y pretoriano, cuyos rasgos sobrevivieron a su muerte en 1938 y marcaron a fuego las aspiraciones democráticas de la República.

Tras la Segunda Guerra Mundial –de la que no participó–, Turquía se abrió al pluralismo político y profundizó su orientación occidental: adhirió a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y multiplicó esfuerzos por asociarse a la naciente Comunidad Europea. Los militares se convirtieron en

tonces en los guardianes del orden kikalista. Su pretendida defensa de la República secular justificó cuatro golpes de Estado, la tutela sobre la vida política y pública, y el uso del terrorismo de Estado –con todas sus derivas mafiosas– en la lucha contra los rebeldes kurdos del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), quienes en 1984 se lanzaron a la lucha armada en reclamo de su independencia. Aliado a una burguesía nacional industrial, el ejército colocó al país en la senda periférica de una economía capitalista liberal y exportadora. Y en su afán de sofocar al comunismo abrió las puertas al resurgimiento del islamismo.

Así, a fines de los ochenta, Turquía retornó a una democracia multipartidista vigilada, encorsetada por la Constitución restrictiva establecida por la dictadura en 1980, e ingresó en un largo período de inestabilidad, paulatinamente acompañado por reformas que apuntaban a lo que devino su principal objetivo: convertirse en miembro pleno de la Unión Europea (UE).

¿“Nueva Turquía”?

La grave crisis económica de 2001 puso en cuestión la capacidad de los partidos tradicionales y los militares para ofrecer al país un futuro. Las evasivas europeas –fundadas en sus raíces cristianas–, la emergencia de nuevos polos de poder y las conmociones regionales despertaron miradas críticas sobre el lugar de Turquía en el mundo. Fruto de estas mutaciones, en 2002, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, en turco), liderado por Recep Tayyip Erdogan, ex alcalde de Estambul encarcelado en 1998 por declarar “los minaretes son nuestras bayonetas”, inauguró una nueva era política, e histórica, de la República de Turquía.

Con un discurso moderado, esta formación islamista, que se define como un partido de masas democrático y conservador, renovó las esperanzas de un verdadero multipartidismo, profundizó las reformas exigidas por la UE, confinó a los militares en sus cuarteles y abrió el juego a las minorías (kurdos, gitanos). Devolvió a Turquía su orgullo, desarrollando una política exterior autónoma, con atisbos nunca concretados de normalización con Armenia y Chipre, y buscó establecer al país como un modelo para la región, a la cabeza

SUMARIO

TURQUÍA

Donde chocan los mundos

INTRODUCCIÓN

2| Una potencia en la neblina

Pablo Stancanelli

1. MARCHA FORZADA A LA MODERNIDAD

Lo pasado

7| La revolución kemalista

Taner Timur

13| El tabú del genocidio armenio

Taner Akçam

17| Una sociedad bajo tutela

Ata Gil

23| En tránsito hacia la democracia

Ata Gil

24| El avance del islamismo

Altan Gokalp

28| La caída del Imperio

Georges Corm

29| Bajo los escombros surgen
varios Estados

Cécile Marin y
Philippe Rekacewicz

2. UNA DEMOCRACIA EN EBULLICIÓN

Turquía hacia adentro

33| Islamismo popular y liberal

Tristan Coloma

37| El enigma Gülen

Ali Kazancigil

41| Frágil esperanza de paz
con los kurdos

Kendal Nezan

46| El despertar de los gitanos

Marie Chambrial
y Erwan Manac'h

3. EN BUSCA DE LA IDENTIDAD PERDIDA

Turquía hacia afuera

51| Un espléndido aislamiento

Wendy Kristianasen

52| El eslabón precario

Alain Gresh

55| Chipre, ¿oportunidad para la paz?

David Courbet

57| Socios, pero no tanto

Didier Billion

60| Los turcos de Alemania

Michel Verrier

63| Expansión al sur del Sahara

Alain Vicky

66| El reto de América Latina

Ariel González Levaggi

68| En el centro de Eurasia

Cécile Marin y
Philippe Rekacewicz

4. UN ARTE DE LAS CONTRADICCIONES

Lo vivido, lo pensado, lo imaginado

73| El largo camino de la cultura

Abidin Dino

77| Los apaches de Estambul

Timour Muhidine

79| Violencias simétricas

Guy Scarpetta

5. LOS DESAFÍOS DEL PLURALISMO

Lo que vendrá

82| Emergencia interrupta

Rubén Paredes Rodríguez

de la lucha contra la islamofobia, la defensa del pueblo palestino y las revoluciones árabes. Alcanzó sobre todo un notable desempeño económico –profundizando las reformas estructurales de los años 90–, que derivó en un mayor bienestar de la población y elevó a Turquía entre las 20 economías más importantes del planeta.

El AKP, y Erdogan (como Primer Ministro y, luego, primer Presidente elegido por sufragio directo), pudo así mantener su hegemonía por trece años consecutivos –una situación sin precedentes desde Atatürk–, apoyado en las clases populares, una nueva burguesía conservadora anatólia, clanes tribales kurdos y órdenes religiosas (*tarikat*), entre las que se destaca el movimiento liderado por el muy influyente y polémico Fethullah Gülen. Comenzó a implementar entonces una (contra) “revolución silenciosa”, populista y piadosa, con el objetivo de celebrar para el Centenario de la República en 2023 el advenimiento de una “Nueva Turquía”. Un programa que reivindica la herencia otomana e islámica del país, con el uso del velo como estandarte, y constituye una suerte de revancha de la Turquía profunda.

Sin embargo, desde 2013, el modelo del AKP perdió el rumbo. La coyuntura internacional puso un freno a la economía y a sus ambiciones –y ambigüedades– geopolíticas. Las protestas masivas de jóvenes contra la destrucción del Parque Gezi, en Estambul, despertaron a los sectores de la sociedad civil que defienden los valores seculares de la República y un pluralismo que aparece amenazado. La represión brutal, la censura de las redes sociales y los medios de comunicación, la persecución a periodistas, las crecientes prerrogativas policiales y los intentos de Erdogan por perpetuarse en el poder a través de una reforma de la Constitución que busca imponer un régimen presidencialista, encendieron la alarma ante la deriva autoritaria del gobierno.

A su vez, se desató una guerra fraterna entre Gülen y Erdogan, quien acusó a los gülenistas de estar detrás de filtraciones de escuchas que develaron la corrupción en el poder y lanzó una purga masiva en la burocracia, la justicia y la policía, denunciando la existencia de un Estado paralelo y subterráneo.

En ese contexto, la población votó el 7 de junio de 2015, quitándole al AKP la mayoría parlamentaria –y la posibilidad de reformar la Constitución a voluntad–, y apoyando un emergente partido kurdo que busca la hazaña de reagrupar las diferentes paletas de la sociedad, desde los grupos LGTB y ecologistas hasta los clanes tribales del Kurdistán. Ante el dilema de alcanzar alianzas improbables, gobernar en minoría o llamar nuevamente a elecciones, el gobierno aprovechó un feroz atentado en el sudeste del país, atribuido al Estado Islámico, para renovar los ataques contra el PKK y encender el espíritu nacionalista. Lejos de sus objetivos proclamados, el proyecto de “Nueva Turquía” parece haber despertado viejos fantasmas. ■



1

Lo pasado

MARCHA FORZADA ALA MODERNIDAD

La República de Turquía emergió de los escombros del Imperio Otomano gracias al liderazgo de Mustafá Kemal, “Atatürk”, quien buscó convertir a su joven nación en una potencia moderna y orientada hacia Europa, en ruptura con su herencia islámica. Pero la imposición de reformas radicales sólo fue posible mediante la negación del pasado -como el tabú del genocidio armenio- y la construcción de un Estado autoritario, custodiado por el ejército a lo largo de todo el siglo XX.





Del Imperio Otomano a la República Turca

La revolución kemalista

por **Taner Timur***

La creación de la República Turca en 1923 no sólo puso fin al Imperio Otomano, debilitado por el avance de los Estados-nación occidentales; marcó el inicio de las reformas deseadas por su fundador, Mustafá Kemal, para sacar a su país del subdesarrollo y convertirlo en una potencia moderna, inspirada en Europa.

Hace más de un siglo, los Jóvenes Otomanos, intelectuales pequeñoburgueses influenciados por las corrientes liberales de su tiempo, se planteaban un interrogante crucial: ¿cómo podían salvar al Imperio?, ¿cómo lograr su desarrollo y prosperidad económica?

En realidad, no podían hacerlo. Las revoluciones burguesas de los países occidentales habían concluido, había llegado el tiempo del reparto del mundo y la suerte que la historia le deparaba a este imperio heterogéneo, que no había podido impulsar su propia industrialización, era la decadencia. En efecto, ésta fue lenta y penosa. No porque el Imperio tuviera aún la fuerza y los medios para detenerla, sino porque la herencia resultaba muy difícil de repartir y suscitaba múltiples intereses y pasiones contrapuestas.

Propiamente hablando, Turquía no era una colonia. Sin embargo, sus vínculos económicos con los países industrializados propiciaban su dependencia respecto de los mismos, otorgándole un estatus cercano al colonial. Los efectos del tratado comercial firmado con Inglaterra en 1838 y que, luego, se hizo extensivo a otros países europeos, tuvieron una influencia decisiva en este aspecto. El tratado implementaba una política de libre comercio en el Imperio, en momentos en que los países capitalistas alzaban elevadas barreras aduaneras unos contra otros. Así, ciertos privilegios comerciales y jurídicos que se habían concedido a los europeos desde el siglo XVI sumados al incremento progresivo de la deuda pública por los sucesivos préstamos extranjeros, solicitados durante y después de la Guerra de Crimea (1853-1856), hicieron

que esta dependencia se profundizara. Cuando la guerra ruso-turca de 1877 llegó a su fin, el Imperio ya no estaba en condiciones de pagar sus deudas. Fue en ese contexto que los países acreedores crearon el famoso organismo de la deuda pública otomana: un organismo con dirección anglo-francesa, que controlaba las principales fuentes de ingresos del país como contrapartida por sus créditos. Fácilmente podemos considerar, a partir de ese momento, al Imperio Otomano como un país semi-colonial.

Una nueva fuerza motriz

La dependencia económica del país, que fue acentuándose cada vez más durante el siglo XIX, no podía dejar de tener consecuencias en la organización social y política. El siglo XIX, entonces, también fue el siglo de las "grandes reformas" otomanas. En realidad, tales reformas estaban destinadas, en su conjunto, a conferir al país nuevas leyes e instituciones que pudieran responder a las necesidades originadas por la intensificación de las relaciones económicas con Occidente. El Estado otomano, que se había vuelto muy débil frente al exterior, ¿no debía ser poderoso y ordenado en su interior, respecto de sus propios sujetos, como garante de la deuda pública y los lazos comerciales? Para ello, primero había que adaptar las instituciones del país a las de Occidente. Así, en 1839, el sultán promulgó un edicto, denominado Edicto Imperial de Gülhane, que garantizaba los derechos a la seguridad de la vida y la propiedad, y reformaba tanto el sistema impositivo como el servicio militar. Esta reforma cardinal fue seguida por otras, que modernizaron en parte el sistema →



Guerra. Bajo el gobierno de los Jóvenes Turcos, el Imperio Otomano ingresó formalmente en la Primera Guerra Mundial el 28 de octubre de 1914, junto a los Imperios Alemán y Austro-Húngaro.

Tanzimat

Confrontado al avance de los Estados modernos, el Imperio Otomano promovió en el siglo XIX una serie de reformas que buscaban modernizar su ejército y sus instituciones. Las más radicales, llamadas Tanzimat ("reorganizaciones") datan de 1839. Se creó un Consejo de Estado, un nuevo sistema escolar, un Código Comercial, un Código Criminal y se centralizó el fisco.

→ jurídico y educativo del país. Finalmente, en 1876, la primera Constitución otomana introdujo en el país el sufragio indirecto y llevó al sistema político por el camino de un parlamentarismo limitado.

La fuerza motriz detrás de tales reformas eran los nuevos cuadros dirigentes del país, impulsados y apoyados por los gobiernos extranjeros. Con una burguesía industrial que brillaba por su ausencia y una burguesía comercial de carácter *compradore*, eran los altos cuadros burocráticos, de origen esencialmente feudal, quienes compartían el poder con el sultán. Algunos visires habían visitado Europa y estaban influenciados por las ideas democráticas de la época, de allí que la lucha secreta que habían emprendido contra el sultán revistiera el aspecto de un combate por la libertad. Sin embargo, en cuanto lograban tomar el poder y eclipsar en cierta medida al sultán, como en parte fue el caso durante los gobiernos de Abdülmecit (1839-1861) y Abdülaziz (1861-1876), su propia dictadura se convertía en objeto de una nueva lucha, esta vez, fomentada por los rangos inferiores de la burocracia y los intelectuales. Estos últimos, pertenecientes en su mayoría a la pequeña burguesía, se alzaban a su vez contra la arbitrariedad del poder e iniciaban un combate que continuaba a veces desde el exilio. De este modo, una lucha encarnizada tenía lugar en las filas de los cuadros dirigentes del país, en nombre de la "libertad" y de la "civilización", aunque prácticamente sin influir en las condiciones de vida de las grandes masas. Esta lucha se desarrollaba por medio de ideologías que, tras haber intentado conciliar el islam con filosofías políticas laicas, se habían ido secularizando cada vez más desde la aparición del movimiento de los Jóvenes Turcos.

El movimiento de los Jóvenes Turcos constituía un frente de oposición heterogéneo, cuyo objetivo último era derrocar el régimen autoritario de Abdul Hamid II. Este último, que en un primer momento había promulgado a su pesar la Constitución de 1876, bajo la presión del gran visir, suspendería *sine die* el Parlamento desde su segunda sesión, eliminando a sus opositores reformistas recalcitrantes. Convertido así en el líder absoluto del país, recurrió a un panislamismo fanático como base ideológica de su poder. No obstante, fue bajo su reinado, que duró más de treinta años, que se reunirían elementos de la oposición de todo tipo.

En 1889, los Jóvenes Turcos se organizaron en una asociación secreta llamada "Comité de Unión y Progreso" (CUP). Reclutaban a sus miembros principalmente entre los jóvenes oficiales, funcionarios y estudiantes. En el plano de las ideas, si bien estaban sujetos a sus propias contradicciones, estaban influenciados, en particular, por la corriente positivista de la época. Algunos de sus miembros habían asistido a las clases de los sociólogos positivistas en París y habían buscado comprender qué representaba, según Auguste Comte, el "orden y progreso", del que provenía el nombre de su asociación.

En paralelo a su lucha contra el despotismo del sultán, los Jóvenes Turcos querían asegurar, igualmente, la salvaguarda del Imperio en todo su territorio. A sus ojos, había un único camino para alcanzar ambos objetivos: obligar al sultán a volver a poner en vigor la Constitución de 1876. En efecto, fue lo que obtuvieron de Abdul Hamid II, en 1908, bajo la presión de las unidades militares estacionadas en Salónica, cuyos rangos subalternos se habían sublevado. Después de tantos años de una ardua oposición secreta, finalmente se perfilaba el poder de los Jóvenes Turcos, que pondría fin, de una vez por todas, a la autoridad del sultán.

El CUP llegó al poder en medio de una algarabía popular inusitada, pero sin preparación ni programa. Se vio obligado, entonces, a evolucionar, con sus contradicciones internas, siguiendo la marcha imprevisible de los acontecimientos. Otomanista y liberal en sus comienzos, pronto se volvió nacionalista y dictatorial, puesto que la "proclamación de la libertad" había fomentado los movimientos separatistas y acelerado la descomposición del Imperio. Así, en 1909, tras una revuelta de carácter religioso difícil de controlar, promulgó nuevas leyes que restringían las libertades y proclamó el estado de sitio, que luego fue prorrogado. Sus orígenes pequeñoburgueses lo llevaron, en el plano social, a buscar el apoyo de los grandes terratenientes y la burguesía comercial e intentar crear una burguesía nacional a través de una política intervencionista. Con el objetivo de contribuir a la modernización del país, efectuó nuevas reformas jurídicas y culturales que constituirían, por así decirlo, el primer esbozo de las reformas de Atatürk. Por último, realizó grandes esfuerzos para reorganizar y modernizar la administración y el

ejército, lo que resultó parcialmente fructífero durante la guerra de liberación nacional turca.

Sin embargo, como nada de lo mencionado tuvo efectos a corto plazo, la decadencia del Imperio continuó acentuándose. Finalmente, vacilante entre el imperialismo inglés y el alemán, el CUP llevó al país a la Primera Guerra Mundial junto a Alemania. Fue el último acto de los Jóvenes Turcos antes de abandonar la escena política: le habían creado a la sociedad turca muchos más problemas de los que habían podido resolver. Mientras tanto, los Estados imperialistas se habían repartido el Imperio por medio de acuerdos secretos. Estos acuerdos, sellados entre los aliados durante la guerra y denunciados por los dirigentes soviéticos tras la Revolución de Octubre, debían constituir el último episodio de la “cuestión de Oriente”.

La lucha por la liberación

Con el Imperio desmembrado y dividido, había que salvar, por lo menos, las tierras donde vivían los turcos, es decir, principalmente Anatolia, último refugio de la etnia dirigente del Imperio. Se trataba de una tarea ardua, puesto que los acuerdos de repartición, que causaron consternación entre los habitantes, atañían también a una gran parte de Anatolia.

En efecto, ¿cuál era, en ese momento, la situación socioeconómica de Anatolia? Dentro de sus límites actuales, contaba con catorce millones de habitantes; la producción, principalmente agrícola y artesanal, era de carácter semi-feudal y patriarcal. No había, en el país, suficientes caminos ni vías férreas y el comercio interno estaba muy poco desarrollado. Los bancos, las compañías de seguros y el comercio exterior eran controlados, casi en su totalidad, por las minorías étnicas. A excepción de algunas fábricas fundadas por el Estado, no existía la industria pesada y la gran masa campesina, cansada y decepcionada por las guerras perpetuas, esperaba en vano un momento de reposo.

Paradójicamente, Turquía iba a disputar una nueva guerra durante el intervalo posterior al armisticio, pero esta vez por su liberación nacional. El armisticio, que puso fin a la guerra para Turquía, concedía grandes privilegios a los países vencedores, entre ellos, el de ocupar cualquier parte de Anatolia si estimaban que era necesario desde un punto de vista estratégico. Así fue como, después de que los países vencedores procedieran a ocupar rápidamente la región según el reparto establecido, el ejército griego invadió el oeste de Anatolia el 15 de mayo de 1919.

Más o menos por la misma fecha, un muy talentoso general turco, Mustafá Kemal, partía hacia Anatolia provisto de amplios poderes. Célebre por sus hazañas en los Dardanelos durante la guerra mundial, pero apartado del poder del CUP, Kemal pensó en un primer momento que podía ir solo a Anatolia, como un simple ciudadano sin grado militar, para incitar y organizar la resistencia nacional. No obstante, profundamente realista, finalmente juzgó que sería más

oportuno gozar de los poderes que le daría un mandato oficial. Así, en cuanto logró que lo nombraran comandante en jefe del Ejército del Norte, desembarcó en Samsun el 19 de mayo de 1919, con la orden de reprimir de inmediato los actos terroristas que oponían los turcos a los griegos en los alrededores de la ciudad y sofocar las primeras apariciones de la resistencia nacional. Sin embargo, apenas llegó, contrariamente a lo que dictaba su misión, comenzó a contactarse con los demás jefes militares, administradores y notables del país, con la intención de organizar un levantamiento nacional. Desde Amasya, lanzó una circular en la que declaraba, sin ambages, que “la independencia de la nación sólo se salvará por su propia resolución y voluntad”. Una fórmula sorprendente que ignoraba al sultán, al gran vizir y a los consortes.

En cuanto la corte fue informada de tales actividades, que indudablemente excedían sus atribuciones, no tardó en retirarle su designación. Pero, en el intervalo, Mustafá Kemal había logrado asegurarse el apoyo de los jefes militares y, en particular, del general Kazim Karabekir, comandante en jefe del ejército que permanecía estacionado al este de Anatolia.

En ese momento existían, en la población, tres orientaciones principales respecto de la liberación del país. En primer lugar, la corte y una parte importante del pueblo que la apoyaba ciegamente buscaban la clemencia de las grandes potencias, en especial de los ingleses. Según este grupo, para ser merecedores de ella, sólo había que portarse bien y quedarse tranquilos a la espera de un veredicto imparcial. Mientras tanto, había que reprimir violentamente todos los focos de agitación que pudieran crear desorden en el país. ¿No habían enviado a Anatolia al propio Mustafá Kemal para poner en práctica esta política de obediencia? En segundo lugar, estaban aquellos que, sin esperanza alguna de que el país pudiese salvarse, buscaban salvar al menos sus propias regiones y se asociaban para preparar la lucha.

Por último, había un grupo de burócratas e intelectuales perspicaces que querían obtener un mandato de Estados Unidos, el gran Estado lejano y apacible, cuya “misión civilizadora” había sido exitosa en algunos países. Ciertamente, eran pocos quienes aún creían, como Kemal, en la liberación completa de Turquía.

En ese estado de situación, las fuerzas sociales con las que se podía contar para crear el Movimiento Nacional eran, más que nada, las clases dominantes, compuestas por los grandes terratenientes, comerciantes y usureros y los cuadros administrativos civiles y militares. Estos últimos, si bien provocaban el rechazo del pueblo, que los consideraba responsables de las continuas desgracias del país bajo el gobierno del CUP, fueron, sin embargo, los primeros promotores de la resistencia. Los acompañaban en su fervor los notables locales: Mustafá Kemal, apenas llegado a Anatolia, había enviado cartas personales a los más influyentes invitándolos a contribuir en la gestación de la resistencia. Si bien →

CAMINO A LA REPÚBLICA

1908

Revolución

Los Jóvenes Turcos fuerzan al sultán Abdul Hamid II a restablecer la Constitución de 1876 y a instaurar un Parlamento.

1913

Golpe de Estado

Los Jóvenes Turcos instauran una dictadura. En 1914 deciden aliarse con Alemania en la Primera Guerra Mundial.

1916

Sykes-Picot

En acuerdos secretos, el 16 de mayo, Francia y Gran Bretaña planifican el reparto de las posesiones árabes del Imperio Otomano. La “gran revuelta árabe” estalla en junio.

1918

Capitulación

El 30 de octubre se firma el Armisticio de Mudros. Los aliados circundan Anatolia. Las tropas griegas invaden Esmirna y masacran a las poblaciones civiles.

1923

Independencia

Tras la guerra contra los griegos, el Tratado de Lausana (24 de julio) reemplaza al de Sèvres (1920) y fija las fronteras de Turquía. El 29 de octubre se proclama la República.

Mito fundacional

La batalla de los Dardanelos (Galípoli para los aliados) cimentó la figura de Atatürk como líder militar. Entre febrero y diciembre de 1915, las fuerzas turcas resistieron los intentos de los aliados por apoderarse del estratégico estrecho. El combate, que extendió el curso de la Primera Guerra Mundial, provocó más de 100.000 muertos.

© Istanbul Image Video / Shutterstock



Atatürk. La figura del “padre de los turcos” es omnipresente.

→ en un primer momento se organizaron en asociaciones con objetivos limitados, los miembros de la resistencia no tardaron en reunirse en un Congreso Nacional convocado por Mustafá Kemal para el 4 de septiembre de 1919, en Sivas, a pesar de las provocaciones y la persecución de la corte. De ese Congreso, que proclamaría “la independencia y unidad de Turquía en sus límites nacionales” surgió una “delegación representativa” que, en cierta manera, constituyó el Poder Ejecutivo del Movimiento Nacional hasta la convocatoria, el 23 de abril de 1920, en Ankara, de la Gran Asamblea Nacional.

En el plano militar, la guerra de liberación turca se libró en dos etapas. Comenzó de manera espontánea con la constitución de guerrillas para hacer frente a la brutalidad de las fuerzas de ocupación, que luego pasaron a organizarse en ejércitos regulares, los únicos que podían conducir a la victoria. Una vez más, fueron los jóvenes militares y los notables quienes desempeñaron el papel principal, ya que pudieron reunir a las fuerzas dispersas, incluso recurriendo al uso de la fuerza para impedir las deserciones.

En grandes líneas, la lucha por la independencia turca se desarrolló de la siguiente manera: las fuerzas griegas, detenidas en Eskişehir, fueron vencidas finalmente en el otoño de 1921; el último asalto se lanzó durante el mes de agosto de 1922. El 9 de septiembre, los turcos entraron a Esmirna y recuperaron, por medio del tratado de armisticio firmado el 11 de octubre de 1922, Tracia y la zona de los estrechos.

Ideologías en pugna

Resulta evidente que la fuerza ideológica tuvo su influencia en esta lucha armada; tres fueron principalmente las corrientes ideológicas que se hicieron sentir durante su desarrollo.

La primera fue el islam, la ideología oficial de la corte, que el sultán utilizaba para garantizar la sumisión incondicional de las masas y prevalecer ante el Movimiento Nacional, al que, además, había declarado ilegítimo y contrario a la religión. Consciente del peligro, Mustafá Kemal debió aplicar una política muy prudente al respecto, fingiendo que sólo se oponía al gobierno cuya traición era evidente y que buscaba salvar al sultán-califa engañado. Por medio de esta táctica, que no lograba engañar al sultán, al menos logró disminuir la influencia desalentadora de la propaganda hostil. Asimismo, es necesario añadir que el apoyo de una parte de los hombres de religión, que trataban a Kemal con complacencia con el mismo fin, constituyó una ayuda inestimable en este sentido.

Por el contrario, el nacionalismo era el arma espiritual de los oficiales y administradores convertidos en revolucionarios. El nacionalismo turco, anticolonialista y pequeñoburgués, reflejaba fielmente la evolución de la lucha nacional contribuyendo a la misma. También se nutría con sentimientos religiosos que no seguían servilmente a la corte y que hacían las veces, prácticamente, de nacionalismo.

En último lugar, durante la lucha por la independencia pudieron observarse ideas socialistas a las que confusamente recurrían los líderes de la resistencia; sobre todo bajo la influencia del régimen soviético, cuya asistencia moral y material durante la guerra fue significativa. Aunque se apoyaran en fuerzas sociales opuestas y evolucionaran hacia regímenes diferentes, ¿acaso no luchaban, en ese momento, del mismo lado, contra los mismos enemigos: los imperialistas? De hecho, esto fue lo que sostuvo Lenin contra Manabendra Nath Roy, delegado indio en el Segundo Congreso de la Tercera Internacional.

Incomprendidas en el país, las ideas socialistas, que algunos revolucionarios intentaban en vano conciliar con el islam, sólo tuvieron incidencia durante los momentos difíciles de la guerra. Al ser contrarias al desarrollo de la lucha por la liberación nacional, perdieron progresivamente su influencia hasta que fueron aplastadas por Kemal, luego de la victoria.

Una vez terminada la guerra, era necesario lograr la paz y reconstruir el país. Para ello, fueron determinantes la estructura socioeconómica existente y la naturaleza de las fuerzas sociales que se habían ubicado a la vanguardia de la guerra de liberación nacional.

Los intereses de las fuerzas sociales que dirigieron la lucha por la independencia turca no se oponían a los de los países occidentales, más allá de sus reivindicaciones territoriales y los privilegios judiciales y comerciales previstos en las capitulaciones. Cuando el país fue liberado, Turquía sólo necesitaba que reconocieran sus nuevas fronteras nacionales y que abolieran las capitulaciones para poder volver a estrechar los antiguos lazos de amistad. En este sentido, la naturaleza de la guerra de liberación turca fue más anticolonialista que antiimperialista. “Siempre caminamos del Este hacia el Oeste –le dijo Kemal a un periodista francés luego de la victoria–. Si en los últimos años cambiamos de camino, debe reconocer que la culpa no es nuestra. Ustedes nos obligaron a hacerlo.”

No obstante, la paz no fue fácil y fueron necesarios ocho meses de reñidas negociaciones para llegar, el 24 de julio de 1923, al Tratado de Lausana, que fijaba los límites nacionales de Turquía y derogaba las capitulaciones. Así, los Aliados cedían en dos puntos que consideraban esenciales y quedaban satisfechos por el hecho de que la nueva Turquía no representaría una amenaza para el capitalismo internacional.

Más o menos por la misma época, se desarrollaba una lucha de poder, latente desde los comienzos de la guerra, que oponía a las clases dominantes con los revolucionarios pequeñoburgueses nacionalistas, herederos de los Jóvenes Turcos. De esta lucha saldrían los cimientos del nuevo régimen.

Está claro que esas dos fuerzas promotoras de la resistencia nacional, aliadas durante la guerra, tenían sus desacuerdos. Las clases dominantes, semifeudales y profundamente conservadoras no confiaban en los revolucionarios militares y civiles y en particular en Kemal, puesto que sospechaban que resucitaría el

antiguo autoritarismo y realizaría reformas que no apreciarían demasiado. Los revolucionarios de la pequeña burguesía, en cambio, reconciliados con el occidentalismo turco, deseaban avanzar con la modernización del país y se planteaban como objetivo alcanzar la civilización contemporánea.

Un desarrollo truncó

Luego de la victoria, a medida que las intenciones republicanas de Mustafá Kemal se volvían cada vez más perceptibles, las fuerzas conservadoras, que habían advertido la situación y que, además, habían obtenido el apoyo de algunos generales influyentes, colaboradores íntimos de Mustafá Kemal, manifestaron su oposición al Parlamento. Precavido, Kemal ya había conformado un nuevo mando más joven y sumiso. Fue a la cabeza del mismo –que en 1923 tomó la forma de partido político bajo el nombre de Partido Republicano del Pueblo (CHP, en turco)– y con el apoyo del ejército, que realizó, con un coraje y una firmeza sin precedentes, la República Turca, obra sustancial de la revolución.

Los conservadores, por su parte, también se organizaron bajo la forma de un partido político después de que se proclamara la República. Pero su partido fue abolido por Mustafá Kemal con el pretexto de que habían participado del levantamiento antirrevolucionario de 1925 en el este de Anatolia. Parecería, sin embargo, que el verdadero motivo de Kemal no era ese, sino que debía considerar a esta oposición organizada como un obstáculo de peso, que hacía frente a sus proyectos de reforma. De esta manera, con todos sus oponentes fuera de juego, un sistema de partido único constituyó la base de las reformas de Atatürk; reformas, por otra parte, que no podían efectuarse por las vías parlamentarias. El partido en el poder, el CHP, debía representar a todas las clases sociales del país, entre las cuales, según Kemal, no existían contradicciones de intereses como en Occidente.

En estas circunstancias se abolieron sucesivamente el califato y la *sharia* (ley religiosa), que cedieron su lugar a instituciones más modernas, copiadas de los países europeos. Por esta razón se promulgó, en 1924, una nueva Constitución, que dejaba la puerta abierta a un régimen con múltiples partidos. De las reformas que vinieron después, las más destacables fueron la supresión de las órdenes religiosas (1924), la obligatoriedad del matrimonio civil (1926), la abolición del artículo de la Constitución que declaraba al islam como religión del Estado (1928) y la introducción del alfabeto latino (1928). En paralelo a estos cambios radicales, un espíritu positivista volvía a ganar vigencia entre los cuadros dirigentes como principio ideológico del radicalismo modernista y comenzaban a olvidarse los eslóganes antioccidentales de la guerra de independencia. De este modo, Mustafá Kemal Atatürk, autor indiscutido de todas estas reformas, rompía con el dualismo cultural de sus predecesores y se volvía merecedor del título de fundador de un Estado turco, independiente y completamente laico.



© Gervais Courteillemont / National Geographic Creative / Corbis / Latinstock

Bósforo. Como señala Orhan Pamuk en sus memorias de Estambul, los cientos de barcos que a diario cruzan el Bósforo transportando mercancías o pasajeros forman parte integral de la ciudad.

Una vez que la superestructura del país fue modernizada, aún quedaba el problema fundamental del desarrollo económico. “La nación está en un estado de pobreza lamentable –afirmaba Kemal–. A partir de ahora quiere desarrollo, prosperidad y riqueza.” Organizó, entonces, un congreso nacional económico del que participaron los delegados de distintos grupos profesionales para determinar el camino que debía seguir Turquía para poder alcanzar el desarrollo económico. El congreso, dominado por la burguesía de las grandes ciudades liberadas, aceptó un “pacto económico” que priorizaba la libre empresa. Como consecuencia de ello, durante los primeros años de la República, se aplicó una política de estímulo que tenía como objetivo la creación de una burguesía nacional. Sin embargo, el país no contaba con los recursos y capitales necesarios, por lo que los resultados resultaron decepcionantes. Esta vez, nuevamente bajo la influencia de una crisis económica mundial devastadora, se aplicó desde 1930 una política económica estatista que, en el marco de un plan quinquenal, hizo brotar el germen de la industria turca. En efecto, el sector público, ya existente, creció a la par del sector privado y este desarrollo, éxito limitado del régimen revolucionario en el ámbito económico, iba a marcar la evolución posterior de la estructura económica del país.

Sin embargo, al no lograr romper las cadenas del subdesarrollo, la revolución turca quedó truncada y el arcaísmo de la estructura socioeconómica de Anatolia probablemente constituyó un contraste humillante con las pretensiones ultramodernistas de los intelectuales de la pequeña burguesía. ■

Resistencia

Tras la capitulación turca en 1918, el Tratado de Sèvres (1920) desmembró el Imperio Otomano y redujo a Turquía a Estambul y la Anatolia occidental. Pero Kemal Atatürk, a la cabeza de un gobierno provisorio, rechazó el acuerdo y lanzó la guerra de independencia contra los europeos. La contienda concluyó en 1922, año en que Atatürk abolió el sultanato.

*Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas, Universidad de Ankara.

Traducción: Georgina Fraser



El tabú del genocidio armenio

por Taner Akçam*

En la negativa de los sucesivos regímenes turcos a reconocer el crimen cometido contra los armenios confluyen causas de diferente orden, que requieren ser removidas para afrontar desde una perspectiva democrática la condena al genocidio y la reafirmación de la identidad nacional.

i Por qué la palabra “genocidio” suscita tanta furia en Turquía? Se trata de una reacción tanto más difícil de entender cuanto que si Turquía quisiera, podría reconocer la existencia de las matanzas declarando al mismo tiempo que su responsabilidad no se ve comprometida. Su fundador, Mustafá Kemal, se pronunció decenas de veces sobre esta cuestión, condenando como infamias las matanzas calificadas y exigiendo el castigo de los culpables. Los dirigentes del partido otomano İttihat ve Terakki (Unión y Progreso) (Timur, pág. 7) que organizaron las matanzas, fueron juzgados en 1926, aunque esos procesos se referían a otros crímenes; en todo caso, varios de ellos fueron ejecutados. A la luz de estos hechos, Turquía habría podido lamentar los crímenes cometidos contra los armenios y explicar que fueron perpetrados por el Estado otomano y no por la República.

La amnesia colectiva que sufre el país es uno de los principales obstáculos para un debate público. Esta pérdida de memoria socialmente compartida es el resultado de que la conciencia histórica de los turcos haya estado paralizada durante décadas. Los fundadores de la República rompieron literalmente los vínculos que los unían con el pasado. Es cierto que todo Estado-nación, en el momento de su creación, busca raíces históricas para cimentar su legitimidad; si no las encuentra,

las inventa. Como subraya Ernest Renan: “El olvido e incluso el error histórico son un factor esencial de la creación de una nación” (1). Los fundadores de la joven República turca aplicaron escrupulosamente esta regla. No obstante, tuvieron que enfrentarse con una dificultad específica: durante la historia otomana, el islam había ido borrando progresivamente de la memoria colectiva todo lo que recordara la identidad turca. Por consiguiente, las raíces identitarias ausentes se buscaron en el período pre-otomano, borrando de un plumazo seiscientos años de historia.

Mediante una serie de reformas, como la que occidentalizaba los hábitos indumentarios, se intentó hacer desaparecer las huellas de ese pasado que se había hecho indeseable y casi inaccesible para las jóvenes generaciones gracias a la adopción del alfabeto latino desde 1928. De ese modo, la memoria colectiva se vació de una parte importante de su contenido. Fue reemplazada por la historia oficial, escrita por algunos académicos autorizados y convertida en la única referencia reconocida. Imaginemos una sociedad para la cual los acontecimientos anteriores a 1928, así como los escritos de las generaciones de ayer, son otros tantos misterios... La noción de pasado se ha hecho evanescente y los límites de la memoria y de la conciencia histórica reducidos a la vivencia individual de los

turcos y a la de su entorno más inmediato. En estas condiciones, ¿cómo esperar que esta sociedad tome la iniciativa de un debate sobre su propia historia?

El orgullo herido

Empero, la ausencia de conciencia histórica aparece como una explicación demasiado general. La principal razón de ese comportamiento debe buscarse en el hecho de que la historia, en gran medida, ha sido la de choques traumáticos sucesivos. Entre 1878 y 1918, los dirigentes turcos otomanos perdieron el 85% de las tierras y el 75% de la población del Imperio. Los últimos cien años de este Imperio pueden resumirse en una desagregación continua: una secuencia de fuertes derrotas militares, entre las que se intercalan unas pocas victorias que desembocaron, bajo la presión de las grandes potencias, en armisticios desfavorables. Este período de guerras ininterrumpidas, que costó la vida a decenas de miles de hombres, se vivió como una época de deshonor y de humillaciones de toda clase.

Aplastada bajo el peso de un pasado glorioso y perdida la propia estima, la élite turca otomana vio en la Primera Guerra Mundial una oportunidad histórica para restablecer la grandeza de antaño y curar el orgullo nacional herido. La ilusión se desvaneció enseguida. En ese contexto de resentimiento →



Centenario. La noche del 24 al 25 de abril de 1915 marca el comienzo del genocidio armenio. En esa fecha la policía arrestó en Estambul a cientos de intelectuales armenios y los ejecutó.

→ y de ceguera, la decisión del genocidio parece haber sido un acto de venganza dirigido contra quienes eran considerados responsables de esta situación: los armenios. Se los convirtió en enemigos sustitutos, en lugar de las grandes potencias y el conjunto de los pueblos cristianos del Imperio.

De hecho, los dirigentes otomanos descargaron sobre los armenios cuentas que no pudieron ajustarles a otros. Eso explica la insistencia con la que se quiere presentar a la República como un renacimiento o incluso como un comienzo absoluto. Los cuadros dirigentes no se contentaron con evacuar enérgicamente este período de traumatismo, reescribiendo una historia ajustada a él, remodelando una nueva identidad nacional. Se dotaron también de una armazón destinada a ocultar la memoria y no toleran ninguna iniciativa que pueda afectar a esta amnesia organizada.

Se explica así la susceptibilidad manifestada ante todo lo que de cerca o de lejos concierne a la cuestión armenia. De esta manera, el país se cree curado y provisto de una personalidad enteramente renovada. Pero si la curación es completa, ¿por qué no puede hablarse de eso libremente? De hecho, la sociedad todavía no ha podido construir una identidad purificada del traumatismo antiguo. Y mientras se niegue a hablar del genocidio armenio, tendrá pocas posibilidades de crear ese “otro sí mismo”. El Estado quiere solamente conservar intacta la imagen mítica que la sociedad tiene de sí misma y ali-

mentar el deseo que abriga de vivir en un mundo fantasmagórico.

Certezas y representaciones

La relación entre la fundación de la República y las matanzas contribuyó, entre otras razones, a transformar el genocidio armenio en tabú. Cuadros dirigentes de la República no vacilaron en formular públicamente precisiones a este respecto. Uno de los jefes conocidos del partido Ittihat ve Terakki, Halil Menteşe, declaró: “Si no hubiésemos limpiado el este de Anatolia de milicianos armenios que colaboraron con los rusos, no hubiera sido posible la formación de nuestra República nacional” (2). Asimismo, durante la primera Asamblea Nacional de la República, encontramos discursos sobre el tema: “Para salvar a la patria, asumimos el riesgo de ser tachados de asesinos”. Se ha podido escuchar también: “Como sabrán, la cuestión de la deportación fue un acontecimiento que provocó la reacción del mundo entero y que nos hizo aparecer como asesinos. Antes de emprender esta acción, sabíamos que la cólera y el odio de todo el mundo cristiano se iban a centrar en nosotros. ¿Por qué mancillamos entonces nuestro nombre con el oprobio de una reputación homicida? ¿Por qué emprendimos una causa tan importante como difícil? Solamente porque había que hacer lo necesario para preservar el trono y el futuro de nuestra patria, que para nosotros es más preciosa y sagrada que nuestras propias vidas”.

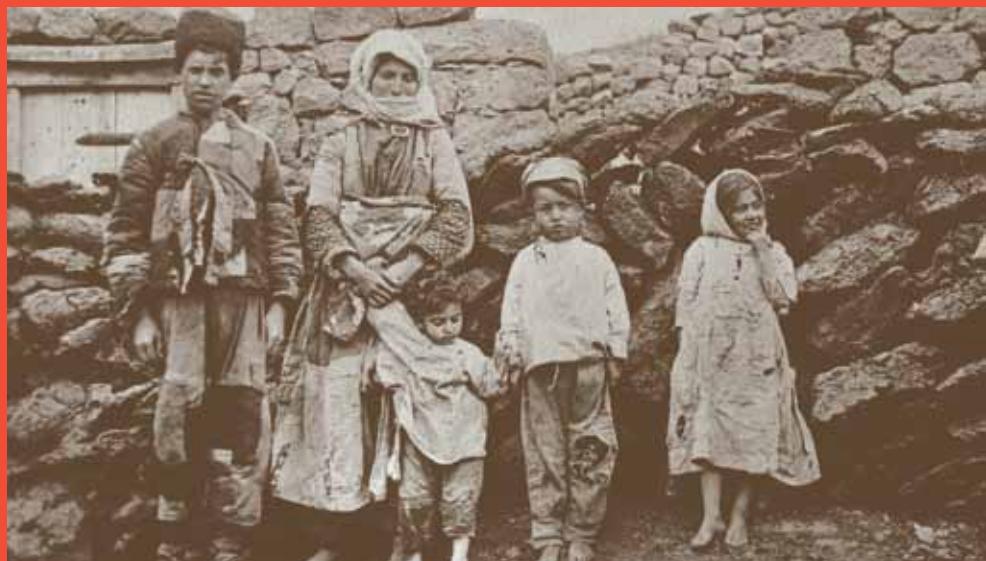
Con el tiempo, esas palabras que afirman con cierto coraje que la República se fundó sobre el genocidio, han dado paso a la historia oficial: el antiimperialismo, así como el amor y el respeto a las tropas de Kuva-yi Milliye (primeras brigadas de resistencia durante la guerra de independencia nacional), se han convertido en los componentes indispensables de la identidad nacional. El espíritu de los Kuva-yi Milliye fue entonces un símbolo constitutivo de la identidad antiimperialista de toda la joven generación de revolucionarios en Turquía en la década de 1960.

El temor a ver derrumbarse esas certezas es una de las razones más importantes de la negativa turca a debatir la cuestión armenia. El peligro es que estallen los modelos habituales de representaciones utilizadas para explicar Turquía y el mundo. Un debate sobre el genocidio tendría como consecuencia poner de manifiesto que el Estado no es el producto de una lucha esencialmente antiimperialista sino más bien de una guerra emprendida contra las minorías griega y armenia. Asimismo, quedaría al descubierto que una parte nada despreciable de los soldados de Kuva-yi Milliye, que fueron ejemplos de heroísmo, participaron directamente en el genocidio o se enriquecieron saqueando a los armenios.

Incluso antes del final de la Primera Guerra Mundial, ante la perspectiva de una derrota, se elaboraron planes de retirada hacia Anatolia y de organización de una resistencia nacional. Se han aplicado desde 1918. Se fundaron asociaciones que animaron el movimiento de resistencia nacional, como Müdafaa-i Hukuk (Defensa de los Derechos) o Redd-i Ilhak (Contra la División), tanto por orden expresa de Talat Pashá, ministro del Interior de 1913 a 1917, como de Enver Pashá, ministro de Defensa durante el mismo período, y del Alto Comisariado (3) que ellos dirigían. Esas asociaciones se crearon prioritariamente en las regiones donde era posible una amenaza griega o armenia.

“Héroes” de la resistencia

Después del Tratado de Capitulación firmado el 30 de octubre de 1918 con los británicos en Mudros, Grecia, se organizaron los cinco primeros comités de resistencia contra las minorías: tres de ellos contra los armenios y dos contra los griegos. Sus fundadores eran miembros del partido Ittihat ve Terakki, algunos de cuyos cuadros eran investigados por los británicos por haber participado en el genocidio; entre otras misiones, el Alto Comisariado debía sustraerlos a las indagaciones en Anatolia. Esta organización fue el



Deportados. En mayo de 1915 el Imperio Otomano ordenó transferir a la población armenia al desierto sirio. Cerca de un millón de personas murieron en las masacres, en camino o en los campos de refugiados.

símbolo de la imbricación del genocidio de los armenios y la resistencia de Anatolia.

El otro vínculo procede de la emergencia de una clase de nuevos ricos gracias al genocidio. Fue una de las bases del movimiento nacional. Los notables, que habían prosperado gracias al saqueo, temían que los armenios volvieran para recuperar sus bienes y vengarse. Hecho que efectivamente ocurrió, por ejemplo, en la región de Çukurova, donde los armenios sobrevivientes volvieron con las fuerzas de ocupación, para recuperar lo que les pertenecía. Tal es la razón por la que esos notables se acercaron al movimiento de liberación nacional e incluso tomaron la iniciativa de organizarlo ellos mismos, en varios lugares. Algunos de ellos pertenecían al círculo próximo a Mustafá Kemal, como Topal Osman, que se convertiría en el comandante de su guardia personal. Las medidas de restitución de bienes armenios, decididas el 8 de enero de 1920 por el gobierno de Estambul, fueron anuladas el 14 de septiembre de 1922. El gobierno de Ankara era consciente de la necesidad de proteger los intereses de quienes habían contribuido a la fundación del Estado nacional.

Entre los organizadores y los altos responsables de las primeras brigadas de Kuva-yi Milliye, en las regiones del Marmara, el Egeo y el Mar Negro, se destaca la presencia de personas buscadas por su participación en las matanzas: esto constituye el tercer vínculo entre el genocidio armenio y la República. En la organización del movimiento de resistencia, Mustafá

Kemal se benefició de hecho de la ayuda activa de miembros del partido Ittihat ve Terakki, buscados por crímenes contra los armenios. Seguidamente fueron designados para asumir importantes responsabilidades.

Sükrü Kaya, por ejemplo, ministro del Interior y secretario general del Partido Republicano del Pueblo (CHP, en turco), fundado por Mustafá Kemal fue, durante la “deportación”, director general encargado de la instalación de las poblaciones inmigradas y nómadas. Esta oficina era oficialmente responsable de organizar la deportación. Los cónsules alemanes presentes en la zona recuerdan las palabras, inequívocas, de Sükrü Kaya: “Hay que exterminar a la raza armenia”.

Otro personaje, Mustafá Abdülhalik Renda, fue durante las matanzas prefecto primero de Bitlis y luego de Halep [actual Alepo]. El cónsul alemán Rössler lo describe como alguien “ocupado sin tregua en la destrucción de los armenios”. En su testimonio escrito en 1919, Vehip Pashá, comandante del Tercer Ejército, explica cómo, durante la guerra (después de febrero de 1916), ese mismo Renda mandó quemar vivos a miles de hombres en la región de Muş. Después fue ministro y presidente de la Asamblea Nacional.

Detenido en Malta con el número 2.743 por haber organizado directamente las masacres de Diyarbakir, Aziz Feyzi fue en 1922-23 ministro delegado para la Organización del Territorio. El prisionero número 2.805, Ali Cennani Bey, que se enriqueció con el genocidio,

fue ministro de Comercio entre 1924 y 1926. Al igual que Trütü Aras, miembro de la comisión sanitaria encargada de enterrar a los armenios muertos, que a continuación ocupó importantes puestos en Ankara: fue ministro de Relaciones Exteriores entre 1925 y 1928.

En resumen, para llevar a cabo la guerra de independencia nacional, Mustafá Kemal utilizó también a individuos pertenecientes al partido Ittihat ve Terakki perseguidos por crímenes contra la población armenia y griega, así como a notables obligados a la resistencia por temor a la venganza de griegos y armenios. Para todos los miembros investigados del partido Ittihat ve Terakki, y sobre todo para los de la organización especial que cometió directamente las masacres, participar en la guerra de la independencia era una cuestión de supervivencia. Se encontraban frente a una encrucijada: rendirse y cumplir fuertes condenas, incluso ser ejecutados, o pasar a la resistencia y organizarla. Un amigo cercano a Mustafá Kemal, Falih Rıfki Atay, sintetiza perfectamente la situación: “Cuando al final de la guerra los británicos y sus aliados decidieron pedir cuentas a los responsables del partido Ittihat ve Terakki por la masacre de los armenios, todos los que corrían peligro tomaron las armas y se incorporaron a la resistencia” (4).

Este panorama tal vez permita entender mejor la razón por la cual el genocidio de los armenios se convirtió en un tabú. Aceptar que entre los “grandes héroes que salvaron a la patria” hubo asesinos y ladrones, sin duda hubiera tenido un efecto destructor. También parece más cómodo el camino de la negación para todos aquellos a quienes espanta cualquier iniciativa que pudiera hacer tambalear las certezas que los turcos tienen sobre la república y la identidad nacional. Sin embargo, existe otra vía: que el país, en nombre de los valores democráticos, tome cierta distancia respecto de su propio pasado. ■

1. Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”, Discurso en La Sorbona, París, 11-3-1882.

2. Declaración recogida por el historiador Y. H. Bayur, *Türk İnkilabı Tarihi* (La historia de la revolución turca), volumen II, capítulo 4.

3. El Alto Comisariado –Karakol, en turco– estaba encargado de organizar la resistencia y de ayudar a huir a los que eran buscados a causa de la masacre de los armenios.

4. Falih Rıfki Atay, *Çankaya, del nacimiento de Attatürk hasta su muerte*, Estambul, 1980.

*Sociólogo e historiador turco. Autor, entre otros, de *Un acto vergonzoso. El genocidio armenio y la cuestión de la responsabilidad turca*, Colihue, Buenos Aires, 2010.

Traducción: *Le Monde diplomatique*, edición española





Poder militar y “dictadura de la burguesía”

Una sociedad bajo tutela

por Ata Gil*

El golpe de Estado de 1980, que llevó a los militares nuevamente al poder, desembocó en una feroz represión de toda oposición, así como en la implementación de reformas económicas liberales y la apertura de Turquía a los mercados mundiales. El desarrollo autocentrado fue abandonado y dio lugar al crecimiento de una burguesía local, industrial, que consolidaría a su dictadura.

Sumida en la crisis económica, social y política más grave que haya vivido desde la creación de la República en 1923, Turquía tomó conocimiento de la decisión de los militares en enero de 1980, cuando los jefes del ejército manifestaron que tomarían el poder si la clase política no se controlaba y ponía fin a sus disputas, restablecía la autoridad del Estado y luchaba eficazmente contra el terrorismo que desestabilizaba el país. El golpe de Estado militar del 12 de septiembre de 1980 no fue realmente una sorpresa.

Los oficiales pasaron a la acción con la intención de “salvar a la patria”. La junta constituyó un Consejo Nacional de Seguridad, integrado por los comandantes en jefe de las tres armas y la gendarmería, y dirigido por el jefe del Estado Mayor, el general Kenan Evren, quien se convirtió en jefe de Estado. La extrema lasitud y el hastío de la opinión pública frente a la “estrategia del terror”, que llevaba varios años y tenía un promedio de 20 víctimas por día en 1980, explican que el golpe de Estado fuera recibido por el hombre común con alivio y, por la burguesía, con entusiasmo.

En general, la inseguridad había alcanzado tales proporciones que la perspectiva permanente de salir de casa exponiéndose al riesgo de recibir una bala perdida primaba sobre cualquier otra consideración, política o ideológica. De allí, en gran parte, la innegable popularidad de la que gozaron los militares luego de su intervención, la cual estuvo acompañada por un verdadero trabajo de culpabilización del conjunto de la sociedad y de un proceso de militarización. Los partidos políticos, el Parlamento, la clase política, la justicia,

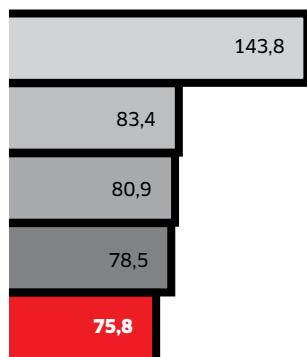
la policía, la administración, los medios de comunicación, los intelectuales, los universitarios, los docentes, los sindicatos y la juventud fueron declarados culpables de haber contribuido al agravamiento de la crisis.

Represión generalizada

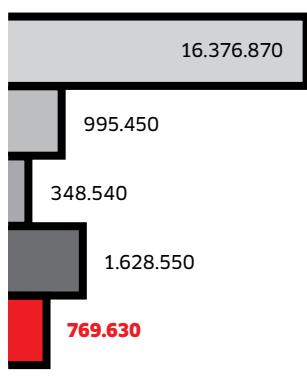
Valiéndose de su justo derecho y convencido de la “culpabilidad” de los demás, el poder militar ubicó en los ministerios, la administración, las empresas del sector público, etc., a oficiales encargados ya sea de dirigir efectivamente o de controlar la marcha de los asuntos. La represión contra los terroristas, pero también contra sindicalistas, intelectuales y periodistas fue confiada a la justicia militar. La Constitución de 1961 fue abolida según un sofisma, muy difundido entre la derecha y el ejército, según el cual ésta era responsable del deterioro de la situación debido a su carácter “demasiado” democrático. De hecho, esta Constitución era efectivamente la más democrática que Turquía hubiera conocido. Pero, en 1971, había sido reformada con el fin de restringir los derechos y las libertades democráticas.

Se cerró el Parlamento, se proscribió a los partidos políticos, se confiscaron sus bienes, se prohibió a sus dirigentes toda actividad política. Se suspendió la vida asociativa; los dirigentes de la Asociación por la Paz, conocida por sus posiciones progresistas, fueron detenidos y llevados ante la justicia. Los derechos del hombre, y particularmente el derecho de huelga, fueron suspendidos. La Confederación Sindical Socialista DISK fue prohibida, sus dirigentes detenidos. →

Población (en millones, 2014)



Territorio (en km²)



→ Sesenta y dos de ellos son actualmente [noviembre de 1982] juzgados y corren el riesgo de ser condenados a pena de muerte. Todos aquellos que se atrevieron a expresar críticas fueron acosados, como el ex primer ministro Bülent Ecevit, encarcelado en dos ocasiones desde el golpe de Estado. Numerosos sindicalistas y dirigentes de organizaciones de izquierda fueron obligados a huir al extranjero. Diarios y periódicos fueron prohibidos u obligados a una severa autocensura. Las universidades, a las que el poder considera centros de subversión y cuya autonomía fue suprimida, fueron objeto de un reordenamiento que hipotecará su desarrollo. La sociedad fue así puesta bajo tutela militar.

La política de represión fue mucho más allá de la lucha contra los responsables del terrorismo. Pero de esta lucha el poder militar podía obtener los fundamentos de una autoridad legítima, aprobada por el conjunto de la población. Desde el momento en que iba más lejos en el camino de una represión generalizada, sólo podía esperar, finalmente, el apoyo del único grupo social por cuenta del cual actuaba: el mundo de la industria, las finanzas y los negocios.

La lucha contra el terrorismo propiamente dicho, librada enérgicamente y sin demasiados escrúpulos en cuanto a los medios utilizados, fue un éxito. El terrorismo cesó prácticamente y sus organizaciones fueron desmanteladas. El precio pagado es alto: según las estadísticas oficiales, entre septiembre de 1980 y julio de 1982 se realizaron alrededor de treinta mil procesos judiciales y, actualmente, veinticinco mil quinientas personas se encuentran en prisión. Veintiún terroristas fueron ejecutados y muchos otros, condenados a muerte, esperan que el Consejo Nacional de Seguridad decida su destino. Las fuentes oficiales reconocen que se presentaron seiscientas cinco denuncias por torturas, y admitieron, a comienzos de 1982, la muerte de quince personas como consecuencia de maltratos físicos. Estas cifras están ciertamente muy por debajo de la realidad, y la represión es particularmente brutal en el Este, donde viven los ciudadanos de origen kurdo.

Constitución a medida

En Occidente, donde se observa con preocupación la creciente desestabilización de Turquía –sin que ello implique un particular esfuerzo de solidaridad–, el golpe de Estado fue bien recibido. En particular en Estados Unidos, y sobre todo en el Pentágono, pero también en la OTAN, en los sectores económicos y financieros internacionales, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Todos estos sectores estaban preocupados por la quasi quiebra de la economía turca en 1979-1980, que no lograba más hacer frente a los vencimientos de su deuda externa, una de las más elevadas del mundo con 20.000 millones de dólares. Los estrategas de Occidente, para quienes Turquía revestía una creciente importancia desde la “pérdida” de Irán, esperaban desde hacía mucho tiempo el establecimiento de un poder

fuerte en Ankara. Uno de los principales golpistas, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea turca, había viajado además a Washington una semana antes del golpe de Estado y, cuando éste se produjo, la OTAN desarrollaba maniobras en Turquía.

Sin embargo, en los sectores democráticos de Europa Occidental, en el seno del Consejo de Europa, entre los defensores de los derechos humanos, se elevaron protestas. Una amenaza de expulsión del Consejo de Europa aún pesa sobre Turquía y la Comunidad Económica Europea (CEE) redujo su cooperación con Ankara, apuntando al mismo tiempo a algunas exportaciones incómodas. Tales presiones no son insignificantes para generar en los generales turcos sentimientos más democráticos. Pero las preocupaciones de los demócratas europeos, ¿pesarán más que los intereses económicos y estratégicos de Occidente?

El poder militar se había fijado además como objetivo, en un principio, corregir las fallas del sistema parlamentario y restaurar una democracia capaz de funcionar sin demasiados contratiempos. Pero la reforma constitucional impulsada por la junta, lejos de apuntar a crear las bases institucionales de una democracia efectiva, se transformó en la elaboración de una serie de reglas e instituciones concebidas para impedir el regreso de una verdadera democracia. El proyecto de Constitución, elaborado por la Asamblea Consultiva designada por la junta, está sujeto al referéndum popular luego de que el Consejo Nacional de Seguridad, que había controlado de cerca su elaboración, le diera forma definitiva. Con su negación de la democracia, generó en la opinión pública y la prensa turcas una reacción cuyo vigor sorprendió a los militares.

En su espíritu y letra, satisface los deseos de la fracción más extremista de la clase capitalista. A tal punto que algunos empleadores se mostraron hostiles al respecto, temiendo que la supresión de los derechos sindicales que preconiza fuera fuente de conflictos permanentes entre el trabajo y el capital.

La nueva Constitución incluye, en efecto, tales limitaciones a los derechos y libertades fundamentales, sometiendo los poderes legislativo y judicial a la discreción del poder ejecutivo, que resulta difícil asociarla, de cualquier manera, con la democracia. Una de las cláusulas transitorias anexadas al proyecto, según la cual, en caso de resultado favorable en el referéndum, el jefe de la junta, el general Evren, se convertiría automáticamente en presidente de la República, asistido por un consejo presidencial compuesto por los actuales miembros de la junta, apunta a mantener el mismo equipo en el poder hasta fines de 1989, cuando finalice el septenio presidencial. Se prevé que estas elecciones legislativas tengan lugar, a más tardar, en la primavera de 1984 y, a tal efecto, se están elaborando una ley electoral y una ley de partidos políticos. A juzgar por el espíritu que imperó en la elaboración del proyecto de Constitución, cabe temer que estas dos leyes completen el carácter antidemocrático del régimen que heredará el país.



Autarquía. Atatürk pretendía hacer de Turquía una potencia autosuficiente, centrada en el desarrollo del mercado interno. Pero en la Guerra Fría, el país se abrió a los capitales y mercados mundiales convirtiéndose en una nación exportadora.

Para el referéndum, los partidarios del “no” no pueden expresarse libremente. Se les impide el acceso a la radio y la televisión del Estado. El general Evren amenazó públicamente en reiteradas ocasiones a quienes se viesen tentados a votar por el “no”, considerándolos traidores “que colaboran con fuerzas del exterior”.

Las orientaciones tomadas por el régimen desde hace dos años muestran claramente que, cualesquiera hayan sido sus primeras intenciones, los militares están asumiendo un papel que va más allá del restablecimiento del orden público y la democracia, así como la implementación de reformas económicas y sociales. Una “utopía kemalista”, tan apreciada por los militares, en la que ya nadie cree en Turquía desde 1971, fecha de su anterior intervención en la vida política, tras la cual ya había resultado evidente que el ejército no era neutral en el enfrentamiento de las fuerzas sociales.

Alto costo social

La ilusión de un ejército capaz de colocarse por encima del conflicto es hoy aun más clara. No sólo el “nuevo orden constitucional” se instaura en total beneficio de los sectores de negocios, sino que los responsables militares decidieron también continuar con la política económica adoptada en febrero de 1980 por el gobierno de Süleyman Demirel bajo la presión del FMI. Turgut Özal, el principal asesor económico de Demirel, fue designado por la junta viceprimer ministro encargado de la Economía. Renunció en julio de 1982, ya que el mundo de los negocios deseaba moderar el monetarismo “salvaje” y el darwinismo económico del que se había vuelto símbolo. Pero su sucesor se vio obligado a continuar con la misma política a pesar de ciertas veleidades de

cambio. Manifiestamente, la junta no está en condiciones de resistir a las presiones del FMI y los acreedores de Turquía, reunidos en el seno del consorcio de ayuda a Turquía de la OCDE.

“Estabilización” y “exportación” son las palabras clave de esta nueva política económica conforme a las exigencias de la división internacional del trabajo. Debido a su carácter profundamente antisocial, no podía aplicarse de manera muy rigurosa por un gobierno electo, aunque fuese de derecha como el de Demirel. La implementación de las medidas económicas decididas en enero de 1980 debía tarde o temprano conducir a un régimen fuerte. Éstas consistían, esencialmente, en disminuir el índice de inflación, que superaba el 100%, mediante la reducción de la demanda interna, la restricción del crédito, la disminución de la inversión pública, el congelamiento de los salarios con libertad de precios, la suspensión de los subsidios a las empresas deficitarias del sector público, la disminución progresiva del lugar central de este último en la economía.

Por añadidura, se otorgó prioridad absoluta a las inversiones, gracias a créditos ventajosos y otras medidas de incentivo, con el fin de disminuir el déficit externo y crear nuevos mercados para las industrias turcas, enfrentadas al doble problema de la retracción del mercado nacional y la falta de financiamiento. En dos años, los resultados de la economía mejoraron en algunos puntos. La inflación se redujo al 40%. El valor de las exportaciones aumentó de 3.000 a 6.000 millones de dólares, mientras que las importaciones se estancaron en alrededor de 4.000 millones. Teniendo en cuenta los 2.000 millones de dólares que los trabajadores que emigraron a Europa Occidental enviaron a su país, el déficit de la balanza de cuenta corriente habrá así →

DEMOCRACIA INTERVENIDA

1946

Pluralismo

Las primeras elecciones legislativas tras la autorización del multipartidismo (1945) llevan nuevamente al poder al Partido Republicano del Pueblo.

1960

Golpe I

Adnan Menderes, del Partido Demócrata, en el poder desde 1950, es derrocado por los militares el 27 de mayo. Es colgado en 1961.

1971

Golpe II

Bajo presión del ejército, Süleyman Demirel, del Partido de la Justicia, renuncia a su cargo. Los militares instauran un gobierno de salvación y reprimen las protestas.

1980

Golpe III

Demirel, nuevamente en el poder desde 1975, es derrocado por el general Kenan Evren, quien disuelve el Parlamento, los partidos políticos y los sindicatos. La represión es feroz.

1983

Régimen civil

El Partido de la Madre Patria, de Turgut Özal, gana las elecciones del 6 de noviembre. En 1987, tras un referéndum popular, se anulan las restricciones políticas.



Fuerza laboral. Aún hoy, el mundo laboral en Turquía es una cuestión principalmente de hombres. Sólo el 31% de las mujeres trabaja, es decir menos que el promedio de la OCDE.

Kenan Evren (1918-2015)

El 9 de mayo de 2015, a los 97 años, falleció en su lecho del hospital militar Gülhane en Ankara, el ex general Kenan Evren, quien lideró el golpe de Estado militar de 1980 en medio de una violencia política sin precedentes (cinco mil muertos). Tras reformar la Constitución en 1982 fue nombrado presidente hasta 1987. En junio de 2014 había sido condenado a cadena perpetua.

→ prácticamente desaparecido en 1982. A pesar de una política deflacionista, el crecimiento económico habrá sido en promedio del 4% en 1981-1982, situándose el ingreso por habitante en unos 1.250 dólares. La deuda externa, que actualmente es de 20.000 millones de dólares, incluyendo los intereses, tiende a estabilizarse y el país está nuevamente en condiciones de hacer frente a sus vencimientos.

Se observa una notable penetración en los mercados externos, sobre todo en Medio Oriente. La industria estaba acostumbrada a producir para el mercado interno, cómodamente instalada detrás de las barreras arancelarias, con a menudo una o dos empresas en situación monopólica por sector, lo que les evitaba preocuparse demasiado por la productividad y la calidad. Enfrentada a un mercado interno cada vez más reducido y con tasas de crédito prohibitivas (salvo para los créditos a la exportación), se vio obligada a poner su mirada allende las fronteras. Lo que trajo aparejado varias quiebras y cierres de fábricas, sobre todo en la industria textil, donde las unidades de producción estaban mal administradas; este sector enfrentaba además el creciente protecciónismo de la CEE, su principal cliente. Pero otras lograron abrirse mercados. En consecuencia, Irak se convirtió, seguido por la República Federal de Alemania (RFA), en el primer cliente de Turquía. La industria de la construcción obtuvo por sí sola mercados por 18.000 millones de dólares en Libia, Arabia Saudita y otros países del Golfo, para el acondicionamiento de puertos, represas y ciudades. Numerosas empresas turcas se lanzan a *joint ventures* con empresas locales para instalarse en el largo plazo.

Semejante política económica tiene un costo social muy elevado. El derecho de huelga se encuentra sus-

pendido, mientras que los empleadores tienen total libertad para despedir. Oficialmente, el desempleo alcanza al 18% de la población activa; de hecho, es más elevado, ya que los desocupados en las zonas rurales no están correctamente contabilizados en las estadísticas. La disminución de los ingresos reales de los trabajadores, que era ya del 40% entre 1977 y 1981, se aceleró en 1982. El ensañamiento constante de la burguesía con los ingresos reales de los trabajadores no podría sin embargo justificarse con la lucha contra la inflación: siendo la parte que los salarios representan en los costos de producción de apenas del 10% al 15%, no existe inflación por los salarios. Proviene, de hecho, de la necesidad para la clase capitalista turca, expuesta a dificultades de acumulación o financiamiento, de acaparar una mayor porción de la plusvalía creada por el trabajo. Por otra parte, concluye la implementación de una economía dominada por el sector exportador, completamente dependiente y situada en la periferia del capitalismo mundial, y esta nueva función en el seno de la división internacional del trabajo exige una mano de obra barata. Ahora bien, aún recientemente, el salario obrero era de uno a dos tercios mayor a los índices salariales de otros "Nuevos Países Industriales" (NPI) como Corea del Sur, Taiwán o Singapur.

La autonomía en la mira

Tal es el callejón sin salida al que condujo la política de industrialización impulsada desde fines de 1940 bajo presión del exterior. Antes de la guerra, Turquía había tenido un desarrollo autocentrado notablemente veloz, con una tasa de crecimiento que, entre 1927 y 1939, fue la tercera del mundo, detrás de la URSS y Japón.

El giro se produjo en 1947, cuando el país se vio incluido en la doctrina Truman y el Plan Marshall. ¡Fin del desarrollo autocentrado! La ayuda económica externa abrió el camino a las importaciones financiadas desde el exterior. Las inversiones de infraestructura e industriales fueron alimentadas por recursos tomados del exterior y se acordó prioridad a industrias de sustitución a las importaciones que, a su vez, dependían de materiales importados. Si la compensación de las importaciones con las exportaciones puede considerarse un indicador de la dependencia, cabe recordar que esa relación era de 1,12 en los años 1930-1939; cayó a 0,80 en los años 1947-1953, y a 0,43 en 1972-1980 (1).

A pesar de todo, la economía había mantenido cierta autonomía con respecto a la división internacional del trabajo: el mercado interno seguía siendo el principal motor y la tasa de crecimiento anual era en promedio del 6,6% en los años 60 y 70. Los salarios, relativamente altos, alimentaban una demanda interna sostenida. Un sector público a veces mal administrado y deficitario, pero poderoso, con tecnología de avanzada, aseguraba el 50% de las inversiones industriales y ofrecía una producción variada de bienes de capital e intermedios. Resulta sintomático que los sectores económicos internacionales que se expresan en el seno del Banco Mundial, el FMI o la OCDE hayan tenido

siempre como objetivo a este sector público y reclamado constantemente su eliminación.

La política económica impulsada desde 1980 apunta a hacer desaparecer los últimos factores de autonomía, los vestigios de una política autocentrad a que no desean ni los sectores de negocios occidentales ni la burguesía local. El modelo “exportador” que se impone anuncia, para su financiamiento y su tecnología, la llegada masiva de las empresas multinacionales, cuyo rol había sido hasta el momento bastante limitado. El mercado interno será sacrificado, las bases de una economía nacional autocentrad a desmanteladas, y la formación social sometida sin reservas a las exigencias de la división internacional del trabajo. En esta perspectiva, la junta militar está legándole al país un sistema constitucional que puede calificarse de “dictadura de la burguesía”. Reducidos al silencio, obreros y campesinos son llamados a pagar los gastos de las soluciones inmediatas que los militares pretenden brindar a las dificultades políticas, económicas y sociales. Suponiendo que tal régimen sea viable, corre el serio riesgo de desembocar en callejones sin salida aun más profundos.

Violencia institucionalizada

La burocracia militar, convencida de su superioridad –después de todo, el Estado moderno es obra suya–, se consideraba la única depositaria de la legitimidad republicana. Ahora actúa como el instrumento de la clase capitalista. Ella misma se integra en la producción capitalista. La mutual del ejército, OYAK, se convirtió en una de las principales fuerzas industriales y financieras del país. Los oficiales conforman un grupo social

minante –la burguesía industrial–, nunca pudo traducir su superioridad en términos políticos. En los partidos y el Parlamento, otros grupos, como la burguesía comercial y financiera, los terratenientes, la aristocracia provinciana y las profesiones liberales estaban sobre-representados en los años 60 y 70. Las luchas internas en el seno de la clase dominante explican la ineficacia del sistema y las incesantes crisis gubernamentales entre 1968 y 1980. Las medidas económicas y fiscales, las reformas estructurales preconizadas por la burguesía industrial chocaban contra los intereses de otros grupos y no se implementaban. En definitiva, la clase burguesa en su conjunto ya no lograba aumentar la explotación del trabajo, de por sí considerable, en el marco del sistema parlamentario pluralista, al garantizar la Constitución de 1961 los derechos y libertades, y particularmente los derechos sindicales. Correspondía al poder militar proveerle los medios para hacerlo.

Favorecido por todos estos bloqueos estructurales, el desarrollo del terrorismo preparó el terreno para su advenimiento. Organizado en torno al Partido del Movimiento Nacionalista (PMN) de Alparslan Türkeş, el terrorismo de extrema derecha fue el primer responsable de la propagación de la violencia. Contó con apoyos y complicidades en el seno de la burguesía y el Estado. En el poder entre 1975 y 1979 como aliado del Partido de la Justicia de Demirel, dejó que sus comandos interviniieran contra los sindicatos y obreros. La prensa turca publicó numerosas investigaciones sobre las actividades de esta extrema derecha fascista, las complicidades con las que contaba, sus vínculos con el tráfico internacional de drogas y armas entre Turquía y Euro-

La burocracia militar, convencida de su superioridad, se consideraba la única depositaria de la legitimidad republicana.

privilegiado, con un nivel de vida muy superior al de los burócratas civiles de grado equivalente. En cambio, los militares conservaron su antiguo sistema de valores heredado del kemalismo, que se volvió anacrónico con respecto a su función social. Dicen estar siempre comprometidos con la democracia –con la condición de que esté bajo la tutela de las élites estatales–, con la superioridad del Estado sobre las clases sociales, con la independencia nacional, aun cuando contribuyan a fortalecer a la burguesía y el mercado en detrimento de la autonomía del país y persigan objetivos económicos que agraven su dependencia. En síntesis, el sistema de valores kemalistas que reivindican los oficiales ya no se condice con la función real del ejército en la sociedad. Opera sobre todo como un cimiento ideológico destinado a preservar su unidad y su cohesión interna.

Si la burguesía, por su parte, necesita tanto de los militares, es también porque sus debilidades y sus contradicciones internas le impiden establecer su hegemonía por sus propios medios. Su facción más dinámica y do-

pa Occidental. Frente a esta estrategia del terror financiada y alentada por las clases dominantes, los sindicatos y los partidos políticos de izquierda respondieron con manifestaciones masivas, mientras que los grupos de extrema izquierda optaron también por la violencia. El fenómeno del terrorismo cobró mayor dimensión con las acciones de grupos armados que reivindicaban el nacionalismo kurdo.

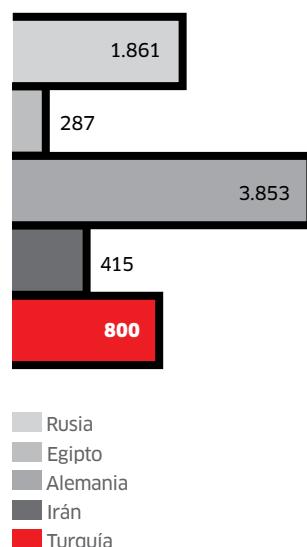
La lucha librada por los militares rindió sus frutos. El terrorismo prácticamente desapareció. Las fuerzas sociales que lo habían sostenido apoyan ahora a la junta, que hace por ellas lo que nunca pudieron hacer los gobiernos civiles. ■

1. Korkut Boratav, “Les facteurs externes de la crise économique turque”, *Journée d’Etudes sur la Turquie : crise économique et crise politique, 13 juin 1981*, Universidad de París-VIII, 1982.

*Seudónimo de Ali Kazancigil. Polítólogo, co-director de la revista de geopolítica *Anatoli*, CNRS Editions, París.

Traducción: Gustavo Recalde

PIB
(en miles de millones de dólares, 2014)







A las puertas de Europa

En tránsito hacia la democracia

por Ata Gil*

Con una economía y una demografía de un dinamismo excepcional, Turquía se proponía objetivos ambiciosos para los años 90: ser invitada a la mesa europea; conciliar una sociedad abierta, moderna y laica con una población musulmana, y acelerar su desarrollo mediante la aplicación de políticas ultraliberales.

Un período difícil, que empezó con el golpe de Estado militar del 12 de septiembre de 1980 y al que le siguió una fase de democratización progresiva desde 1983, llega a su fin con las elecciones del 29 de noviembre [de 1987]. El curso de la democracia está pues bien encaminado. El Consejo de Europa tomó nota de ello, dado que Turquía asume actualmente la presidencia de este organismo que no transige con la democracia y los derechos humanos.

¿Quiere decir esto que se dio vuelta definitivamente la página? Los avances han sido importantes. El país aceptó el derecho al recurso individual ante la Comisión Europea de Derechos Humanos. La libertad de expresión, y en particular la de prensa, está mucho mejor garantizada. Bajo la presión de la opinión pública europea, pero también turca, la tortura disminuyó, y más torturadores son sometidos a la justicia. Sin embargo, aunque la tendencia general apunta incontestablemente hacia la democratización, el marco general presenta aún muchas sombras: en primer lugar, la propia Constitución contiene demasiadas cláusulas antidemocráticas, sobre todo limitaciones al derecho de huelga. El delito de opinión sigue existiendo, y periodistas, artistas y otros intelectuales son perseguidos por sus escritos o sus obras. En Anatolia oriental, las poblaciones kurdas siguen estando sometidas a las presiones del ejército; en esas regiones alejadas, los derechos humanos se respetan menos que en otras partes. El recrudecimiento de las acciones armadas perpetradas por los rebeldes kurdos deja a la población atrapada entre la violencia estatal turca y el terrorismo kurdo.

Una prueba de los progresos democráticos fue el referéndum popular del 6 de septiembre [de 1987], mediante el cual el electorado se pronunció por una mayoría del 50,16% contra el 49,84% (es decir, una diferencia de 75.000 votos, sobre un total de 25 millones) a favor del levantamiento de las proscripciones políticas que pesaban sobre doscientos cuarenta y un dirigentes de partidos, entre ellos los dos "tenores" de los años 70, Süleyman Demirel y Bülent Ecevit. El resultado extremadamente apretado del escrutinio indica que, aunque no deseé el regreso de las personalidades y costumbres políticas que tuvieron su parte de responsabilidad en el caos que reinaba a fines de los años 70, el pueblo turco pretende por sobre todas las cosas que el país cuente con un régimen democrático.

La estabilidad ante todo

Este resultado le cayó como anillo al dedo al primer ministro, Turgut Özal. Frente a la opinión pública occidental, aportaba la prueba de que la democracia funciona en Turquía. Hacia adentro, Demirel, su gran rival en el seno de la derecha, ya no podía amenazarlo, ya que no consiguió transformar su regreso a los primeros planos en un triunfo político. En cuanto al regreso de Ecevit, contribuía a dividir aún más a la izquierda, de por sí debilitada. Así, Özal decidió adelantar las elecciones lo más posible, para aprovechar la coyuntura favorable a su Partido de la Madre Patria (ANAP), sin darles tiempo a Demirel, que asumió la dirección del Partido de la Justa Vía (DYP), para desarrollar su campaña, ni a la izquierda para unirse en una eventual fusión →

LOS PRINCIPIOS LAICOS EN LA MIRA

El avance del islamismo

por Altan Gokalp*

Desde comienzos de 1987, la cuestión religiosa sacude la vida pública de manera poco habitual. Crecen los ataques contra los principios laicos, pilares del Estado republicano turco. Para los islamistas, cada vez más numerosos, el rechazo al sistema de valores occidental se cristaliza en torno al estatuto de la mujer y la familia. Mientras el "velo islámico" sigue prohibido en la Universidad o en el servicio público, su uso se convierte en un símbolo de pertenencia. Muy activos, los militantes de la fe multiplican las campañas de prensa, las huelgas de hambre y las manifestaciones-rezos. La agitación es difundida y amplificada por los medios de comunicación -muy poderosos y de gran tirada- de la diáspora turca (más de dos millones de personas diseminadas por la Comunidad Europea). Sin embargo, la situación religiosa no se limita a un conflicto entre laicos e integristas. Existe un tercer polo: los alevíes, que, con doce millones de fieles, representan más de un cuarto de la población. El alevismo, contemporáneo de los inicios del Imperio Otomano, es de origen chiita, pero evolucionó de una forma muy distinta a la de los otros chiismos mesorientales. Para los alevíes, el culto, el ritual y la lengua sagrada se inscriben en tradiciones específicamente turcas. No hacen proselitismo ni buscan reclutar, celebran su culto en secreto. Calificados aún hoy de herejes por la ortodoxia sunnita, fueron por mucho tiempo las víctimas expiatorias de "pogromos" o "dragonadas". No obstante, encontraron un aliado poderoso en el kemalismo: al relegar la religión a la esfera privada, Atatürk pudo doblegar a sus detractores. Más que otros, los alevíes se reconocen en los partidos de izquierda. Es, por lo tanto, entre tres obediencias -al sunnismo, al alevismo y al kemalismo- que se juega en Turquía, desde 1924, la guerra de religión.

¿Cómo ser a la vez turco y musulmán? Dos opciones competían a fines del siglo XIX. El panturquismo pretendía unir todas las etnias de "raza" y de lengua turcas, "liberándose" de las influencias árabes y balcánicas; mientras que la tesis que terminó prevaleciendo con el kemalismo se centraba en la construcción de la identidad nacional y la separación de la cultura específicamente turca de las influencias musulmanas. [...]

El campo islamista busca resolver las contradicciones entre identidad religiosa y sentimiento nacional a través de una opción sintética (*Türk-Islam sentezi*). A diferencia de los fundamentalistas, esta corriente no reniega del marco nacional: vincula el progreso a la reactivación del patrimonio ligado al pasado otomano.

*Investigador del Centre National de la Recherche Scientifique, Universidad de Nanterre, París. Extractos del artículo "La vigoureuse poussée du courant islamiste", *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1987.

Traducción: Pablo Stancanelli

→ del Partido Populista Social-Demócrata (SHP), de Erdal Inönü, y el Partido de la Izquierda Democrática (DSP), dirigido actualmente por Ecevit. En la extrema derecha, el Partido del Bienestar (RP), de tendencia islamista, y el Partido del Trabajo Nacional (MCP), fascista, respectivamente dirigidos tras el referéndum por otras dos figuras que están de regreso, Necmettin Erbakan y Alparslan Türkeş, tampoco tuvieron la posibilidad de aumentar su audiencia, que sigue siendo muy restringida.

Las encuestas previas a las elecciones otorgaron a Özal y su partido una ventaja bastante cómoda, susceptible de transformarse en una mayoría parlamentaria muy importante, gracias a una modalidad de escrutinio proporcional que conlleva un umbral de eliminación del 10% a escala nacional, agravado, en las circunscripciones, por un sistema de repartición de votos que favorece al partido ganador. La oposición vio allí una violación del espíritu democrático, y en el propio entorno del Primer Ministro algunos asesores temieron que una mayoría parlamentaria demasiado aplastante, obtenida mediante esa modalidad de escrutinio, ensombreciera la legitimidad del nuevo poder. Otra torpeza cometida por Özal en su apuro por organizar las elecciones llevó a que la Corte Constitucional anulara un artículo de la Ley Electoral y contribuyó a generar una crisis constitucional totalmente inesperada. Este artículo contravenía la regla de la Constitución que obliga a las instancias dirigentes de los partidos a consultar sus bases antes de establecer su lista de candidatos. Finalmente, este episodio bastante lamentable, que puso en evidencia que las costumbres políticas anteriores a 1980 están listas a resurgir a la primera oportunidad, provocó el aplazamiento de las elecciones anticipadas del 1º al 29 de noviembre.

Más allá de esta crisis, el hecho esencial es la confianza que el electorado se prepara para concederle a Özal, en el poder desde 1983, para un nuevo mandato de cinco años. Ya que la suma de una inflación galopante y la continua caída de los ingresos reales de muchas categorías de la población podría haber amenazado la mayoría parlamentaria. La explicación reside probablemente en el deseo de la opinión pública de preservar la estabilidad política incluso al precio de sacrificios económicos. En el estado actual de cosas, el ANAP es de hecho la única formación política capaz de alcanzar una mayoría parlamentaria, y cualquier disgregación de los votos desembocaría inevitablemente en las coaliciones inestables de los años 70.

La culminación de un sueño

Lo que importa ahora es saber qué es lo que hará con este nuevo mandato el Primer Ministro, a quien le gusta compararse con Margaret Thatcher, tanto por su política liberal como por su longevidad en el poder. La gran ambición de Özal es crear una economía y una sociedad abiertas, competitivas e integradas a la economía mundial. La demanda de adhesión a la Comu-

nidad Europea, presentada en Bruselas el 14 de abril de 1987, es evidentemente un paso muy importante en esa dirección.

La adhesión a la Comunidad Europea, a la que Turquía está asociada desde 1964, se presenta como una elección de un modelo de sociedad, la culminación del gran proyecto de la Turquía republicana: convertirse en una nación europea, democrática y económicamente desarrollada. La iniciativa goza de un muy amplio consenso en todas las categorías socio-profesionales, la patronal (el 92% apoya el proyecto de adhesión, según una encuesta), los sindicatos, el ejército y los partidos políticos, a excepción de los islamistas, cuyo peso en la sociedad es limitado y que reclaman, sin mucha convicción, un mercado común con los países islámicos. Así, contrariamente a los años 60, cuando la asociación con la CEE sólo involucraba al gobierno y algunos altos funcionarios, amplios sectores de la sociedad se sienten actualmente implicados en este proyecto.

Para sus partidarios, la adhesión a la CEE ofrecería a Turquía ventajas de orden político, diplomático, económico y social: volvería irreversible la democracia y reforzaría los derechos humanos; en sus relaciones con Europa, Turquía estaría en igualdad de condiciones con Grecia; la economía se beneficiaría del maná financiero comunitario, de la llegada de inversiones europeas y de tecnologías de punta y de la eliminación de las barreras proteccionistas que se alzan frente a las exportaciones turcas, cuyo principal destino es la CEE, con el 43% del total; por último, el mercado del trabajo europeo (que permaneció cerrado a pesar del tratado de asociación que prevé la libre circulación de los trabajadores turcos en la Comunidad a partir del 1º de diciembre de 1986) se abriría a una población joven y en pleno crecimiento, en busca de empleo (de un total de 52 millones de habitantes, el 45% tiene menos de quince años; la tasa de crecimiento demográfico anual, de más del 2%, anuncia una población cercana a los 70 millones para el año 2000).

La argumentación del gobierno insiste sobre todo en el dinamismo económico, que a largo plazo le permitiría a Turquía alcanzar a las economías europeas. Este dinamismo es innegable. El crecimiento del Producto Nacional Bruto (PNB) es el más alto de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE): el 8% en 1986 y un 6,7% estimado para 1987. Históricamente, esta tendencia no dejó de acelerarse desde la creación de la República en 1923. Para duplicar el nivel de la economía, al principio fueron necesarios veintisiete años (1923-1950), luego dieciocho años (1950-1968), doce años (1968-1980) y finalmente seis años (1980-1986). Las exportaciones aumentaron en un 300% en diez años, para alcanzar unos 7.900 millones de dólares en 1986 y probablemente 9.000 millones en 1987. El Producto Interno Bruto (PIB) es de 152.000 millones de dólares, lo que ubica al país en el noveno puesto de la OCDE, pero el PIB por habitante sigue siendo el más bajo de la OC-



© M. DOGAN / Shutterstock

Religión y política. A pesar de su defensa de la República secular, durante la Guerra Fría el ejército fomentó el conservadurismo islámico para contrarrestar el avance del comunismo.

DE, con 1.060 dólares en 1986 (en Portugal y Grecia es, respectivamente, 2.030 y 3.295 dólares). Sin embargo, si se consideran las paridades de poder adquisitivo, otro indicador que utiliza la OCDE, se llega a un PIB por habitante de 4.000 dólares en 1986, y con cifras de 5.200 y 5.900 dólares respectivamente para Portugal y Grecia.

Se están llevando a cabo trabajos muy importantes en materia de infraestructura. Gracias a centrales térmicas y a la serie de represas en construcción en el río Éufrates, la producción energética aumenta rápidamente. Alcanzaría los 100.000 millones de kWh en 1998 y unos 150.000 millones en 2010, lo que permitiría multiplicar la producción industrial por cuatro y la producción agrícola por dos hacia el fin de siglo. Las estructuras demográficas y económicas también se están modificando rápidamente: debido a una alta tasa de urbanización, la población de las ciudades acaba de superar en importancia a la de las zonas rurales, y la agricultura no utiliza más que el 45% de la población activa. Actualmente, los servicios y la industria representan respectivamente el 46% y el 37% del PNB, mientras que la agricultura no representa más que el 16%.

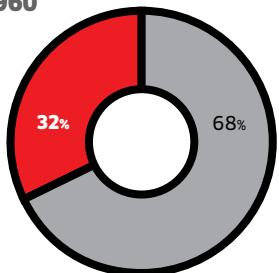
Pero también está la otra cara de la moneda. Desde hace diez años, Turquía padece una inflación muy elevada, y, a pesar de sus promesas, Özal no logró mantenerla por debajo del 40%. Por primera vez desde hace mucho tiempo, el desempleo disminuyó levemente, pero todavía afecta a casi el 16% de la población activa, a pesar de la emigración de los trabajadores hacia los países de la CEE (1.800.000 con sus familias) y los del Golfo (250.000). Las inversiones industriales se estancan y los capitales extranjeros →

Golpes "posmodernos"

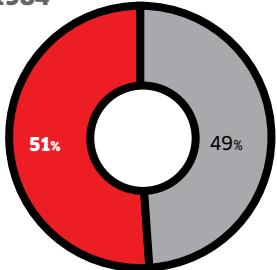
En 1995, el Partido del Bienestar (Refah Partisi, islamista) se impuso en las elecciones legislativas. El año siguiente, su líder, Necmettin Erbakan, asumió el gobierno. Pero duraría menos de un año en el poder, empujado a la renuncia por el ejército, que disolvió su partido y lo privó de sus derechos políticos, sin sacar los tanques a la calle.

Población rural y urbana (en porcentaje)

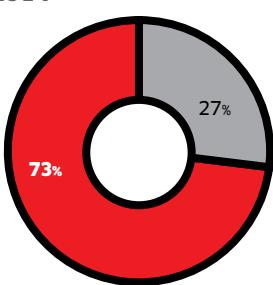
1960



1984



2014



Rural
Urbana

© Yavuz Sarıyıldız / Shutterstock



Juventud. El porcentaje de jóvenes en la población se reduce. Del 20% entre 1980 y el año 2000, hoy es del 16%.

→ no siempre alcanzan los volúmenes previstos. Esto constituye un mal augurio respecto de la posibilidad de seguir aumentando las exportaciones al mismo ritmo que los años anteriores, en los que fueron la locomotora de la economía. Desde 1980, la deuda externa se duplicó, hasta alcanzar los 31.500 millones de dólares en 1986. Los reembolsos anuales de esta deuda corresponden al 10% del PIB y absorbieron, en 1986, más del 50% de los ingresos por exportaciones, lo cual, sumado a la desaceleración prevista del crecimiento de las ventas al exterior, amenaza con generar problemas en la balanza de pagos.

En el plano social, el cuadro es aun menos alentador. Las políticas económicas liberales de Özal aumentan las ganancias del capital y la competitividad de la economía, pero al precio de una constante depreciación de la lira turca y de un menor aumento de los salarios en relación con la inflación, lo que hace que caigan los ingresos reales desde hace ya varios años. Junto a las colosales fortunas que se edifican en unos pocos años, capas cada vez más amplias de la población se empobrecen. Mientras que en 1980 un asalariado podía comprar un kilo de pan con catorce minutos de trabajo, hoy en día necesita cuarenta y dos minutos. La distribución de la riqueza se encuentra entre las más inequitativas del mundo: un 20% de la población se apropia del 45% de los ingresos nacionales. La educación, la formación, la investigación científica y técnica, que se convirtieron en factores cruciales en las economías modernas, no reciben la atención que ameritan y la situación empeoró desde 1980, principalmente debido a los duros golpes que sufrieron las universidades por parte de los militares.

La CEE, por su parte, seguramente insistirá en los retrasos y las dificultades de la economía turca, para diferir tanto como sea posible el momento en el que la Comisión tenga que darle su parecer al Consejo de Ministros respecto de la apertura de las negociaciones de adhesión. La incomodidad de la Comunidad es evidente. El pedido de adhesión llega en un momento en el que las relaciones de asociación, congeladas tras el golpe de Estado de 1980 al nivel de las instituciones y de la ayuda financiera, fueron objeto de un principio de normalización, pero están todavía lejos de haber recuperado su ritmo normal. La reticencia de varios miembros de la CEE no se basa sólo en objeciones de orden económico. Consideran que Turquía no es un país europeo y que su cultura, su religión y el modo de vida de su pueblo son muy distintos de los de los Doce. La resolución que el Parlamento europeo aprobó en Estrasburgo, en mayo pasado, vinculando el examen de una eventual adhesión a la CEE con el reconocimiento por parte de Turquía del genocidio armenio y de los derechos de las minorías, es una manifestación de estas dudas. En cuanto a Grecia, no esconde su intención de hacer todo lo posible para cerrarle la puerta de Europa a Turquía mientras no estén resueltos el conflicto chipriota y el contencioso del Egeo. Se puede predecir por lo tanto sin demasiado riesgo que Turquía no va a ser admitida en la CEE antes del año 2000 (a título comparativo, el récord de duración de las negociaciones –sin contar el retraso debido al consejo de la Comisión– le pertenece a Portugal, con ocho años y diez meses).

Un camino de obstáculos

El verdadero desafío que determinará la actitud de la CEE se plantea acaso de la siguiente manera: dadas las dimensiones y la posición geográfica del país como su importancia estratégica, su vitalidad demográfica y su dinamismo económico, ¿se puede correr el riesgo de decir que no? Los inconvenientes de su ingreso a la Comunidad serán tan considerables como el precio a pagar por un rechazo, que podría derivar incluso en la pérdida de Turquía para Occidente, como ocurriera antes con Irán, en diferentes circunstancias?

Por su parte, los turcos son naturalmente conscientes de las cuestiones de identidad, de cultura y de religión que incomodan a los europeos, pero aparentan no pensar mucho en ello. Afirman apostar a la dinámica y la sinergia que inducirían las negociaciones de adhesión, para preparar tanto a la economía como al hombre y a la mujer turcos para integrarse a Europa. Esta actitud, propia del método Coué, no logra sin embargo esconder una serie de problemas, cuya evolución puede influir en las relaciones con la CEE.

En primer lugar el problema kurdo. Por su dimensión y su localización, probablemente sea el mayor peligro. Si el Estado turco no tiene la lucidez suficiente para buscar una solución política, reconociendo los derechos culturales del pueblo kurdo y haciendo un especial esfuerzo para garantizar el desarrollo económico del Kurdistán turco, si sigue encerrándose en la

represión, corre el riesgo de pagar un precio demasiado elevado en vidas humanas y en recursos económicos. Una guerra prolongada en las regiones montañosas del este de Anatolia agotaría la economía y pondría fin a la experiencia de democratización.

Una segunda dificultad se desprende del rol de gendarme que Estados Unidos le propone insistenteamente a Turquía, particularmente en la región del Golfo. Ubicados en primera fila, los turcos son conscientes de que dejarse arrastrar en el engranaje mesoriental sería suicida. Desembocaría en la desestabilización de su país y en una probable escalada del integrismo.

Y, *last but not least*, la cuestión del islamismo. Turquía, con un 99% de población musulmana, ¿realmente corre el riesgo de quedar sumergida y ser arrastrada lejos de Europa por el islamismo, más aun cuando el vecino Irán jomeinista no se priva de hacer proselitismo en Anatolia, al igual que el muy conservador reino de Arabia Saudita? Estos dos países apoyan financieramente diversos grupos religiosos y firmas que editan libros, revistas, diarios, discos y cassetes para difundir sus ideas. Desde los años 1970 se produjo un acercamiento con los países musulmanes (Turquía es miembro de la Organización de la Conferencia Islámica, cuya comisión de cooperación económica es dirigida por el muy kemalista presidente de la República, el general Kenan Evren). El interés que estos países representan para Ankara es en parte diplomático (búsqueda de apoyos en el conflicto chipriota), pero sobre todo económico: el 35% de las exportaciones van hacia esos países, principalmente Irán e Irak. En los países del Golfo, las compañías

mistas representan sin lugar a dudas una amenaza para el laicismo, sobre todo cuando del lado de enfrente los kemalistas de obediencia estricta (esencialmente militares) y los liberales conservadores brillan por su indigencia intelectual y su incapacidad para formular un proyecto de sociedad.

Pero la sociedad turca no carece de recursos. El fortalecimiento de la democracia y la reconstitución progresiva de las estructuras intermedias deberían desembocar en una contracción del espacio sociocultural que durante un tiempo quedó abandonado en manos del islamismo, incluso cuando éste siga teniendo preeminencia en las conciencias individuales. El éxito de la democratización es en efecto una condición *sine qua non* para la supervivencia de la República secular en Turquía. Empero, no es seguro que la clase política y los militares, tan apegados al laicismo, lo hayan entendido. La izquierda suele quedarse sola en este combate y, actualmente, es muy débil. En cuanto a la derecha, tan liberal en el plano económico, lista para aceptar cualquier transgresión a la moralidad por parte de los que se enriquecen, pero mucho más intransigente en el plano de las ideas y de las costumbres, defiende los valores tradicionales, la familia patriarcal, las mujeres sumisas, el paternalismo hacia los jóvenes y la exclusión de todo aquello que salga de la “normalidad”.

La integración a Europa sin duda ayudaría a Turquía a convertirse más rápido en una sociedad más libre, más democrática y más tolerante. ¿Pero tiene Europa todavía la visión y la energía necesarias como para aceptar este tipo de apuesta a futuro? Sin embargo el juego no es demasiado arriesgado. La Turquía

En las sombras

En los años 90, una vasta red criminal funcionó en la sombra del poder. En 1998, el presidente de la Asociación de Derechos Humanos de Turquía, Akin Birdal, denunciaba más de 4.500 asesinatos políticos no dilucidados desde 1991. En el sudeste del país, amparadas en la lucha contra los rebeldes kurdos, las fuerzas especiales se dedicaron a numerosas actividades mafiosas, especialmente el narcotráfico.

Ubicados en primera fila, los turcos son conscientes de que dejarse arrastrar en el engranaje mesoriental sería suicida.

turcas de obras públicas consiguieron mercados por 15.000 millones de dólares, 250.000 obreros turcos trabajan allí, y Turquía recibió, en 1986, un millón de turistas provenientes de esta región.

En cuanto al islam, su peso político es limitado. En las dos elecciones en las que participó, en 1973 y en 1977, el Partido de Salvación Nacional obtuvo alrededor del 11% y el 8% de los votos. Para las próximas elecciones, se espera que su sucesor, el Partido del Bienestar, obtenga algunos puntos. Tres cuartas partes de la opinión pública se oponen a la introducción de la *sharia* (ley islámica). Pero, en otro nivel, el islam se ha convertido en un poderoso movimiento social y en un modo popular de acción política, paralelamente a las instituciones y a los partidos políticos. La red de solidaridades primordiales que el islam articula aprovechó ampliamente el vacío social creado por el golpe de Estado de 1980, que prohibió los sindicatos y cualquier tipo de asociación. El dinamismo intelectual y cultural que muestran los isla-

actual, en la que la movilidad social es grande, está dirigida por hombres de origen campesino y profundamente creyentes, pero que al mismo tiempo están abiertos a los vientos de cambio. Es revelador que haya sido el gobierno actual, cuyo jefe y cuyos ministros nunca escondieron su apego a los valores del islam, el que solicitó la adhesión a la CEE –mientras los europeos son incapaces de llevar a cabo un análisis lúcido del fenómeno islámico–.

Con o sin Europa, los años venideros se anuncian difíciles, ya que el modelo liberal de Özal da señales de agotamiento y la escasa atención que se les presta a las cuestiones de justicia social amenaza con engendrar nuevos disturbios y de prepararle así el terreno a otro régimen autoritario, o al islamismo. ■

*Seudónimo de Ali Kazancigil. Polítólogo, co-director de la revista de geopolítica *Anatoli*, CNRS Editions, París.

Traducción: Aldo Giacometti

Ante la emergencia de los nacionalismos

La caída del Imperio

por Georges Corm*

La onda expansiva originada por la Primera Guerra Mundial condujo a la caída del Imperio Otomano. Las repercusiones de este cataclismo, borrado luego de las memorias, se harían sentir a lo largo de todo el siglo XX.



Bandera. La luna menguante y la estrella son símbolos de la patria.

El Tratado de Versalles, que en 1919 puso fin a la Primera Guerra Mundial, no sólo hizo desaparecer al Imperio Alemán y al Imperio Russo. El Imperio Otomano, que antaño había dominado la mayor parte del Mediterráneo Oriental (hasta Croacia) y las provincias árabes de África del Norte (con excepción de Marruecos), se vio reducido a la meseta de Anatolia, con sus costas marítimas. En cuanto al Imperio Austro-Húngaro, se dislocó con el nacimiento de Austria, de Hungría, de Checoslovaquia y del reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (la futura Yugoslavia).

La principal causa del derrumbe de estos dos imperios –el Otomano y el Austro-Húngaro– fue la exportación del virus de los nacionalismos europeos hacia los Balcanes, la meseta de Anatolia y el conjunto sirio-mesopotámico. En todas estas regiones, poblaciones de filiaciones religiosas, étnicas o lingüísticas diferentes habían convivido en su heterogeneidad desde la más alta Antigüedad. La atracción ejercida por el modelo político del Estado-nación en Europa, así como las rivalidades europeas en la carrera por la expansión colonial al este y al sur de la cuenca mediterránea –inaugurada por la expedición de Bonaparte a Egipto y Palestina en 1798–, resquebrajaron esta situación a lo largo de todo el siglo XIX.

Las promesas de las potencias europeas a las diversas comunidades religiosas o étnicas, convertidas en sus “clientes” a través de una densa red de diplomáticos, misioneros e instituciones educativas modernas, dieron origen a fuertes corrientes secesionistas, poniendo en cuestión la cohesión de los imperios Otomano y Austro-Húngaro. Estas comunidades atravesaron una creciente politización,

alentada por las presiones de los grandes Estados europeos sobre los dos imperios para democratizar su gestión y otorgar derechos a sus “minorías”.

Hasta entonces, las querellas y violencias localizadas a menudo se debían a problemas de distribución de recursos escasos, como el agua y la tierra en zonas rurales, o a una competencia comercial y económica en zonas urbanas. Por otra parte, las élites de muchas de estas comunidades contribuían a la gestión de ambos imperios. Así, griegos, bosniacos o armenios participaban en la administración del Imperio Otomano, y húngaros o croatas, en la del Imperio Austro-Húngaro.

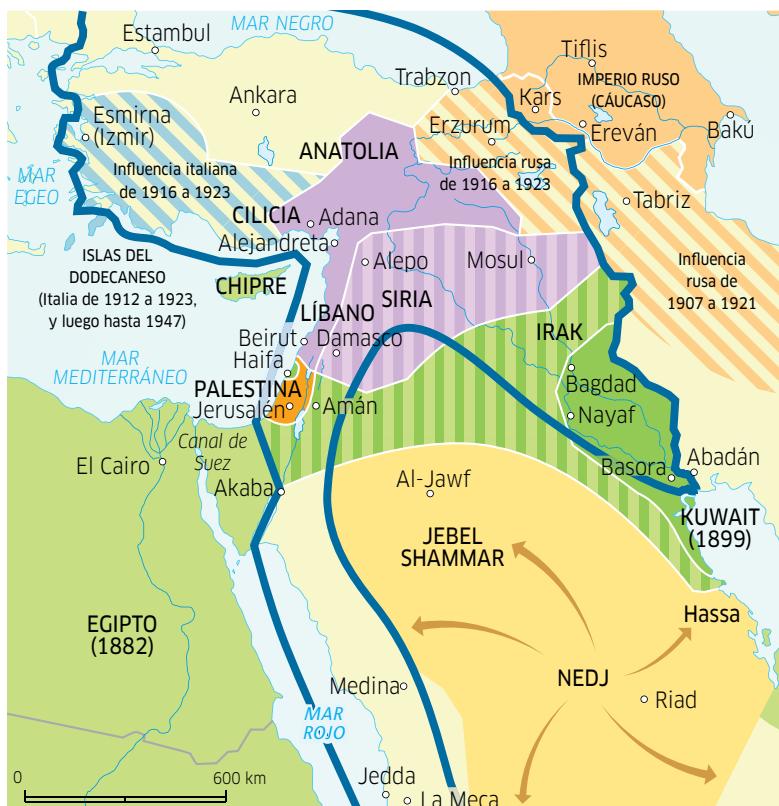
Ante el ascenso de los nacionalismos étnicos o religiosos, la reacción turca fue doble. Por un lado, los sultanes –particularmente, Abdul Hamid II– apostaron a la solidaridad panislámica frente a las empresas coloniales europeas; por otro, los Jóvenes Oficiales turcos movilizaron el elemento turco alrededor del turanismo, es decir de la creencia en la superioridad de la “raza” turca por sobre todos los otros componentes del Imperio. Este elemento se convertiría en el centro de su ideología.

Así, no sorprende que el fin de la Primera Guerra Mundial conllevara, en el Mediterráneo Oriental, masacres y desplazamientos forzados de población (entre griegos y turcos, armenios y turcos, kurdos y armenios, kurdos y turcos, búlgaros ortodoxos y turcos) durante los cuales millones de personas murieron o vieron sus vidas arruinadas. ■

*Economista e historiador. Autor de *L'Europe entre le Mythe de l'Occident. La construction d'une histoire*, La Découverte, París, 2009.

Traducción: Mariana Saúl

Bajo los escombros surgen varios Estados



Imperio Otomano en 1914

Acuerdo Sykes-Picot (1916)

 Zona internacional
bajo protección conjunta
de Francia, Rusia y el
Reino Unido

(1899) Fecha de ocupación, de
conquista o de protectorado

→ Territorios controlados por Abdelaziz Ibn Saud antes de 1925 y conquistas

Reino Unido

-  Control directo
-  Protectorado
-  Posesiones

Italia
 Zona de influencia

Francia

Rusia

 Imperio Russo

Mandatos votados por la Sociedad de Naciones (SDN) en:

- 1920 para el Líbano, Siria e Irak
 - 1922 para Palestina, de la cual el Reino Unido recorta el emirato de Transjordania

Transjurisdicción

Francia Reino Unido

(1889) Fecha de independencia

(1893) Fechas de Independencia

- Posesiones británicas
- Unión Soviética
- Reino de Abdalaziz Ibn Saud en 1932, tras las conquistas de los territorios del Oeste y del Sur
- Territorio turco y...
- ... adquisiciones de Turquía según el Tratado de Lausana en 1923
- Zonas neutrales

Fuentes: Gerald Blake, John Dewdney y Jonathan Mitchell, *The Cambridge Atlas of the Middle East and North Africa*, Cambridge University Press, 1987; Olivier Da Lage, *Géopolitique de l'Arabie saoudite*, Complexe, 1996; mapas originales anexados a los textos del Acuerdo Sykes-Picot y de los Tratados de Sèvres (1920) y Lausana (1923).

Por Cécile Marin y Philippe Bekacewicz



2

Turquía hacia adentro

UNA DEMOCRACIA EN EBULLICIÓN

La llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo de Recep Tayyip Erdogan, en 2003, inauguró una nueva era política en Turquía, al poner fin a décadas de inestabilidad. La hegemonía de este partido islamista conservador se fundó en un notable crecimiento económico, la subordinación de los militares y la apertura -incumplida- hacia las minorías. Pero el freno de la economía y la deriva autoritaria de Erdogan despertaron a la sociedad civil, que defiende una República plural y laica.





Economía en expansión, población movilizada

Islamismo popular y liberal

por **Tristan Coloma***

En mayo-junio de 2013, miles de personas, reunidas en la Plaza Taksim, en Estambul, y en otros puntos del país, desafiaron al gobierno y denunciaron la deriva autoritaria del entonces primer ministro, Recep Tayyip Erdogan. Si bien después volvería la calma, y Erdogan pudo recuperar la iniciativa, el movimiento refleja los cambios vividos en la sociedad en los últimos diez años.

“Çapulcu” (“chusma”): así es como el primer ministro turco [hoy presidente], Recep Tayyip Erdogan, llamó a las miles de personas comprometidas con el levantamiento popular que desafió su autoridad; un movimiento nacido como reacción a la brutalidad de la intervención policial contra los manifestantes que denunciaban la destrucción del parque Gezi, en Estambul, el 31 de mayo de 2013. Luego, las redes sociales adaptaron esta palabra en inglés (*chapulling*) y le dieron un nuevo significado: aquello que pelea por los derechos de todos. Y, actualmente, son muchos los que en Turquía reivindican su voluntad de “chapullar”.

Esta situación refleja principalmente la profunda división de la sociedad. Lejos de las caricaturas –una movilización limitada a defender unos árboles del parque Gezi, una agitación juvenil–, pone en evidencia “una brecha en términos de modos de vida” que “crystaliza la figura de Erdogan”, observa Ayşegül Bozan, politóloga de la Universidad de Estambul. Aquel que, en 2002, representaba la “ruptura”, rebajando a sus competidores al rango de retrógrados de otra época, se reconcilia con los viejos demonios nacionales: adopta una postura de víctima enfrentada a un complot internacional cuyo objetivo sería desestabilizar al país.

Desde el 1º de abril, el primer ministro turco no estaba para bromas. “En caso de que la comisión parlamentaria de reconciliación sobre la Constitución no llegase a redactar una propuesta de texto, en el AKP [Partido de la Justicia y el Desarrollo] tenemos nuestro propio proyecto”, declaró, imperioso, durante un programa de televisión.

Como el conejo blanco de *Alicia en el país de las maravillas*, y a pesar de sus esfuerzos, Burhan Küzü está atrasado. El responsable de la comisión parlamentaria multipartidaria tenía inicialmente hasta el 31 de diciembre de 2012 para someter el texto a la Asamblea. “Hubo acuerdo en muy pocos temas”, se queja. Y por otra parte, ¿tiene todavía la posibilidad de elaborar una Constitución para poner a Turquía en el camino de una cierta madurez democrática?

Contra la separación de poderes

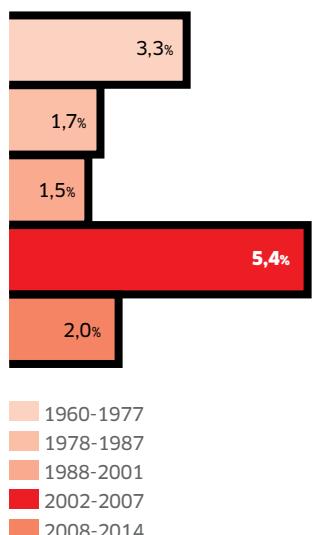
En el país de las maravillas, la reina de corazones presentaría esta revisión como necesaria para ratificar la mutación de una sociedad decidida a cultivar en un mismo movimiento los preceptos morales surgidos de su identidad musulmana y su aspiración a más libertades. Pero si Erdogan da muestras de semejante apuro y se atreve a semejante intromisión es porque “entró en una nueva fase del poder –estima Elise Massicard, investigadora en el Instituto Francés de Estudios Anatolios–. Hasta 2011, el AKP se dedicó a destruir a los distintos contra-poderes, o a controlarlos, como en el caso del Ejército y de la Justicia. Esta lógica está prácticamente terminada” (1). Prácticamente, en efecto... Los arrestos y los grandes juicios a militares, abogados, periodistas, universitarios o estudiantes son anticonstitucionales.

En un país en el que los contra-poderes están amordazados y la oposición laica se encuentra políticamente debilitada, el partido mayoritario de Erdogan milita en pos de una nueva Constitución con el fin de imponer un sistema presidencial o semi-→



Expansión. La proliferación de *shoppings* es una de las caras del crecimiento económico de la última década en Turquía, que vivió un *boom* del consumo y la construcción.

Crecimiento anual del PIB (por períodos, en porcentaje)



→ presidencial. Pero en vista del movimiento de protesta popular de mayo-junio de 2013, provocado en gran parte por la arrogancia del primer ministro, el proyecto despierta cada vez más reticencias incluso en el seno del partido oficialista. Muchos cuadros del AKP promueven ahora cambios constitucionales más limitados y más en consonancia con las expectativas de la sociedad.

El partido oficialista acrecentó continuamente sus porcentajes electorales desde su victoria del 3 de noviembre de 2002. Pero, mandato tras mandato, el régimen ha hecho uso de su hegemonía para inclinarse hacia la autocracia. Como prueba, durante un discurso en Konya, el 17 de diciembre de 2012, Erdogan estimaba que la “separación de poderes” constituía un “obstáculo” para el accionar de su gobierno. Un déficit democrático muy alejado de las intenciones exhibidas en 2002. Al lanzar el AKP, el ala reformista del Partido de la Prosperidad, prohibido por su supuesto islamismo, Erdogan quería ocupar la centroderecha del tablero político. Decidió entonces definirlo como culturalmente conservador, políticamente nacionalista y económicamente liberal.

Para Bozan, “el AKP se benefició de la pérdida de credibilidad de los partidos existentes. Fue capaz de atraer no sólo a gran parte de la masa electoral que apoyaba distintas formaciones en la tradición de Visión Nacional [movimiento islamista] sino también a electores de la centroderecha que no acostumbraban apoyar a ese tipo de partidos. Los intelectuales liberales, o ciertos socialdemócratas, vieron en el AKP al poder civil capaz de transformar las opiniones de la base popular con la perspectiva de una democratización del país”.

Si el aura de Erdogan pudo sobrevivir a diez años de ejercicio del poder es porque su balance presenta grandes avances. En primer lugar, la economía exhibió buenos resultados según las normas liberales. El crecimiento anual alcanzó un 7% en promedio entre 2000 y 2010; se logró vencer la inflación; las inversiones extranjeras directas (IED) pasaron en diez años de 1.200 millones a cerca de 20.000 millones de dólares y se redujeron las desigualdades. El programa nacional en vista de la adhesión a la Unión Europea amplió las libertades individuales. El “proceso de resolución” de la cuestión kurda (Nezan, pág. 41) demostró la capacidad del primer ministro para hacer retroceder los nacionalismos más radicales, que se manifestaban hasta en su propio bando (2). Por último, las reformas también permitieron abolir la influencia del Ejército, que había derrocado a cuatro gobiernos desde 1960. Así, el partido podía continuar su lucha contra la gran burguesía laica, y presentarla como un enfrentamiento entre el pueblo y la élite.

La revancha de la “Turquía de abajo”

Para una mitad de la población, la figura de Erdogan personifica esta lucha de clases y esta promesa de poner fin a la exclusión. Según un informe del instituto de investigación turco Konda, el electorado del AKP plebiscitó al dirigente del partido (57%), más que al partido mismo, durante las elecciones de junio de 2011 (3).

“Los militantes trabajan para transformar la opinión pública y aportar soluciones individuales para los problemas de cada cual –destaca la investigadora en ciencias políticas Dilek Yankaya–. Si alguien se quiere casar con una buena musulmana, ellos se la presentan. Si alguien necesita carbón, o tiene que ser hospitalizado, ellos se ocupan. Se otorga en función de las necesidades de cada cual, y a cambio se obtienen los votos.”

“El AKP actúa a la vez como una fuerza motriz para liberar al mercado de la intervención del Estado y como un vector de reintegración de los excluidos. Y es así como promueve al mismo tiempo valores procapitalistas y sociales”, analizan, por su parte, los polítólogos André Bank y Roy Karadag (4). En la estrategia electoral del partido, la política de redistribución facilita la activación de una forma de neoliberalismo social, superponiendo un “populismo controlado” (5) al principio de la solidaridad musulmana.

El Estado se desentiende de sus obligaciones sociales a favor de actores privados cercanos al partido, principalmente los “tigres anatolios”. Esta nueva generación de hombres de negocios, originarios principalmente de las regiones rurales de Anatolia e inscriptos en la tradición conservadora y devota, se agrupa en el seno de la MÜSİAD (6). La poderosa asociación de industriales y hombres de negocios independientes se convirtió así en el socio patronal

del islamismo político y, finalmente, del AKP. Simboliza la revancha de la “Turquía de abajo” contra la élite laica. “Las políticas que aplica Erdogan –analiza Yankaya– son la forma ideologizada del sistema de valores de la burguesía anatolia: trabajo, familia, religión. Una ideología burguesa convencional” (7).

Cuando se formó el AKP, seis meses antes de las elecciones de 2002, representaba para una mayoría de turcos la única manera de combatir la captación de los poderes económicos y políticos por parte de los “turcos blancos” surgidos de la gran burguesía de Estambul y de la casta militar. El partido parecía asegurar la unión entre la mezquita y el espíritu empresarial. Erdogan se moldeó una imagen de hombre político religioso, capaz de adaptarse a la globalización. La fuerza del AKP reside entonces en su capacidad de presentarse como el partido del pueblo aplicando al mismo tiempo una política muy liberal.

Entre 1985 y 2010, el Estado turco obtuvo 41.980 millones de dólares en sus operaciones de privatización, de los cuales 34.000 millones después de 2002. El año 2010 fue un “año histórico” en este terreno, precisa incluso el responsable de la Administración

tal; y se vincula necesariamente al mismo. Si bien los dirigentes destacan que en 2011 el porcentaje de las exportaciones hacia esa zona se redujo un 46%, omiten señalar que en términos absolutos aumentó un 22%. Constantemente en busca de nuevos mercados, las empresas turcas hacen gala de un “otomanismo económico” en el mundo árabe. Pero la capacidad financiera de estos nuevos clientes no puede sustituir a los mercados tradicionales. La Unión Europea sigue generando el 75% de las inversiones realizadas en Turquía (contra el 6,1% de Estados Unidos y el 6,1% de los países del Golfo entre 2008 y 2011).

Por otra parte, los éxitos económicos de Ankara podrían revelarse más frágiles de lo que parecen, dada su gran dependencia del flujo de capitales extranjeros. Los distintos indicadores y previsiones esbozan un horizonte ensombrecido: crecimiento a media asta, cuenta corriente deficitaria, desaceleración de las exportaciones hacia una Unión Europea en recesión y, simultáneamente, debilidad de las receitas fiscales agravadas por los fraudes y el trabajo en negro, caída del consumo interno debido al creciente endeudamiento de las familias (70% del PIB).

Para una mitad de la población, la figura de Erdogan personifica la lucha de clases y la promesa de poner fin a la exclusión.

de Privatización Turca (OIB), con 10.400 millones de activos pasando a manos privadas. “La población no advierte los efectos de las políticas neoliberales. Y los que son conscientes de ello no ven ninguna solución de recambio”, se lamenta Bozan.

Fragilidad y dependencias

Según cifras de la Confederación de los Sindicatos Progresistas de Turquía (DISK, en turco), la tasa de desempleo alcanzaría el 17,01%, mientras que según las cifras oficiales no sobrepasa el 10%. El poder adquisitivo de los salarios en la industria habría bajado un 15,9% entre 2002 y 2011. Una realidad encubierta por las promesas del candidato Erdogan durante la campaña electoral, en la primavera de 2011. Ayudado por su habilidad para convencer y por un Producto Interno Bruto (PIB) en el pico de su crecimiento (11,5% en el primer trimestre de 2011), predijo una tasa de desempleo reducida en breve al 5% y el ascenso inminente de Turquía al décimo puesto en el ranking de las economías mundiales –en 2012 el país ocupaba el décimo séptimo puesto–. Con una duplicación del PIB entre 2000 y 2010, Erdogan pue de burlarse de una “Europa que se contrae” frente a una “Turquía que se expande”.

Pero a pesar de la retórica de emancipación de los dirigentes turcos respecto de la Unión Europea, una parte significativa del crecimiento del país se explica por su integración a este espacio económico occiden-

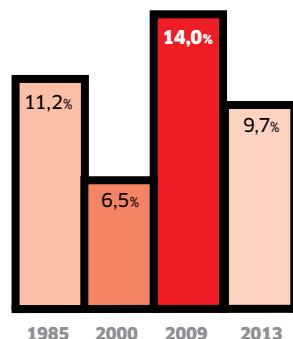
tal; y si la prosperidad pasara por una reducción de las desigualdades sociales y por la instauración de una justicia fiscal? Falta convencer al gobierno de que arriesgue reformas impopulares entre los directivos de empresas. Visto el desprecio que exhibió el Primer Ministro ante los manifestantes de la Plaza Taksim, a los que se sumaron a mediados de junio los dos principales sindicatos obreros, la patronal de la muy conservadora MÜSİAD sigue siendo para el poder su aliado más preciado. ■

1. En septiembre de 2010, mediante una enmienda constitucional, el AKP puso fin a la independencia del Poder Judicial. Tanto los miembros de la Corte Constitucional como los del Alto Consejo de los jueces y procuradores son nombrados por el gobierno.
2. Véase Vicken Cheterian, “Una oportunidad histórica para los kurdos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, junio de 2013.
3. www.konda.com.tr/tr/raporlar.php
4. André Bank y Roy Karadag, “The Political Economy of Regional Power: Turkey under the AKP”, German Institute of Global and Area Studies, Hamburgo, septiembre de 2012.
5. Ziya Önis, “The triumph of conservative globalism: The political economy of the AKP era”, Koç University, Estambul, febrero de 2012.
6. Véase Wendy Kristianassen, “Activisme patronal”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2011.
7. Sobre esta cuestión, véase su obra *La nouvelle bourgeoisie islamique : le modèle turc*, Presses Universitaires de France, París, 2013.

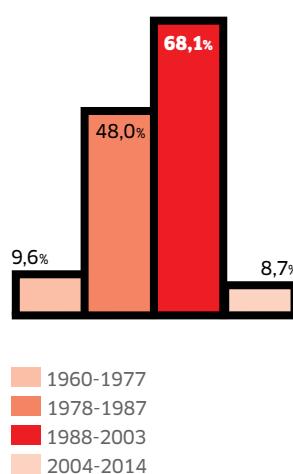
*Periodista.

Traducción: Aldo Giacometti

Tasa de desempleo
(1985-2013, en porcentaje)



Inflación anual
(por períodos, en porcentaje)







“La escuela antes que la mezquita”

El enigma Gülen

por Ali Kazancigil*

Implicado en distintas causas de corrupción, el actual presidente Recep Tayyip Erdogan empeoró su imagen debido a sus intentos de censurar los medios de comunicación y las redes sociales. Se encuentra más debilitado aun dado que perdió a un aliado de peso: Fethullah Gülen, fundador de un movimiento de inspiración sufí cuya influencia se extiende más allá de las fronteras del país.

Sus miembros lo llaman *Hizmet* (“el Servicio”); los medios de comunicación turcos, *Cemaat* (“la Comunidad”). Vasto y poderoso grupo social de base religiosa, el movimiento Gülen fue fundado en los años 1970 por Fethullah Gülen, un importante pensador místico de tradición sufí (1) que reside en Estados Unidos, donde se lo conoce y se lo aprecia. En 2008, figuraba entre los “intelectuales más influyentes del mundo”, designados por la revista estadounidense *Foreign Policy*.

En Turquía, la opinión pública está dividida en lo que concierne a la naturaleza y a los objetivos del movimiento. Sus partidarios lo glorifican tanto como lo diabolizan sus adversarios. Es cierto que es muy discreto acerca de su funcionamiento, lo cual puede resultar de una estrategia deliberada, pero se explica también por otros factores. Desde su creación, fue reprimido por el Estado kemalista, en particular por el Ejército, y Gülen tuvo que instalarse en Estados Unidos en 1999 para evitar la cárcel. Por otra parte, está constituido por un conjunto de redes descentralizadas y transnacionales, sin estructura jerárquica. Lo que cohesiona e inspira a sus miembros es el pensamiento de Gülen, expuesto en sus libros y en sus escasas declaraciones públicas o entrevistas. Se ha comparado a menudo a los gülenistas con los jesuitas, con los cuales mantienen excelentes relaciones, pero también con los misioneros protestantes, con el Opus Dei católico o incluso con los francmasones.

¿Son un mero actor de la sociedad? ¿El movimiento Gülen es propio de la “religión civil” (“civil religion”), concepto utilizado por la sociología estadounidense para designar movimientos de base religiosa que se dedican a actividades seculares en el

seno de la sociedad (2)? ¿O bien persigue una finalidad oculta? Aunque no tenga actividades políticas directas, debido a su poder y sus medios económicos, ejerce una influencia real, esencialmente a la hora de defender sus intereses.

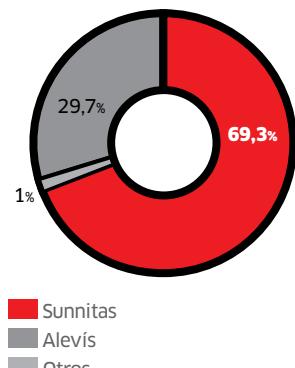
Lo religioso y lo político

El [ex] primer ministro [actual presidente], Recep Tayyip Erdogan, del que Gülen fue aliado entre 2002 y 2011, echó mano sin reservas de esta influencia: utilizó magistrados y policías gülenistas para poner fin a la tutela militar sobre la vida política, antes de acusar al movimiento, cuando estalló la crisis, a fines de diciembre de 2013, de haberse infiltrado en la justicia y en la policía. Frente a estos ataques, algunas redes gülenistas se lanzaron al enfrentamiento, a riesgo de poner en peligro la imagen espiritualista de su jefe. Esta actitud demuestra claramente el poder de la organización. Tras haber contribuido eficazmente a expulsar de la escena a su adversario histórico, el Ejército, desestabilizó profundamente al hombre fuerte del país, Erdogan: los magistrados que emprendieron las persecuciones judiciales sobre los casos de corrupción en la cima del poder están vinculados a la organización.

Pero el movimiento también participó en el debate acerca de la democracia en Turquía, y en particular sobre la nueva Constitución. Contrariamente a Erdogan, quien busca imponer un régimen con una presidencia fuerte, Gülen defiende el actual régimen parlamentario, pero predica una separación de los poderes más estricta.

Según estimaciones recientes, el movimiento, que otorga prioridad a la educación –“la escuela antes que la mezquita”, le gusta repetir a Gülen–, →

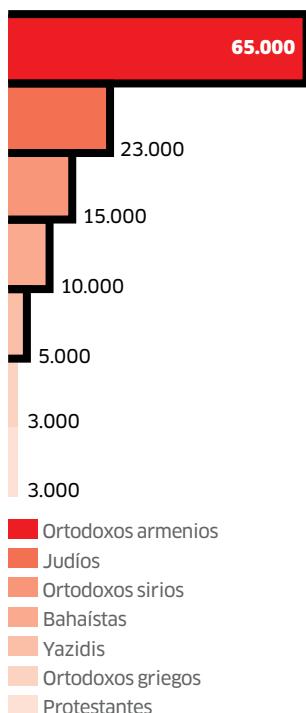
Confesiones religiosas (en porcentaje)



© Ani Kantan / Corbis / Latinstock

Enfrentamiento. En su pelea feroz con el movimiento Gülen, el gobierno de Erdogan denunció e hizo encarcelar a numerosos periodistas de los medios de comunicación ligados al grupo, como el diario *Zaman* y el canal *Samanyolu*.

Minoritarias (número de fieles)



→ dispone de dos mil establecimientos educativos, esencialmente de enseñanza secundaria de muy buen nivel, en ciento cuarenta países. Organiza plataformas como la “plataforma de París”, que propone encuentros y debates dedicados al diálogo entre las religiones y las culturas, o a cuestiones sociales (empleo, discriminación, pobreza), y desarrolla actividades de caridad. Sus recursos se estiman en 50.000 millones de dólares. Una parte importante de sus fondos proviene de la “nueva burguesía islámica” (3), esos empresarios conservadores y devotos de Anatolia (4). En auge desde los años 1980, aprecian la modernidad de las ideas de Gülen, quien propone conjugar la ética musulmana con la economía de mercado y con un islam abierto a los tiempos que corren y al mundo (5). Su doctrina se propone conciliar la observancia estricta de la religión con una acción social secularizada (6), a la vez que se opone a su fusión, contrariamente a las prédicas del islam político.

Ya sea en el seno de la sociedad turca, en África, en Medio Oriente, en Asia Central o en los Balcanes, la influencia de este pensamiento en el seno de las poblaciones musulmanas que desean un islam reconciliado con la modernidad es considerable. Se difunde a través de los medios de comunicación del movimiento: *Zaman* (“El Tiempo”), primer diario turco (un millón de ejemplares) en tener ediciones en inglés (*Today's Zaman*) y en francés (*Zaman France*, en Internet), pero también de sitios en numerosas lenguas y cadenas de televisión, como *Samanyolu* (“La Vía Láctea”). De hecho, las redes gülenistas transna-

cionales representan una ventaja para la diplomacia y las exportaciones turcas.

En conformidad con su pensamiento, que excluye la mezcla de lo religioso y lo político, Gülen jamás varió en su defensa de la democracia, ni en su decidida oposición al islam político turco y a su ideología de la “visión nacional” (*Millî Görüş*): una síntesis de un islam ritualista, cercano al Estado y al nacionalismo turco, cuyo fundador fue Necmettin Erbakan, primer ministro en 1996-1997. El pensamiento güleniano, no obstante, no está desprovisto de cierto “turquismo”, probablemente ligado al hecho de que su mensaje se inscribe en el sufismo turco. Así pues, aunque se declara favorable a la paz, el movimiento se ha mostrado reticente al anuncio de las negociaciones iniciadas por Erdogan con el jefe histórico de los kurdos de Turquía, Abdullah Öcalan (7).

Entre 2002 y 2011, Gülen apoyó al gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) porque sus dirigentes, aunque procedentes del islam político, se presentaban como “conservadores-demócratas”: una definición acorde con su visión. Además, los estatutos del AKP no contienen ninguna referencia al islam. La cooperación entre estos dos poderosos actores –uno político, el otro social– cumplió un papel importante en la transformación del país y en su ascenso económico y diplomático. Juntos han conseguido excluir al Ejército. Pero, a partir de 2010, Gülen empezó a criticar públicamente las elecciones de Erdogan, tanto en el plano interno como en el diplomático: objetó particularmente su discurso cada

vez más virulento contra Israel. Tomó aun más distancia después del giro autoritario e islamizante del Primer Ministro, en 2011. Por ende, las relaciones se han tensado hasta la ruptura, a fines de 2013.

Espiritualidad humanista

¿Un movimiento religioso puede ser un actor de la modernidad? Para los turcos, que tienen de la modernidad una concepción republicana y laica a la francesa, esta simple hipótesis podía parecer inadecuada. Y sin embargo, es lo que está ocurriendo, pues la sociedad turca se ha transformado profundamente. Las clases medias se volvieron mayoritarias y, sobre todo, Anatolia, aun permaneciendo conservadora, comenzó su proceso de mutación. La sociedad se torna más individualista –incluso en la relación con el islam– y se va secularizando, tal como ha demostrado el “Mayo del 68 turco”, como se llamó a las manifestaciones de mayo-junio de 2013 en Estambul y en otras grandes ciudades. La modernidad kemalista autoritaria había fracasado al intentar integrar a las poblaciones anatólicas, conservadoras y devotas; por lo tanto, asistimos ahora al surgimiento de una modernidad “desde abajo” que incluye a capas de la sociedad despreciadas durante mucho tiempo.

en ella la dimensión democrática, así como una intervención más afirmada en el seno de la sociedad, particularmente en materia de educación (9). En una obra precursora (10), el sociólogo Şerif Mardin analizó la profundidad y la originalidad del pensamiento de Nursi, cuando este místico aún era ampliamente incomprendido y considerado como un fanático, un peligroso reaccionario, por el Estado y por las élites urbanas. Mardin demostró que su pensamiento entrañaba una dimensión que tiene que ver con lo que él llamó el “personalismo”, que alienta el individualismo en los creyentes. Subrayó la diferencia entre dos concepciones del islam: por un lado, el “pueblo de los *hadith*” (11), dogmático y legalista; por el otro lado, los sufies místicos, como Nursi y Gülen, quienes privilegian la espiritualidad y encarnan la vertiente humanista de la religión.

¿El movimiento Gülen representa un peligro o una ventaja para la democracia y la sociedad turcas? Mientras se mantenga el ascendente del pensamiento y de la personalidad de Gülen, habrá que inclinarse por la segunda hipótesis. En cambio, la desaparición de este septuagenario de frágil salud podría cambiar las reglas de juego. En el seno de la sociedad, actualmente no hay movimiento social de

140
países

Los establecimientos educativos del movimiento Gülen se encuentran en casi todo el mundo.

Actualmente no hay movimiento social de izquierda lo suficientemente fuerte como para contrarrestar a los gülenistas.

Iniciadas en los años 1980 bajo la égida de Turquía Özal, el hombre de Estado más importante desde Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la República, las reformas económicas y sociales dinamizaron al conjunto del país. Hoy, empero, el conservadurismo y la relación con el islam de las clases medias y de los empresarios anatólicos se modifican bajo el efecto de la racionalidad instrumental del capitalismo. Es lícito pensar que el impacto de esta racionalidad económica y social hará retroceder progresivamente al conservadurismo individual y colectivo. Y el movimiento Gülen es parte activa de estas transformaciones.

Esta modernización y los cambios operados en la relación con el islam pueden ser aprehendidos a la luz de la sociología de las religiones de Max Weber (8). En efecto, los trabajos del sociólogo alemán han demostrado que son los procesos sociales los que determinan, en última instancia, las direcciones tomadas por las instituciones, dogmas y símbolos religiosos; fenómeno que se ve confirmado por las evoluciones de la sociedad turca.

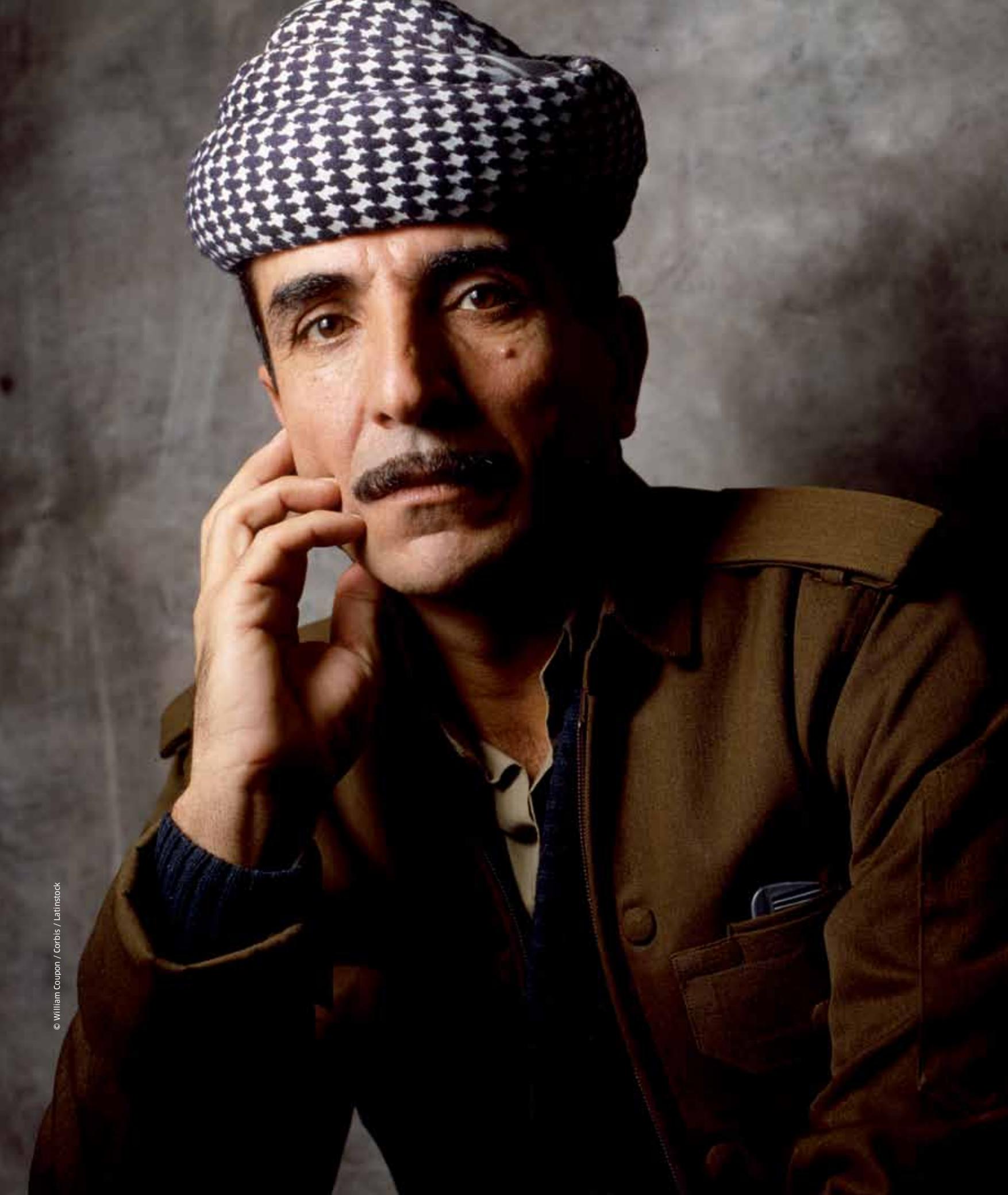
En los planos espiritual e intelectual, Gülen aparece como un heredero de Said Nursi (1876-1960), fundador de la confraternidad sufí Nurcu. Interpretó y reactualizó la enseñanza de Nursi sobre la importancia de las relaciones entre el islam y la modernidad, es decir la razón y la ciencia. Integró

izquierda lo suficientemente fuerte como para contrarrestar a los gülenistas, ni, por otra parte, partidos de izquierda capaces de oponerse a la hegemonía del AKP o a la que un movimiento pos-Gülen podría eventualmente intentar imponer en el terreno político. ■

1. Helen Rose Ebaugh, *The Gülen Movement: A Sociological Analysis of a Civic Movement Rooted in Moderate Islam*, Springer, Dordrecht, 2010.
2. Robert N. Bellah, “La religion civile aux Etats-Unis”, *Le Débat*, N° 30, París, 1984.
3. “Les calvinistes islamiques : changement et conservatisme en Anatolie centrale”, European Stability Initiative, Berlín, 2005.
4. Véase Wendy Kristianasen, “Activisme patronal”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2011.
5. Dilek Yankaya, *La Nouvelle Bourgeoisie islamique : le modèle turc*, Presses Universitaires de France, París, 2013.
6. Louis-Marie Bureau, *La Pensée de Fethullah Gülen. Aux sources de l’islamisme modéré*”, L’Harmattan, París, 2012.
7. Vicken Cheterian, “Una oportunidad histórica para los kurdos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2013.
8. Max Weber, *Sociologie des religions*, Gallimard, París, 1996.
9. Erkan Toguslu (dir.), *Société civile, démocratie et islam : perspectives du mouvement Gülen*, L’Harmattan, París, 2012.
10. Şerif Mardin, *Religion and Social Change in Modern Turkey: The Case of Bediüzzaman Said Nursi*, State University of New York Press, Albany, 1989.
11. Los *hadith* son las palabras del profeta Mahoma y de sus compañeros.

*Polítólogo, codirector de la revista de geopolítica *Anatoli*. Ediciones del CNRS, París.

Traducción: Viviana Ackerman



Frágil esperanza de paz con los kurdos

por Kendal Nezan*

El problema que vició más profundamente la vida política en Turquía es el del estatuto y porvenir de los millones de kurdos que viven en ese país. Ankara intentó, sin éxito, poner fin a sus aspiraciones. En 2012, entabló negociaciones con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, pero las necesidades de política interna y el conflicto sirio reavivaron el enfrentamiento.

El [ex] primer ministro [actual presidente], Recep Tayyip Erdogan, rompió uno de los tabúes más tenaces de la vida política turca al entablar negociaciones directas con el jefe del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), Abdullah Öcalan –actualmente en prisión– para negociar el fin de un conflicto que asola las provincias kurdas del país desde 1984.

Luego de treinta años de despiadados enfrentamientos que dejaron un saldo de cuarenta mil muertos –el 90% kurdos– y que le costaron al presupuesto del país más de 400.000 millones de dólares, las partes en conflicto finalmente comprendieron que no existe una solución militar para la cuestión kurda. A pesar del apoyo político de los aliados occidentales, el segundo ejército de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) no logró vencer –y menos aún erradicar– a la guerrilla del PKK. Ésta, por su parte, constató que era imposible imponer por las armas la creación de un Kurdistán independiente poniendo en cuestión las fronteras establecidas. Su objetivo declarado se redujo a una “autonomía democrática” en una Turquía democrática. Con un objetivo de estas características, que podría alcanzarse de manera pacífica, la lucha arma-

da se ha vuelto absurda y contraproducente, incluso para muchos de sus partidarios.

Esta doble constatación incita a los realistas de ambos bandos a buscar un acuerdo; una empresa difícil, considerando los numerosos obstáculos que existen tanto dentro como fuera de las fronteras del país.

Un largo sufrimiento

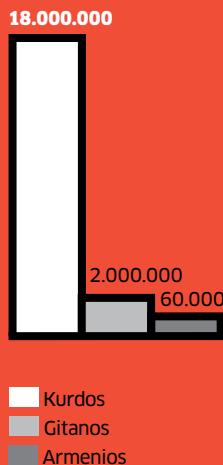
La opinión turca, formateada durante varias décadas por medio de un lavado de cerebro nacionalista, se encuentra dividida. Según las encuestas de opinión, alrededor de un 60% de los turcos apoyan la iniciativa de paz del [ex] Primer Ministro, pero para una facción radical, cercana al partido de extrema derecha de la Acción Nacionalista (MHP), se trata de una traición. El principal partido de oposición, el Partido Republicano del Pueblo (CHP, en turco), fundado por Mustafá Kemal Atatürk y heredero de su nacionalismo jacobino y receloso, criticó severamente las “negociaciones secretas con el jefe de la organización terrorista”. Por su parte, muchos antiguos izquierdistas convertidos al nacionalismo denunciaron un “complot del imperialismo para crear un Kurdistán independiente”. Los halcones de la organización secreta y tentacular Ergenekon, una suerte

de Gladio (1) turco, aún conservan cierta influencia en el ejército y los servicios de inteligencia y disponen de la capacidad para montar provocaciones y sabotear el proceso en curso. Se les atribuye particularmente el asesinato de tres militantes kurdas, en París, el 9 de enero de 2013, entre las que se encontraba Sakine Cansiz, figura histórica del PKK.

Para convencer a los reticentes y popularizar su “proceso de paz”, Erdogan movilizó el poderoso aparato militar de su partido, así como unos cincuenta “sabios”: escritores, artistas y personalidades de la sociedad civil que recorren el país abogando por la reconciliación kurdo-turca.

Entre los kurdos, el anhelo de una solución pacífica es masivo, como se pudo constatar el 21 de marzo de 2013 durante la celebración del Newroz –el Año Nuevo tradicional– en Diyarbakir, la capital kurda, donde una multitud –alrededor de un millón de personas, según los medios de comunicación– acogió favorablemente el llamado a terminar con la lucha armada y a la reconciliación lanzado por Öcalan. La población, que pagó un alto precio en esta guerra durante la cual el ejército turco, en el marco de su estrategia contra la insurrección, evacuó →

Minorías (2010)



© Ed Kashi / VII / corbis / Latinstock



Desplazados. Durante su “guerra sucia” contra la guerrilla del Partido de los Trabajadores del Kurdistán, el ejército turco destruyó miles de pueblos, forzando a sus habitantes a abandonar sus casas y desplazarse a las ciudades.

Avance electoral

Liderado por Selahattin Demirtas, el Partido Democrático de los Pueblos (HDP, en turco), de izquierda y prokurdo, logró un formidable resultado en las elecciones legislativas del 7 de junio de 2015 al obtener el 13% de los sufragios y superar la barrera del 10% que impide a un partido ingresar al Parlamento. Se aseguró así la presencia de 80 diputados (sobre 550).

→ y arrasó tres mil cuatrocientos pueblos kurdos, desplazó a dos millones de civiles y destruyó la economía agropastoral que garantizaba la autosuficiencia alimentaria del Kurdistán, ha sufrido mucho. Aspira a la paz y se lo ha hecho saber a sus dirigentes políticos, conminándolos a evitar cualquier tipo de radicalización.

A pesar de sus reservas y reticencias, los comandantes militares del PKK, conscientes de este estado de ánimo y de las esperanzas generadas por el diálogo entre Ankara e Imralı –la isla prisión en la que está detenido Öcalan–, respondieron favorablemente al llamado de su jefe a retirarse de Turquía. Los primeros grupos llegaron al Kurdistán iraquí el 8 de mayo de 2013. No obstante, se niegan a deponer las armas hasta que sus reivindicaciones no hayan sido satisfechas.

Dichas demandas se centran en el reconocimiento constitucional de la identidad kurda y los derechos culturales y lingüísticos que se desprenden de ésta, así como en una descentralización real del país, que dé inicio a la “autonomía democrática”.

Este reconocimiento, sumado a una amnistía política general, podría convencer a los combatientes del PKK de que depongan las armas y así transformar la actual tregua en un fin definitivo para esta guerra, que ya lleva treinta años. Luego habría que poner en marcha un verdadero plan de desarrollo económico para disminuir el retraso considerable que presentan las regiones kurdas, en las que el ingreso por habitante apenas alcanza el 25% del de las provincias occidentales del país.

Sin embargo, algunos responsables del PKK y numerosos militantes kurdos aún desconfían del poder central. Recuerdan como, durante la guerra de la independencia, el fundador de la República, Atatürk, había prometido un Estado común para turcos y kurdos, donde estos pudieran gozar de una amplia autonomía, y también como se desdijo luego de obtener la victoria. Llegó a prohibir la lengua, las escuelas y los periódicos kurdos en su afán de crear una nación homogénea con una única lengua y una única cultura.

Desde ese entonces y con cierta regularidad, sobre todo en época electoral, los dirigentes turcos prometen el oro y el moro a “nuestros hermanos kurdos”, hasta que pasan las elecciones y olvidan lo que ellos mismos llaman “mentiras grises”. Sólo en los años noventa, se suceden los ejemplos. El primer ministro Süleyman Demirel –quien luego fuera presidente de la República– declaró en Diyarbakir, en 1992: “Turquía reconoce hoy su realidad kurda”. Dos años más tarde, su sucesora, Tansu Çiller, evocaba “el modelo vasco para solucionar la cuestión kurda”, antes de que el ejército la llamara al orden y debiera cubrir la “guerra total” que éste había emprendido. Asimismo, en 1998, otro primer ministro turco, Mesut Yilmaz, declaró solemnemente que “la ruta de Bruselas [de la Unión Europea] pasa por Diyarbakir” y prometió ambiciosas reformas que ni siquiera comenzaron a realizarse. El propio Erdogan había lanzado, en agosto de 2009, una “apertura kurda” ampliamente mediatisada, que quedó en promesas. Hay que decir a su favor que en esa época



Presos. Miles de kurdos se encuentran detenidos en las cárceles turcas en condiciones deplorables. En 2012, centenares de ellos lanzaron una huelga de hambre que duró varias semanas, reclamando la liberación de su líder, Abdullah Öcalan.

debía transigir con una jerarquía militar naciona-
lista que aún ejercía su tutela sobre las decisiones
estratégicas del país.

Estos reparos, las maniobras de la extrema dere-
cha y de los partidarios del *statu quo*, que se ven be-
neficiados con la guerra, las intrigas de Irán y Siria,
que tienen enlaces en Turquía y en la propia direc-
ción del PKK, ¿podrán quebrar el frágil, pero prome-
tedor proceso de paz en curso? Dependerá, en gran
medida, de la capacidad de Erdogan para darle a su
proyecto de reconciliación un contenido concreto y
substancial, capaz de interpelar a la población y de su
habilidad para aprovechar las enseñanzas que dejaron
los intentos abortados en el pasado reciente.

Mecanismo devastador

La tentativa más memorable fue la del presidente reformador, Turgut Özal, quien ya había comprendido, veinte años atrás, que la cuestión kurda era eminentemente política y no podía resolverse de manera militar. Había solicitado la mediación del líder kurdo Jalal Talabani, quien más tarde fuera presidente de Irak, para intentar entablar negociaciones con el jefe del PKK, en ese entonces con base en Damasco. Özal, que declaraba estar dispuesto a discutir todas las opciones posibles, incluso la de una federación turco-kurda, murió súbitamente en abril de 1993, en pleno proceso de negociación. Según su familia, fue envenenado por los ultras del ejército, quienes se oponían con ferocidad a cualquier tipo de reconocimiento de los kurdos en Turquía. Un equipo de médicos forenses confirmó re-

cientemente la teoría del envenenamiento. Se está llevando a cabo un proceso para identificar y juzgar a los autores de este presunto asesinato.

Educados desde niños en el culto de la omnipo-
tencia de su ejército, guardián autoproclamado de la ideología nacionalista de Atatürk, fundador y “pa-
dre de la nación turca”, la gran mayoría de los turcos creían entonces en la victoria militar “próxima y defi-
nitiva” que sus generales les prometían año tras año. Los contestatarios, considerados globalmente como “traidores”, “enemigos internos” o “aliados del terro-
rismo”, eran llevados ante los tribunales de seguri-
dad del Estado y condenados a largas penas de cárcel. Varios diputados –entre ellos, Leyla Zana, primera mujer kurda diputada, ganadora del Premio Sájarov a la libertad de conciencia, otorgado por el Parlamento Europeo– debieron pasar diez años en prisiones turcas de siniestra reputación junto con cientos de pe-
riodistas, abogados, escritores y sindicalistas conde-
nados por delito de opinión. Otros, al ser menos co-
nocidos, tuvieron menos “suerte” y fueron fríamente ejecutados por los diversos escuadrones de las fuer-
zas paramilitares turcas durante la “guerra sucia” que siguió a la muerte de Özal. Las organizaciones de derechos humanos calculan en diecisiete mil el nú-
mero de civiles kurdos asesinados, entre los que se cuentan médicos, abogados, estudiantes y hombres de negocios.

Lejos de quebrar la resistencia kurda, esta “guerra total” preconizada por los ultras del ejército y glori-
ficada por los medios de comunicación a su servicio no hizo más que polarizar la sociedad. En un país →

“GUERRA SUCIA”

1978

Rebelión

Nace el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que reivindica la lucha armada. Lleva a cabo sus primeras acciones en 1984.

1992

Represión

El ejército turco lanza una ofensiva contra el PKK en territorio iraquí. A partir de 1993, sus escuadrones de la muerte siembran el terror en las regiones kurdas de Turquía.

1999

Condena

En febrero, el líder del PKK, Abdullah Öcalan, es detenido en Kenia con la ayuda de la CIA y el Mossad. Es condenado a muerte, pero se le commuta la pena en 2002.

2000

Tregua

El 9 de febrero, el PKK anuncia el fin de la lucha armada.

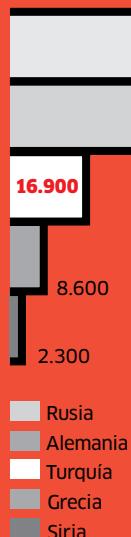
2012

Negociaciones

Tras el inicio de negociaciones entre el gobierno y Öcalan en diciembre, el líder rebelde llama a una nueva tregua en marzo de 2013. En julio de 2015 se renuevan los enfrentamientos.

Presupuesto militar

(promedio anual 2005-2014,
en millones de dólares de 2011)



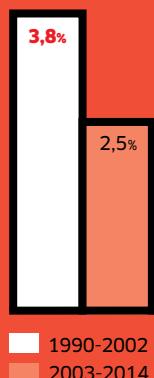
© Richard Wayman / Syema / Corbis / Latinstock



Lucha armada. De inspiración marxista-leninista, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán ingresó en la lucha armada en 1984 en reclamo de un Estado kurdo independiente. El conflicto con el Estado turco causó más de 40.000 muertos.

Gasto en defensa

(como porcentaje del PIB)



→ donde más de un tercio de los dieciocho millones de kurdos de Turquía vive en las grandes metrópolis del Oeste –casi tres millones en Estambul–, estallaron, en todas partes, enfrentamientos entre kurdos y turcos que presagiaban un serio riesgo de conflicto étnico de consecuencias inimaginables.

En 1999, el arresto de Öcalan, que se llevó a cabo en Kenia con el apoyo de la CIA y el Mossad israelí, y la tregua unilateral decidida por el PKK a pedido de su jefe detuvieron este mecanismo potencialmente devastador. La llegada al poder, en 2002, del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), la formación islamista-conservadora de Erdogan, modificó el tablero al iniciar una transformación progresiva de la vida política y cultural del país, acompañada por un desarrollo económico sostenido.

Así, Turquía cambió mucho en la última década. Erdogan demostró tener una amplia cintura política: logró que el ejército regresara a sus cuarteles y puso fin a su opresiva tutela sobre la vida política del país. Actualmente, decenas de generales se encuentran tras las rejas acusados de complot e intentos de golpe de Estado. El nacionalismo turco laico, pero jacobino e intolerante, de Atatürk retrocede ante el neo-otomanismo socialmente conservador y económicamente liberal del AKP, que se adecua a los anhelos de diversidad cultural de la población. En este sentido, el gobierno de Erdogan, que creó una cadena de televisión estatal en kurdo y departamentos de kurdología en algunas universidades, bien podría aceptar el reconocimiento de los derechos culturales y lingüísticos ampliados, pero individuales, sin llegar, por

el momento, al reconocimiento de un pueblo o una comunidad kurda históricamente constituida. Lo que representa bastante poco para los dieciocho millones de kurdos de Turquía que reivindican como mínimo un sistema público de enseñanza en lengua kurda para garantizar la supervivencia de su lengua y su cultura milenarias y que reclaman la autonomía administrativa de su región. Pedido tanto más legítimo en la medida en que la propia Turquía exige, por su parte, un estatuto de confederación para los algo más de ciento ochenta mil turcos de Chipre y teniendo en cuenta que los cinco millones de kurdos de Irak gozan de un estatuto federal desde que, en 2005, se adoptó la nueva Constitución ratificada por más del 80% de los electores iraquíes.

Importancia geopolítica

Una coyuntura regional turbulenta y los desafíos del calendario político interior –entre ellos, el debate sobre el proyecto de Constitución y las elecciones de 2014– obligaron a Erdogan a profundizar su búsqueda de consenso. Además, pudo constatar que la arrogante política exterior turca, determinada por una estrategia de “cero problemas con los países vecinos”, no tuvo el éxito esperado. A pesar de los sustanciales intercambios comerciales realizados con Irán, este país se ha vuelto más que nunca un rival que disputa con violencia la influencia turca en el Cáucaso, Asia Central y Medio Oriente. El coqueteo con Siria duró poco y Turquía se convirtió de hecho en la base de retaguardia y la mayor protectora de la oposición armada al régimen de Damasco. Las relaciones

con Armenia siguen siendo mediocres a causa de la cuestión del Alto Karabaj, que opone a los armenios con los “hermanos azeríes” de los turcos. La cuestión chipriota está en punto muerto.

En cuanto a Irak, donde Ankara esperaba desempeñar el papel de “hermano mayor equidistante respecto de todas las comunidades”, el desencanto fue aun mayor. Luego de la partida de los estadounidenses, el gobierno de Bagdad, de mayoría chiíta, entró bajo la órbita de Teherán y, de esa manera, se convirtió en un eslabón importante del eje Teherán-Bagdad-Damasco-Hezbollah.

Perdido por perdido, Erdogan se resignó a ocupar el lugar de protector de los sunnitas de Irak. Sin embargo, estos están divididos y en plena insurrección y, en el fondo, no sienten demasiada simpatía por los turcos, quienes ocuparon el mundo árabe por cuatro siglos.

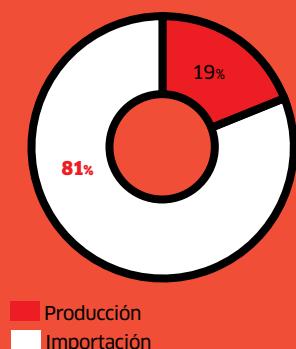
Asimismo, Turquía ha podido constatar con amargura que, a pesar de sus logros en materia económica y su sistema político laico y pluralista –que suele citarse como ejemplo ante el mundo árabe musulmán–, ninguno de los regímenes nacidos de las “primaveras árabes” quiso adoptar el “modelo turco”. Y la Unión Europea no tiene ningún apuro en recibirla en su seno.

10.000 y 20.000 millones de dólares en su factura energética, según las estimaciones, y podría reducir sensiblemente su dependencia de Irán y Rusia, sus rivales históricos.

Si para el futuro Enrique IV, París bien valía una misa, para un Erdogan debilitado por las manifestaciones de la Plaza Taksim en la primavera de 2013 (2), los recursos energéticos y el potencial comercial del Kurdistán bien valen un acuerdo con los kurdos. Además, una alianza de esas características le permitiría obtener el apoyo de la treintena de diputados kurdos del Partido Paz y Democracia (BDP) que necesita para que se adopte su proyecto estrella: la primera Constitución civil en la historia del país, que prevé un sistema presidencial especialmente valorado por Erdogan. Por otra parte, el ala siria del PKK, el Partido de la Unión Democrática (PYD), que junto con sus aliados del Consejo Supremo Kurdo administra de hecho las regiones kurdas de Siria, dejaría de representar una amenaza y podría convertirse en un aliado de Turquía capaz de federar otras minorías en la coalición siria.

Una reconciliación entre turcos y kurdos ampliaría la base electoral del AKP, el cual, a falta de una alternativa creíble, podría conservar el poder durante aun más tiempo. Pero por sobre todas las cosas, re-

Dependencia energética
(en porcentaje: petróleo, carbón y gas en toneladas equivalentes de petróleo)



El objetivo declarado del PKK se redujo a una “autonomía democrática”. La lucha armada se ha vuelto contraproducente.

En definitiva, la nueva política exterior turca de apertura en todos los niveles obtuvo un único gran éxito: la normalización de las relaciones con el Kurdistán iraquí, bajo la doble influencia de los hombres de negocios turcos que intuyeron el considerable potencial económico de la región kurda y de los dirigentes kurdos iraquíes que buscaban una puerta de salida para su entidad enclave.

La visita de Erdogan a Erbil, capital del Kurdistán, en 2010, constituyó el puntapié inicial de un proceso que fue transformándose con rapidez en una cooperación económica y política mutuamente ventajosa. Con un volumen de intercambios de 8.000 millones de dólares, el Kurdistán se convirtió, en 2011, en el décimo socio comercial extranjero de Turquía. Más allá de un comercio floreciente, lo que le interesa a una economía turca energívora y en pleno crecimiento son los recursos energéticos del Kurdistán. El Kurdistán iraquí cuenta con reservas comprobadas de 45.000 millones de barriles de petróleo y gigantescos yacimientos gasíferos capaces de alimentar una buena parte del sur de Europa a través del gasoducto Nabucco, por lo que la región se ha convertido en un actor energético, pero también geopolítico, de peso. El acceso a esos recursos le permitiría a Turquía ahorrar, mal que bien, entre

forzaría considerablemente el peso político y económico del país en la región, especialmente frente a su rival histórico, Irán.

En 1514, el sultán otomano Selim –quien se convertiría en califa después de conquistar Egipto– había entendido la importancia geopolítica de una alianza con los kurdos. Al ofrecerles una considerable autonomía interna, obtuvo su apoyo frente al Irán chiíta. Esta alianza garantizó tres siglos de paz kurdo-turca y una gran estabilidad regional. Los neo-otomanos que se encuentran en el poder en Ankara, desencantados por la falta de resultados de la política manifiesta de “cero problemas” con vecinos como Siria e Irán y deseosos de ocupar el liderazgo del mundo sunnita, parecen inspirarse en el ejemplo de su ilustre predecesor, cuyo nombre designa el tercer puente sobre el Bósforo. ■

1. Véase François Vitrani, “L’Italie, un État de ‘souveraineté limitée?’”, *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1990.

2. Véase Alain Gresh, “Turquía en rebelión”, www.eldiplo.org, junio de 2013.

*Presidente del Instituto Kurdo de París.

Traducción: Georgina Fraser

Una minoría segregada

El despertar de los gitanos

por Marie Chambrial y Erwan Manac'h*

La comunidad gitana más importante de Europa, durante mucho tiempo discriminada, vive un renacimiento identitario gracias a una apertura del poder islámico conservador turco. Pero su emancipación económica y social es mucho más delicada. La impaciencia que provoca el empobrecimiento podría socavar los discursos de reconocimiento.



© Sadik Gulec / Shutterstock

Bahattin Turnali recorre las calles de crépitas de su barrio con impecable traje negro, corbata ceñida al cuello, paso lento. Este joven ejecutivo de casi treinta años, con dos diplomas de la Universidad de Estambul, echa una mirada paternal sobre los pequeños edificios envejecidos que lo vieron crecer. “Los taxis se niegan a entrar acá después de las 21 horas. Por la violencia y el narcotráfico”, dice.

Alrededor de seis mil gitanos viven en Kuştepe, un barrio pobre del centro de Estambul, que alberga, en total, veintidós mil almas. Turnali desaparece pronto en un laberinto de calles en pendiente. Al pie de las largas escaleras empinadas viven los mendigos, justo debajo de los vendedores de flores. En la plaza principal, hay un café sin vitrina frente a la mezquita, desde donde llega el llamado a la plegaria de la tarde. Su propietario, Bülent Filyas, es una personalidad local. Enseguida marca el terreno: “Ante todo, hay que decir que nuestra situación es buena”.

En Kuştepe, como en otras partes en el seno de la importante población gitana, desean creer que una nueva era ha comenzado. En los últimos cinco años, el Estado turco multiplicó los gestos de apertura. En 2010, Recep Tayyip Erdogan, por entonces primer ministro, dispuso retirar el término peyorativo *çingene* del derecho turco. Al año siguiente, suprimió una ley (no aplicada) que seguía permitiendo al Ministerio del Interior la expulsión de los gitanos sin estado civil o considerados como “no afiliados a la cultura turca”. En ese mismo acto, Erdogan ordenó fundar un centro de investigación de la cultura gitana. El 14 de marzo de 2010, frente a quince mil gitanos de todo el país reunidos en un estadio de Estambul, pronunció un emotivo homenaje y pidió perdón “en nombre del Estado”, por los malos tratos y la discriminación padecidos. “Hasta los turcos no gitanos empezaron a utilizar un lenguaje más prudente”, observa Metin Salih Sentürk, presidente de la asociación de vendedores de flores, y personalidad de Kuştepe. “¡Es una revolución!”, recalca Filyas.

La operación no está exenta de segundas intenciones políticas. Sirve como garantía para la Unión Europea, que espera avances en la cuestión de las minorías. Acompaña un claro cambio de doctrina en la cúpula del Estado, desde la llegada al poder del conservador Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP). “Recep Tayyip Erdogan y el AKP siempre dieron muestras de una relativa apertura respecto a las distintas identidades de Turquía. En virtud de ello, lograron reinserir al islam en el espacio público –analiza Jean Marcou, investigador del Observatorio de la Vida Política Turca (1)–. Quie-

ren poder afirmar el sunnismo hanafí, aunque sea archimayoritario, del mismo modo como se afirman los kurdos, los alevíes, los armenios o... los gitanos.”

Pobre balance

Durante ochenta años, los gitanos permanecieron invisibles en el espacio político. Conservando sus costumbres y una vida social propia, se incorporaron a la República que construyó Mustafá Kemal Atatürk, caracterizada por una administración jacobina y un fuerte nacionalismo que sólo reconocen como “minorías” a los grupos no musulmanes. Cumplen con el servicio militar, practican la misma religión que la mayoría, hablan el mismo idioma y rinden el mismo culto a Atatürk. El fervor nacionalista es marcado, sobre todo, en los descendientes de los gitanos que llegaron en los años 1920, cuando se produjeron intercambios de población entre la joven República y Grecia. Consideran que Turquía, al acogerlos, los salvó de la política de exterminio nazi de la que fueron víctimas las comunidades gitanas de Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero a no engañarse. Como en otras partes del continente, los gitanos rom, y las minorías lingüísticas de raíces cercanas (doms, loms) son rechazados: alta desocupación, déficit de acceso a la atención médica, vivienda indigna. La deserción escolar de los niños es elevada. Muchos de ellos, tanto niñas como varones, son incitados a trabajar o a casarse en la ado-

los y militantes. “Somos muy pocos los que fuimos a la universidad –dice–. Hoy, soy algo así como un modelo.”

La treintañera Elmas Arus, realizadora de documentales (3), oriunda de Estambul, fundó la asociación Cero Discriminación en 2010. En marzo de ese año, tomó la palabra en el acto público organizado por Erdogan. Pero su actitud comprometida no contó con la comprensión de su familia: “Mi madre me dijo que debería darme vergüenza seguir involucrándome en esos asuntos, cuando mi situación es buena. Ella no siente orgullo de ser gitana. Olvidó su historia y su idioma”. Despertar la identidad gitana fue una operación políticamente indolora para Erdogan. Contrariamente a los kurdos, los gitanos no reivindican su autonomía. No son muy solidarios con los gitanos de Europa, cuya larga historia de persecución no comparten, como tampoco su religión, ni ciertos aspectos de su vida cultural. “Al darles visibilidad Erdogan los trató como seres humanos. Para ellos es bastante, aunque no sea más que eso”, dice la documentalista, con un suspiro. Porque en los hechos, el balance es pobre. Es cierto que se facilitó la solución de los problemas de inscripción civil de algunas familias, sobre todo de los nómadas del este del país. Se otorgaron viviendas sociales a gitanos, y mejoró el diálogo entre el gobierno y las asociaciones. Pero los progresos socioeconómicos son lentos, cuando no inexistentes.

Del entusiasmo a la impaciencia

En su oficina, flanqueada por dos asistentes, la doctora Didem Evcı lo admite a medias: el centro de investigación de la cultura gitana que dirige es un caparazón vacío. Ese instituto, impulsado por Erdogan, generó expectativas, pero ningún resultado concreto, en tres años de existencia. “Es un nombre y algunos papeles”, suelta una empleada de la Universidad Adnan Menderes de Aydin, que alberga a la unidad. Ayhan Kaya, investigador de la Universidad Bilgi de Estambul, no cree en la sinceridad de Erdogan respecto a este asunto: “Sin la perspectiva de un acercamiento a la Unión Europea, ellos nunca habrían estado en el programa de Erdogan, aunque sean musulmanes”.

Peor aun, los programas de restauración urbana fragilizan a las poblaciones gitanas. Por su estado de insalubridad y un riesgo sísmico que las autoridades a veces exageran, los barrios gitanos del centro de la ciudad son el blanco privilegiado de un vasto plan lanzado en 2012. Nadie discute que sea urgente actuar. Pero las asociaciones denuncian la omnipotencia de los poderes locales y el efecto devastador de las operaciones de reubicación, muchas veces

lejos de los barrios restaurados. La migración forzada interrumpe trayectorias escolares, hace perder empleos “y puede tener un impacto negativo sobre la cohesión social de la comunidad”, lamenta el Centro Europeo de los Derechos de los Gitanos (ERRC, en inglés) (4).

En 2005, la municipalidad de Estambul y el gobierno nacional habían decidido restaurar Sulukule, el barrio histórico de los gitanos, casi milenario, en el centro de la ciudad. Unos tres mil quinientos habitantes debieron vender sus terrenos para ser reubicados a cuarenta kilómetros del lugar. Pero los alquileres, más altos, y el costo del transporte para seguir ejerciendo su oficio en Estambul, obligaron pronto a varias familias a volver a vivir en Sulukule, en condiciones miserables. El tribunal administrativo de Estambul tardó cuatro años en reconocer, en 2012, que el proyecto no era de interés público. Las obras ya estaban terminadas. “Planteamos una y otra vez el problema al gobierno, pero no quiso escucharnos porque no quería más gitanos aquí”, se entristece Hacer Fogo, del ERRC, que hasta el día de hoy prosigue las acciones judiciales para obtener compensaciones.

El empobrecimiento podría socavar los discursos de reconocimiento. En septiembre de 2013, un joven gitano perdió la vida en Bursa, cuarta ciudad del país, en hechos de violencia entre vecinos que estallaron tras el desplazamiento de gitanos cuyo barrio estaba siendo restaurado. Al ser consultado por el Parlamento para esclarecer el asunto, el alcalde de la ciudad acusó, secamente: “La mayoría de los gitanos [...] viven del robo, el narcotráfico y las agresiones”. Los trece niños gitanos de ese barrio fueron incorporados a una clase especial de la escuela primaria (5).

De modo que el entusiasmo da paso, poco a poco, a la impaciencia y la preocupación. “Cuando hay elecciones, vienen a hacer promesas para que los votemos; el resto del tiempo, somos invisibles”, se enoja Turnali. Pero los reflejos cambian, y las aspiraciones de ingresar a la política aumentan entre los actores de las asociaciones. El joven cuadro podría presentarse a elecciones legislativas: “Hoy en día, no hay ningún representante gitano. Seré el primero, *inshallah!*”.

1. ovipot.hypotheses.org

2. UNICEF, “Analysis of the situation of children and young people in Turkey 2012”, Ankara, 2013.

3. Entre otros, es coautora de *Buçuk*, realizado en 2010.

4. European Roma Rights Centre, “Turkey country profil 2011-2012”, Budapest, abril de 2013.

5. *Hürriyet Daily News*, Estambul, 25-9-13.

*Periodistas.

Traducción: Patricia Minarrieta



3

Turquía hacia afuera

EN BUSCA DE LA IDENTIDAD PERDIDA

Frente a las eternas negociaciones de adhesión a la Unión Europea, el proyecto del Partido de la Justicia y el Desarrollo de una “Nueva Turquía” se reflejó en una política exterior autónoma y ambiciosa, a la conquista de mercados no tradicionales y con pretensiones “neo-otomanas” de convertir al país en un actor regional clave, modelo de democracia islámica. Pero la economía global y la evolución de las primaveras árabes dejaron al gobierno aislado, superado por los acontecimientos.





La nueva política exterior, en jaque

Un espléndido aislamiento

por **Wendy Kristianasen***, enviada especial

“Cero problemas con los vecinos”, ese era el objetivo de la política exterior del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP). Pero las “primaveras árabes” trastocaron el orden regional y se tensaron las relaciones de Turquía con Siria, Arabia Saudita, Irán y Egipto. En momentos en que el régimen de Erdogan atraviesa una deriva autoritaria, ¿puede permitirse una “soledad en la dignidad”?

“La posición de Turquía es de orden ético. Nuestra política regional está fundada en los valores humanos y democráticos que todo el mundo debería aprobar. Es por ello que el golpe de Estado contra [el presidente egipcio] Mohamed Morsi [el 3 de julio de 2013] fue tan desalentador”. Al igual que Yasin Aktay, el vicepresidente a cargo de las Relaciones Exteriores del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), los allegados a esta formación inician sistemáticamente la conversación abordando la situación en Egipto e insistiendo en la “posición ética” del gobierno. Aktay continúa: “Pensábamos que Occidente intentaría aislar al nuevo régimen. Pero se contentó con asistir al asesinato de la democracia: la masacre de Raba (1), los medios de comunicación amordazados”.

La no condena del golpe de Estado contra Morsi y la reanudación de la ayuda estadounidense a Egipto fueron percibidos en Ankara como una traición de parte de Washington. El primer ministro, Recep Tayyip Erdogan, activo apoyo de Morsi y de los Hermanos Musulmanes, llamó a su liberación y criticó al régimen que le sucedió, negándose a reconocer su legitimidad. El 24 de septiembre de 2014, Erdogan, ya presidente, se dirigió a la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en Nueva York, en estos términos: “A aquellos que se oponen a los crímenes en Irak y Siria y al asesinato de la democracia en Egipto se los acusa de apoyar al terrorismo”. Erdogan criticó a la ONU así como a “los países democráticos que se limitaron a observar los acontecimientos”. El ministro de Relaciones Exteriores egipcio replicó: “Esas mentiras no sorprenden vi-

niendo de un hombre deseoso de provocar el caos y sembrar la división en Medio Oriente a través de su apoyo a grupos y organizaciones terroristas”.

Erdogan no es ajeno a las polémicas mediáticas. Su franqueza, especialmente en favor de los palestinos, le valió una gran popularidad en el mundo árabe. Tal vez esta popularidad disminuyó con la agitada situación en Medio Oriente, aunque el encanto sigue operando: fue elegido presidente en primera vuelta, con el 51,7% de los votos, el 10 de agosto de 2014. Para las elecciones legislativas de marzo de 2015, Erdogan esperaba una victoria lo suficientemente amplia como para imponer un cambio constitucional y un verdadero sistema presidencial (2).

A su lado se mantiene Ahmet Davutoglu. Este último es un académico, no un político. Principal asesor diplomático del AKP desde su llegada al poder, el 3 de noviembre de 2002, se convirtió en ministro de Relaciones Exteriores en mayo de 2009. Y, cuando Erdogan accedió a la presidencia, Davutoglu tomó las riendas del AKP al mismo tiempo que la función de primer ministro. Aunque a veces se escucha decir que los dos hombres no siempre están de acuerdo, Davutoglu sigue siendo un fiel lugarteniente. Aún no desgastado por el poder, garantiza la continuidad del proyecto del AKP, en un momento en el que numerosos diputados están terminando su tercer y último mandato.

Centro de su civilización

Este proyecto de “Nueva Turquía” –bajo la dirección de una presidencia fortalecida, instalada en un flamante palacio de más de mil habitaciones, cuya→

ANKARA Y EL ESTADO ISLÁMICO

El eslabón precario

por Alain Gresh*

Como recordaba Lenin al analizar las alianzas imperialistas en la Primera Guerra Mundial, “una cadena vale lo que vale su eslabón más débil”. Ahora bien, la cadena que se supone debe envolver y ahogar al Estado Islámico (EI) tiene varios elementos frágiles.

Mientras que pertenece a la OTAN y comparte mil doscientos kilómetros de fronteras con Irak y Siria, Turquía aparece como el eslabón más precario. Ankara primero justificó su prudencia –en particular su negativa a permitir que Washington utilice la base de Incirlik para realizar acciones militares en la zona, aunque sí lo autoriza para llevar a cabo acciones humanitarias y logísticas– por los 49 rehenes capturados por el EI en el consulado turco de Mosul durante la toma de esa ciudad el 9 de junio de 2014. Su liberación el 19 de septiembre no despejó totalmente sus reservas. Estas se explican, primero, por su participación en el conflicto sirio y la prioridad dada a la caída del régimen de Bashar al Assad. Turquía permitió que se instalaran en su territorio redes de reclutamiento para la oposición, incluida la más radical, vinculada a Al Qaeda e incluso al EI. Los turcos representan una de las principales nacionalidades entre los combatientes extranjeros que la integran. Tierra de asilo para cerca de un millón y medio de refugiados sirios, Turquía teme que una intervención directa contra el EI provoque una ola de atentados en su territorio.

La reserva más seria de Ankara respecto de la coalición tiene que ver con los kurdos. Implicada en un diálogo político interno con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), con el objetivo, principalmente, de desarmar esta organización, Ankara ve con muy malos ojos su fortalecimiento militar. Ya que, si bien en algunos casos los kurdos frenaron el avance del EI, no fueron los *peshmergas* iraquíes –esos combatientes “dispuestos a enfrentar la muerte”, como pretende su nombre– los que mayormente lucharon. [...] Fueron el PPK y sobre todo su brazo sirio, el Partido de la Unión Democrática (PYD), los que aportaron la mayoría de los combatientes. Aun cuando estos movimientos son colocados por Washington y Bruselas en la lista de las organizaciones terroristas, seguramente podrán acceder a armas suministradas por Occidente a los “kurdos”. Una prueba más, si se necesita, de que el concepto de “terrorismo” es de geometría variable y apunta ante todo a desacreditar a tal o cual organización para justificar intervenciones armadas.

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Extractos del artículo “Guerra contra el terrorismo”, parte III”, www.eldiplo.org, octubre de 2014.

Traducción: Julia Bucci

→ construcción fue estimada en 615 millones de dólares (3) – se basa en cada vez más centralización y autoritarismo. El poder, que salió fortalecido de las urnas, ahoga las libertades de expresión y manifestación, pone trabas a la justicia, despidió a periodistas e incluso, en 2014, se distinguió por un intento de prohibir Twitter y YouTube. El 12 de diciembre de 2014, Erdogan anunció que desde ese momento presidiría las reuniones del Consejo de Ministros. A partir de las manifestaciones del parque Gezi de la primavera de 2013, cualquier cuestionamiento de su autoridad es percibido como una amenaza directa.

En Estambul, los rumores y las informaciones de fuentes desconocidas reemplazaron a los hechos. La mayoría de la gente consultada sólo accede a expresarse en forma anónima. El 14 de diciembre de 2014, por la madrugada, la policía irrumpió en la sede del periódico *Zaman* y en la de la cadena de televisión Samanyolu, arrestando principalmente a periodistas conocidos por sus vínculos con el dirigente religioso refugiado en Estados Unidos Fethullah Gülen (Kazancigil, pág. 37). Esas medidas provocaron enérgicas protestas de la Unión Europea y Estados Unidos, así como de asociaciones de periodistas y editores turcos. Gülen, que fue un aliado cercano de Erdogan, cayó en desgracia desde que, en diciembre de 2013, acusó de corrupción a importantes personalidades del AKP, incluidos ministros y sus hijos. Erdogan afirmó que “terminar[ía] con esa red de traición y la obligar[ía] a rendir cuentas” (4).

Por ahora, Erdogan sigue contando con la confianza de la mitad de la población, que comparte su visión del mundo y se benefició con su política, particularmente en los aspectos económico y social. Pero ¿qué pasa con la otra mitad de los turcos, que hicieron oír su voz en Gezi? Sin contar que la franja liberal de centroderecha, que Erdogan conquistó en 2002 al prometer una Turquía más inclusiva, también podría cansarse de su creciente autoritarismo.

La “Nueva Turquía” también busca redefinir el lugar del país en el mundo, recurriendo a su herencia otomana y al padrinazgo del islam sunnita. Erdogan propuso incluso la introducción de cursos de lengua otomana (5) obligatorios en la escuela secundaria. Todo esto entra en consonancia con una vieja visión defendida por Davutoglu, la de una Turquía que se convertiría en una potencia mundial insistiendo en la unidad del islam. Como explica Behlül Özkan, profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Mármara, citando los artículos y el libro del nuevo primer ministro (6): “Turquía no es un Estado-nación ordinario ‘sino el centro de la civilización [otomana] [...] [debe] convertirse en un centro político que permita colmar el vacío de poder que surgió después de la disolución del Imperio Otomano’” (7). Davutoglu estima que, bajo el mandato de Mustafá Kemal Atatürk, fundador de la República moderna, Turquía cometió el error de “elegir convertirse en un elemento periférico bajo el paraguas securitario de la civilización occidental” (8).



Frontera caliente. Desde su entrada en el conflicto contra el Estado Islámico, Turquía manifestó su voluntad de crear, junto a las fuerzas de la OTAN, una “zona de seguridad” en la extensa frontera que comparte con Siria.

cidental, en lugar de ser un centro, aunque fuera débil, de su propia civilización”. Asimismo critica la “crisis de valores de las sociedades occidentales” y estima que “las democracias occidentales son peligrosas porque carecen de valores religiosos que las guíen”. Piensa que, “si la identidad de Turquía se basara en el islam, sus fronteras se podrían ampliar”.

Bajo la responsabilidad de Davutoglu, las políticas regionales de Turquía conocieron un comienzo prometedor: “cero problemas con los vecinos” y uso del poder de influencia. Cuando era ministro de Relaciones Exteriores (2003-2007), Abdullah Gül fue un actor clave en las negociaciones de adhesión a la Unión Europea y en las relaciones con Asia Central y Chipre, mientras que Davutoglu centraba su atención en las relaciones con el mundo árabe. El enfoque era enteramente pragmático: a Erdogan se lo vio de vacaciones con el dirigente sirio Bashar al Assad, al que calificó como “hermano”, y recibió un premio de derechos humanos de parte del dirigente libio Muamar Gadafi. Bajo la dirección de Davutoglu, Turquía intensificó su cooperación económica, abrió sus fronteras, eliminó la obligación de visado a numerosos países de Medio Oriente, del Cáucaso, de África (8). El objetivo principal era incrementar la confianza política y económica respecto de Turquía. Dicho objetivo parecía haberse alcanzado, por ejemplo, con los intercambios comerciales que se multiplicaron por diez con los países de Medio Oriente y África del Norte entre 2002 y 2011.

Superado por los acontecimientos

Luego sobrevino la “primavera árabe”. Davutoglu creyó que los grupos islamistas llegarían al poder y se mantendrían en él y que, al apoyarlos, Turquía

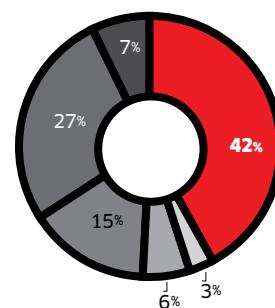
desempeñaría un rol líder en Medio Oriente. Esta ambición seguramente estuvo estimulada por la esperanza occidental de que Turquía pudiera servir de modelo para el islam moderado, lo que alentó al AKP a sobreestimar su poder. Ahmet Insel, un académico liberal, explica: “Hasta 2011, las ideas de Davutoglu eran románticas, pero no podíamos decir que estuviera equivocado. Hoy, Turquía ya no tiene embajador en Egipto, Siria e Israel”. Con Israel, a pesar de las estrechas relaciones del comienzo (Ankara sirvió de mediador entre Tel Aviv y Damasco en 2007-2008), la relación sufrió una serie de crisis: en la Cumbre de Davos (29 de enero de 2009), cuando Erdogan acusó al presidente Shimon Peres de estar matando a los palestinos; luego con el ataque israelí contra el buque Mavi Marmara y una flotilla turca que transportaba ayuda humanitaria a Gaza (31 de mayo de 2010), ataque en el que murieron nueve militantes turcos; más recientemente, el 2 de diciembre de 2014, el ministro de Defensa israelí condenó a Turquía, culpable, a sus ojos, de albergar a miembros de Hamas.

Ministros y asesores turcos ven ese apoyo como otro ejemplo de su “posición ética”. “Probablemente somos el único gobierno fuera del mundo árabe que apoya a Hamas”, declara uno de nuestros interlocutores amparado por el anonimato, al tiempo que niega que eso se haga en detrimento de la Autoridad Palestina dirigida por Fatah. Sin embargo, pese a estas tensiones, el comercio y el turismo con Israel se siguieron desarrollando.

En lo que concierne a Irak, el rechazo de la política confesional chiita del ex primer ministro Nuri al Maliki (2006-2014) le permitió a Ankara mejorar sus relaciones con el gobierno regional kurdo de →

Refugiados sirios

(en porcentaje, 2015)

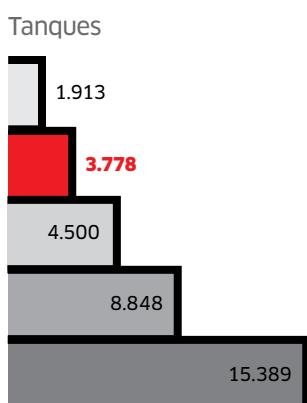
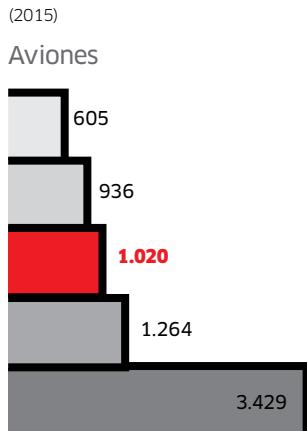


■ Turquía
■ Egipto
■ Irak
■ Jordania
■ Líbano
■ Europa (37 países)

Giro

Tras el atentado del 20 de julio de 2015 atribuido al Estado Islámico (EI), que mató a 32 personas en una reunión de juventudes socialistas en la ciudad turca de Suruç, en la frontera con Siria, Ankara autorizó a EE.UU. a realizar ataques aéreos desde la base de Incirlik, y bombardeó distintas posiciones del EI. Pero el ejército turco también lanzó ataques sobre bases del PKK en Irak.

Fuerza militar (2015)



→ Erbil. Turquía se vio sorprendida por el avance del Estado Islámico (EI), inclusive en las tierras habitadas por los turkmenos. Tuvo que hacer frente a la toma de rehenes de los choferes de camiones turcos y luego, en junio de 2014, a la de cuarenta y nueve diplomáticos que trabajaban en Mosul (su liberación se produjo tres meses más tarde en condiciones que no fueron precisadas).

La crisis en Siria, con la que Turquía comparte una frontera porosa de 880 kilómetros, provocó la llegada de un millón seiscientos mil refugiados, con un costo estimado por el gobierno en 5.500 millones de dólares. Mientras que Estados Unidos ve al EI como su principal enemigo, para Ankara ese rol lo desempeña el régimen de Al Assad. Después de Egipto, fue en Siria donde el AKP sufrió sus mayores reverses. Contrariamente a las expectativas de Ankara, Al Assad no cayó. Soli Öznel, profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Kadir Has, critica la manera en la que el AKP manejó el asunto a partir de 2012: “No lograron controlar al Ejército Sirio Libre (ESL) y, al apoyar a organizaciones extremistas, corrieron el riesgo de transformar a Turquía en un nuevo Pakistán con sus propios talibanes. Les parecía bueno apoyar a cualquier grupo desde el momento en que luchara eficazmente contra Al Assad. Hemos visto al Frente Al Nusra y al EI venir a reclutar aquí y a las autoridades mirar para otro lado”.

Al mismo tiempo, numerosos turcos consideran que el EI, organización sunnita, merece cierta comprensión. Como lo señala Etyen Mahçupyan, uno de los principales asesores del primer ministro: “El EI logró implantarse y garantizar servicios sociales y culturales, lo que significa que representa una suerte de autoridad. Tal vez pronto veamos a sus miembros de traje y corbata negociando”.

La cuestión kurda es delicada: los kurdos sirios del Partido de la Unión Democrática (PYD) representan una extensión del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), el grupo separatista –etiquetado como “terrorista” por Washington y la Unión Europea– que ha estado en conflicto armado con el Estado turco desde hace treinta y seis años (9) y con el que el gobierno inició un proceso de paz secreto. La tensión en el sudeste de Turquía se volvió evidente a comienzos de octubre de 2014, cuando estallaron manifestaciones de cólera entre los kurdos turcos ante la pasividad del gobierno turco frente a la ofensiva del EI contra la ciudad de Kobane: más de treinta y cinco personas fueron asesinadas en unos pocos días.

Esto explica que Turquía haya estado poco dispuesta a ocupar un lugar de primer nivel en la coalición militar bajo mando estadounidense que se estableció en el otoño de 2014 para bombardear el EI y romper el asedio a Kobane, aunque respondió a los pedidos internacionales acentuando el control de su frontera sur y autorizando el paso de los *peshmergas* por su territorio. Esta presión no puede más que au-

mentar con la participación activa de Irán en la lucha anti EI en Irak (10), el fortalecimiento del eje chiita y un acercamiento *de facto* de Teherán con Occidente.

“Amistad y fraternidad”

Frustrado por los acontecimientos que tenían lugar en Siria y Egipto, el AKP abandonó su pragmatismo en favor de un retorno a la ideología bautizada “posición ética”. Ibrahim Kalin, el principal asesor en política exterior del presidente, la llama “soledad en la dignidad”.

Sin embargo, Turquía no puede permitirse un aislamiento diplomático demasiado largo, como lo demuestra el caso egipcio. Mensur Akgün, profesor de la Universidad Kültür de Estambul, observa: “La relación es asimétrica. Turquía necesita los puertos y mercados de Egipto, pero Egipto puede comprar en cualquier otro país. Debemos aumentar nuestras exportaciones económicas y fortalecer nuestra posición diplomática”. Esto es tanto más cierto cuanto que la economía comienza a desacelerarse: el crecimiento de 2014 se redujo del 4 al 3,3%, mientras que en 2009, al inicio de la crisis mundial, era del 9%.

La política regional de Turquía, ¿fue tomada como rehén por la visión de una “nueva Turquía” fundada en la herencia otomana y el islam sunnita? ¿O las dificultades actuales llevarán a los dirigentes del AKP a reconstruir sus alianzas regionales? Ese era el sentido del mensaje del viceprimer ministro Bülent Arınç de “amistad y fraternidad” con los vecinos de Turquía, Siria e Irán, y los “amigos y aliados tradicionales”, Arabia Saudita, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Egipto o Jordania (11). ■

1. En la jornada del 14 de agosto de 2013, el ejército y las fuerzas policiales egipcias mataron a cerca de un millar de personas en el ataque contra el campamento de la Plaza Rabaa al Adawiya, donde se habían reunido los opositores islamistas al golpe de Estado.

2. N. de la R.: El presidente Erdogan sufrió un revés en las elecciones legislativas del 7 de junio de 2015. Si bien el AKP obtuvo el 40,7% de los votos, con 258 diputados quedó lejos de la mayoría necesaria (367 diputados) para reformar la Constitución.

3. BBC News Europe, Londres, 5-11-14.

4. *Hürriyet Daily News*, Estambul, 12-12-14.

5. El alfabeto árabe de la lengua turca otomana fue reemplazado, luego de crearse la República, por el alfabeto latino.

6. Ahmet Davutoglu, *Stratejik Derinlik* (“Profundidad estratégica”), Küre Yayınları, Estambul, 2001.

7. Behlül Özkan, “Turkey, Davutoglu and the idea of pan-islamism”, International Institute for Strategic Studies, Londres, agosto-septiembre de 2014.

8. Véase Alain Vicky, “Turquía se expande en África”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2011.

9. Véase Allan Kaval, “Los kurdos y el Estado Islámico”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2014.

10. *Hürriyet Daily News*, 7-12-14.

11. Discurso pronunciado en la Quinta Cumbre del Bósforo de la Asamblea de Exportadores Turcos, retomado por *Hürriyet Daily News*, 13-12-14.

*Jefa de redacción de la edición inglesa de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Bárbara Poey Sowerby

¿Una oportunidad para la paz?

por David Courbet*, enviado especial

Alcanzada por la crisis financiera mundial, la República de Chipre sufre las drásticas medidas de austeridad que le dictan sus acreedores europeos. Sin embargo, desde otra perspectiva, el período actual podría representar una oportunidad: la posibilidad de resolver el conflicto que desgarra a la isla desde hace cuarenta años, entre el Sur y el Norte, bajo tutela de Ankara.

En Chipre, existe un antes y un después del *haircut day*, el “día de la esquila”. Ese famoso 16 de marzo de 2013, Nicosia acordaba con la “Troika” –Comisión Europea, Banco Central Europeo (BCE) y Fondo Monetario Internacional (FMI)–, a cambio de un préstamo de 10.000 millones de euros, retener de todas las cuentas bancarias un impuesto del 6,75% para los depósitos menores a 100.000 euros y del 9,9% para los superiores a ese monto. Para luego dar marcha atrás y exigir que sólo las cuentas de más de 100.000 euros fueran alcanzadas, incluyendo aquellas de las asociaciones de beneficencia (1).

Nicosia debió reducir drásticamente su estilo de vida: aumento de impuestos por 600 millones de euros, congelamiento hasta 2016 de los salarios de la administración pública, decisión de no reemplazar a cuatro de cada cinco empleados públicos que se jubilen –la edad de jubilación se extendió a 65 años, con una reducción de las pensiones–, venta de reservas de oro excedentes por 400 millones y privatizaciones por al menos 1.000 millones de euros. El Producto Interno Bruto (PIB) sufrió una caída del 5,3% sólo en el año 2013...

El argumento financiero

Esta situación contrasta con la de la parte de la isla ubicada al norte de la “línea verde”, bajo tutela de Ankara desde su invasión por el ejército turco en 1974. Reconocida únicamente por Turquía, la República Turca del Norte de Chipre (RTNC), sujeta a embargo, sigue estando política y económicamente aislada en la escena internacional. Con un tercio de la superficie de la isla para una población (aproximadamente 250.000 habitantes) tres veces menos importante que en el Sur, el Norte no se vio afectado por la crisis. Su tasa de crecimiento en 2013 fue del 2,8%. El desempleo pasó de 12,6% en 2010 a 10,7% en 2013.

Desde luego, el nivel de vida sigue siendo allí ampliamente inferior al de los habitantes de la República de Chipre, pero la brecha, de aproximadamente el 40%, se reduce. Y no sólo como consecuencia de las dificultades que atraviesan los chipriotas griegos. En 2002, el PIB por habitante no superaba los 4.409 dólares en la república turca autoproclamada; hoy alcanza los 15.942 dólares.

El sistema financiero fue relativamente saneado tras la crisis turca de 2001, con la liquidación de siete bancos locales. Y las autoridades aseguran que a la RTNC no la anima ningún espíritu de revancha frente a la situación vivida por sus vecinos del Sur. “Lo sentimos por los chipriotas griegos, más aun cuando nosotros atravesamos la misma crisis hace diez años”, señala Hasan Güngör, asesor especial de la presidencia.

Consciente de su dependencia hacia la “madre patria” –la ayuda financiera alcanzó los 297 millones de euros en 2012–, la RTNC

no parece tener prisa por emanciparse. Tal como lo refleja la construcción de un inmenso acueducto submarino que une Turquía con el norte de la isla. El dispositivo la abastecerá de agua dulce a razón de 75 millones de metros cúbicos por año. Suficiente como para fomentar la agricultura y el comercio de una economía “en desarrollo, pero siempre frágil”, frente a la del Sur, “en decadencia y... muy frágil”, según Güngör. Y para brindar un argumento de peso en las negociaciones bipartitas sobre una hipotética reunificación de la isla, víctima de sequías recurrentes.

La explotación de los fondos marinos podría también aportar beneficios a la isla. Según las estimaciones, aún muy inciertas, rebasarían de 141.000 a 227.000 millones de metros cúbicos de gas; ¡el gobierno del Sur habla incluso de 1,7 billones! A menos que restricciones técnicas y geopolíticas arruinen el cuadro. A las inversiones necesarias debido a la profundidad de los yacimientos y la ausencia de infraestructura se suma la exigencia de una colaboración con Turquía. Su mercado está en plena expansión, y atravesar su territorio es indispensable para conectar el gas chipriota con el proyecto de gasoducto transadriático (Trans Adriatic Pipeline, TAP). Además, Ankara aún se opone a la política chipriota de exploración, a la que considera ilegal: ya envió buques militares durante operaciones de prospección.

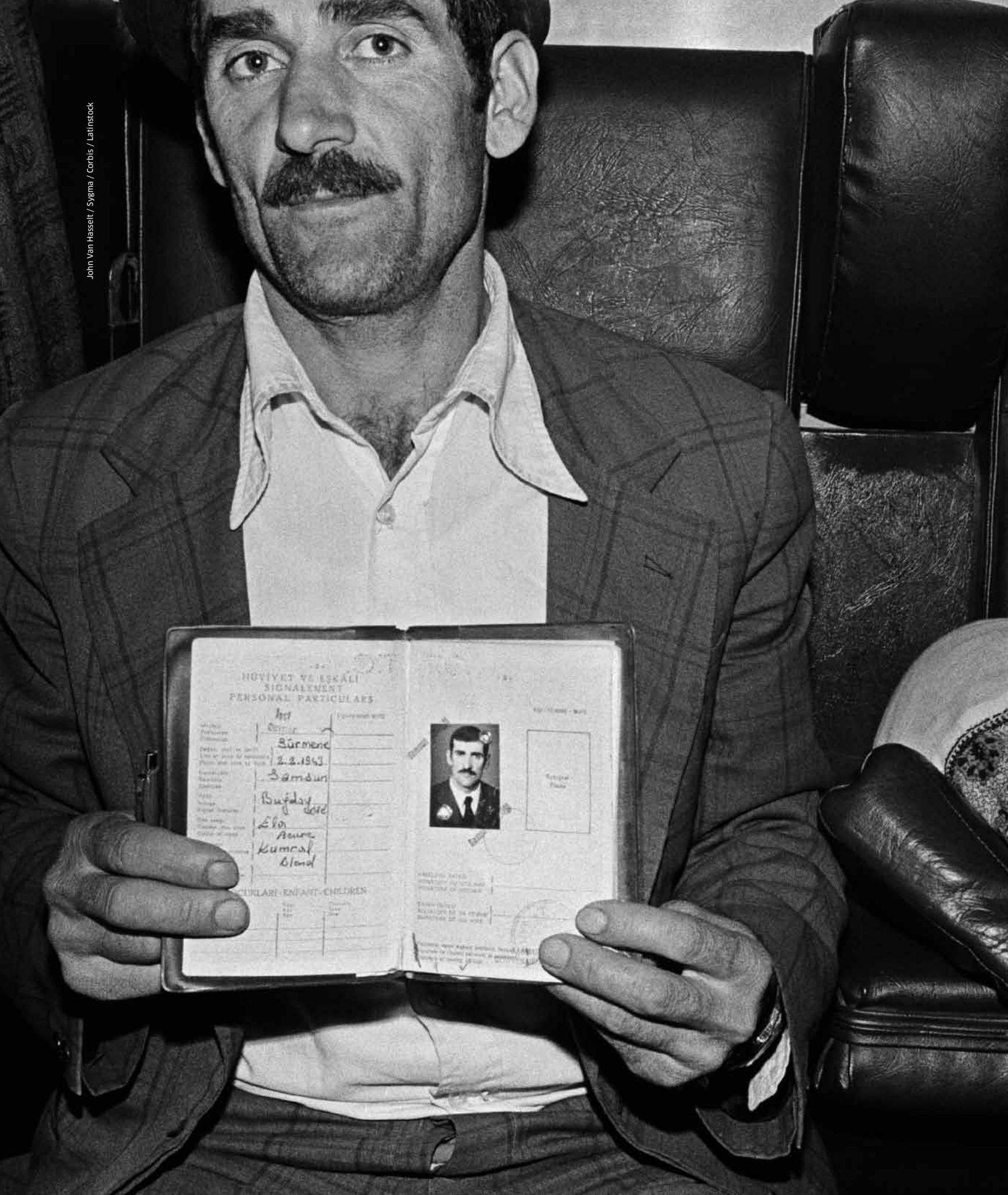
Hace cuarenta años que el país está dividido. La situación podría cambiar, sin embargo, si el Norte se erigiera no sólo en interlocutor creíble, sino también en aliado ineludible. Más aun cuando los chipriotas griegos no ocultan su decepción respecto de “esta Europa que nos ha tendido los brazos para luego servirse de nosotros como conejillos de Indias para sus recetas liberales”, señala Anna (2), politóloga y economista de Nicosia. Anna estima que tras el rechazo del Plan Annan de 2004, que apuntaba a reunificar el país, los chipriotas aprendieron de sus errores, y ningún momento es más propicio para salir de la crisis que un shock sistémico. Hasta ahora, la República de Chipre ignoró siempre las indirectas de los dirigentes de la RTNC. Pero, ¿podrá resistir mucho tiempo más el argumento financiero? ■

1. Serge Halimi, “La lección de Nicosia”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, abril de 2013.

2. Esta especialista que trabaja con el Norte y el Sur pidió mantener el anonimato.

*Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde





Breve historia de las relaciones con Europa

Socios, pero no tanto

por Didier Billion*

Atatürk consideraba a la civilización y los valores occidentales encarnados por Europa como los únicos que podían llevar a Turquía a paso firme a la modernidad. Esta convicción permite comprender las categóricas rupturas ocurridas con el entorno cultural y geopolítico del país, y los esfuerzos realizados en los últimos cincuenta años para adherir a la Comunidad Europea.

El 31 de julio de 1959, en virtud del artículo 238 del Tratado de Roma, el Primer Ministro turco enviaba a la Comunidad Económica Europea (CEE) una demanda de asociación a la misma. Si bien no le faltaban preocupaciones económicas, motivaban esta decisión razones de orden político. Se trataba, entre otras cuestiones, de diversificar la política exterior turca, exclusivamente alineada con Washington desde la Segunda Guerra Mundial.

Las conversaciones exploratorias se iniciaron en 1959. El golpe de Estado militar de mayo de 1960 las congeló, y hubo que esperar hasta abril de 1962 para que se reactivaran, y desembocaran en el Acuerdo de Ankara del 12 de septiembre de 1963. Así, se creó un Acuerdo de Asociación entre Turquía y la CEE. Durante la ceremonia de firma, Walter Hallstein, presidente de la CEE, declaró: "Turquía es parte de Europa. Ése es el principal significado de lo que estamos consumiendo hoy. Esto confirma de una manera incomparablemente moderna una verdad que es más que la expresión sumaria de un concepto geográfico o de un hecho histórico que subsiste desde hace varios siglos. [...] Turquía forma parte de Europa: esto significa hoy que ha establecido una relación institucional con la Comunidad Europea. Al igual que para la propia Comunidad, este vínculo está impregnado del concepto de evolución" (1).

Pese al lirismo de circunstancia, las negociaciones preparatorias sufrieron múltiples complicaciones, y ciertamente no fue la menor la cuestión de la definición de Turquía como Estado europeo. No obstan-

te, este Acuerdo constituyó para Turquía una etapa esencial de un largo proceso histórico que ilustraba su apego por Europa y le abría la posibilidad de convertirse algún día en miembro pleno de la CEE. De hecho, el documento sigue siendo probatorio de las relaciones turco-europeas.

El Acuerdo de Asociación constaba de tres fases distintas: una fase preparatoria de cinco años, salvo prolongación según las modalidades previstas en el protocolo provisorio; una fase transitoria que no debía exceder los doce años –bajo reserva de las excepciones que podían preverse de común acuerdo–, durante la cual debían instaurarse progresivamente la unión aduanera entre Turquía y la Comunidad y el acercamiento de las políticas económicas de Ankara a esta última, y la fase definitiva, basada en la unión aduanera, que implicaba fortalecer la coordinación de las políticas económicas de las partes contratantes (2).

Del acuerdo al aislamiento

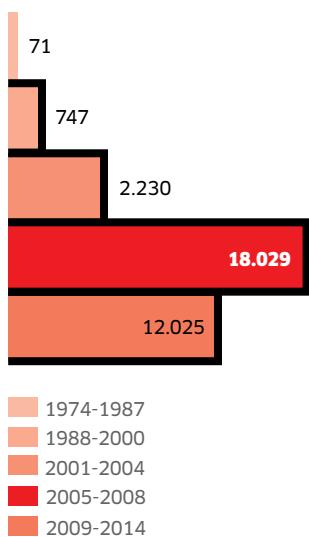
No obstante, se constató rápidamente que los intercambios eran muy desequilibrados: las exportaciones comunitarias consistían principalmente en productos industriales, bienes de equipamiento, y por supuesto, capitales; las exportaciones turcas consistían sobre todo en productos agrícolas, textiles y mano de obra. Este último elemento resultó muy importante y constituía una particularidad fundamental de los intercambios turco-comunitarios, ya que el rápido incremento de las remesas de los trabajadores emigrados, y las ayudas financieras de los países de la CEE representaron los →



El Gran Turco. Las relaciones entre el Imperio Otomano y las potencias occidentales fueron intensas a lo largo de la historia. La Sublime Puerta fascinaba y atemorizaba a los europeos.

Inversión extranjera directa

(promedio anual por períodos, en millones de dólares corrientes)



→ dos medios principales de financiamiento que permitieron subsanar el déficit de la balanza de pagos del comercio exterior entre Turquía y la CEE.

De todas formas, a principios de los años 60, el punto de vista que prevalecía en los círculos dirigentes turcos y europeos era proyectar la asociación de ambas partes con un criterio fundamentalmente político. El alcance del Acuerdo de Asociación, así como sus límites, deben entenderse ante todo en ese marco, en el sentido de que Turquía procuraba obtener ambiciosos beneficios, que su poderío limitado en realidad no le permitían negociar. La relación de fuerzas era tal que Ankara debió adecuarse a las exigencias de la CEE, y tomó conciencia de que la plena integración de un mercado y un sistema económicos hasta ese entonces bastante excéntricos respecto de los flujos comunitarios, inevitablemente ocasionaría traumatismos en la economía turca.

Para esa época, una fracción de los sectores económicos hizo público su temor de que una rebaja de las tarifas protegidas acarrearía efectos muy adversos, o incluso la ruina de la frágil industria turca. En cambio, los más políticos o los más interesados veían en ello la posibilidad de una suerte de electroshock curativo para el desarrollo económico del país. Así, en mayo de 1967, el primer ministro Süleyman Demirel solicitó que las negociaciones orientadas a la puesta en marcha del período transitorio comenzaran cuanto antes.

Obviamente, las divergencias de apreciación se reflejaban en el campo político. El Partido Republicano del Pueblo (CHP), que había sido la fuerza propulsora del acercamiento con la CEE, por tradición kemalista y por voluntad de liberarse de la excesiva influencia de

EE.UU., empezó a medir los riesgos de las potenciales consecuencias de la integración a la Europa comunitaria. Por otra parte, fue durante este período que el CHP adoptó una política de centroizquierda y radicalizó sus posturas bajo la influencia de Bülent Ecevit. No obstante, en 1970 el partido aceptó finalmente la perspectiva de una total integración a la CEE. El Partido Obrero de Turquía y los grupos de la izquierda radical, por su parte, se opusieron frontalmente a una CEE en la que no veían más que un instrumento del imperialismo y una expresión de neocolonialismo.

El gobierno de derecha, por su parte, prosiguió su política resueltamente: el 6 de febrero de 1969 comenzaron las negociaciones para pasar a la fase transitoria y el 23 de noviembre de 1970 se firmó el Protocolo Adicional que entró en vigencia el 1º de junio de 1973. Turquía consiguió la aprobación de un plazo de veintidós años antes de la plena integración a la CEE para algunos productos, mientras que para la gran mayoría de los mismos se previó una progresiva abolición de todas las barreras aduaneras en un plazo de doce años.

En realidad, el Protocolo era muy ambivalente: por un lado, al precisar las condiciones, modalidades y ritmos de realización de la unión aduanera y la libre circulación de las personas y capitales, confirmaba la voluntad de establecer relaciones estrechas y duraderas. Pero por el otro, algunas de sus disposiciones limitaban cuantitativamente las exportaciones de ciertos productos turcos de origen agrícola o textil, vitales para la economía del país.

A fin de cuentas, se consignó el compromiso, pero el curso de los acontecimientos políticos nacionales e internacionales sacudiría el edificio. El memorando militar de 1971, la intervención armada en Chipre en 1974 y el golpe de Estado de 1980 contribuyeron a tensar la relación con los socios de Europa Occidental e impidieron sacar provecho del período de transición.

En los años inmediatamente posteriores al golpe, se cristalizó un período de tensiones en las relaciones turco-comunitarias. Turquía quedó aislada, tanto en el Consejo Europeo como en las distintas instancias de la CEE. Los motivos de discordia entre ambas partes se multiplicarían. No obstante, lo que los turcos echaban más en cara a sus socios europeos no era tanto las divergencias sino sobre todo el hecho de que éstos “cambien las reglas del juego a medida que avanza la partida”. La amargura que esto les provocaba no les impidió mantener su orientación pro-europea, que se expresó claramente en la demanda oficial de adhesión a la CEE, presentada el 14 de abril de 1987, a instancias del jefe de gobierno Turgut Özal.

Pese a las dificultades, la parte turca no ahorró esfuerzos en defender su caso. La opinión pública, por otra parte, parecía apoyar esta política. Una encuesta, efectuada en Turquía en junio de 1986 por SIAR-Milliyet indicaba que el 51,5% de las personas interrogadas eran favorables a la adhesión de Turquía a la CEE, contra un 10% de opiniones desfavorables, un 14,5% de indiferentes y un 24% que no se pronuncia-

ban (3). Incluso la izquierda turca cambió sensiblemente, y consideraba que la adhesión podía favorecer el establecimiento de una verdadera democracia.

Reticencias comunitarias

Pero no faltarían las argucias, como demuestra, por ejemplo, la aprobación en el Parlamento Europeo de una resolución sobre la cuestión armenia, el 18 de junio de 1987. La opinión negativa de la Comisión Europea se hizo pública el 18 de diciembre de 1989. Su argumentación giraba en torno a dos ejes: la negativa a considerar una nueva ampliación antes del establecimiento del mercado único previsto para el 1º de enero de 1993, y por no cumplir Turquía las condiciones económicas (subdesarrollo de la economía turca –punto 8–) y políticas (imperfección de la democratización, situación de los derechos humanos y de las minorías, diferendo con Grecia –punto 9–) (4).

Con la intención de relativizar su rechazo, la Comisión señaló sin embargo el camino para una mayor cooperación, articulada en torno a cuatro puntos: concreción de la unión aduanera en 1995; reanudación e intensificación de la cooperación financiera; promoción de la cooperación industrial y tecnológica; profundización de los vínculos políticos y culturales.

En realidad, estas propuestas constituyan una reformulación de los objetivos ya incluidos en el Acuerdo de Asociación de 1963 y el Protocolo Adicional de 1970, y en definitiva, estaban marcadas por contradicciones que develaban las enormes reticencias comunitarias respecto a Turquía. Por ejemplo, parece antinómico señalar el subdesarrollo económico de Turquía y al mismo tiempo proponerle una unión aduanera cuya realización, carente de todo mecanismo de compensación suficiente, agravaría las dificultades.

Aunque constituyó un auténtico revés para Turquía, las reacciones oficiales fueron moderadas. Turgut Özal, devenido Presidente de la República, manifestó la voluntad de mantenerse estrechamente asociado a la Comunidad, subrayando que, pese a todas las dificultades, la CEE seguía siendo el socio económico privilegiado: representaba el 33,8% del total de las exportaciones turcas en 1965, el 48,9% en 1976, el 43,8% en 1986 y el 46,6% en 1989. En cuanto a las importaciones, éstas representaban el 28,5% en 1965, el 41% en 1986 y el 38,4% en 1989. Se trataba pues de mantener proa hacia Europa Occidental, a la que Özal consideraba un polo de atracción y estabilidad en momentos en que los resquebrajamientos en Europa Oriental se hacían cada vez más perceptibles.

Si bien el acuerdo de unión aduanera entró en vigor el 31 de diciembre de 1995, los siguientes años estuvieron marcados por una serie de tensiones recurrentes –el Consejo Europeo de diciembre de 1997 rechazó la inclusión de Turquía en la lista de los once países cuya candidatura fue aceptada–, y por períodos de profundización de la relación. El Consejo Europeo de Helsinki (diciembre de 1999) reconoció sin ambigüedades el estatuto de candidato de Turquía, al admitir

que a largo plazo tendría su lugar dentro de la Unión Europea. Así, los sempiternos debates sobre la europeidad de Turquía perdieron relevancia práctica y política. A partir de ese momento, la relación de Turquía con la Unión se modificó considerablemente.

El entusiasmo real que suscitó en Turquía dicho Consejo es impresionante. Las reformas constitucionales aprobadas a partir de la adopción del Programa Nacional, en marzo de 2001 –en particular, los nueve “paquetes legislativos”– son especialmente impactantes, sobre todo si se las sitúa dentro del contexto securitario y liberticida que prevaleció desde el 11 de Septiembre, a nivel regional e internacional. En efecto, las reformas aprobadas ampliaron sistemáticamente el campo de los derechos y libertades individuales y colectivos, y buscaron reformar el sistema económico de modo de adecuarlo a los elementos condicionantes enunciados en los criterios de Copenhague. Por otra parte, es destacable que, desde 1998, los informes anuales de la Comisión Europea sobre los progresos realizados en la senda de la adhesión, si bien no están exentos de críticas, subrayan año a año los avances, numerosos, variados y rápidos, realizados por Turquía.

Si bien merecen destacarse las transformaciones políticas y económicas, también se debe mencionar la sensible evolución de Turquía respecto de Chipre. Durante años se admitió de forma general que Ankara bloqueaba cualquier maniobra en la Isla de Afrodita, en nombre de intereses estrechamente nacionalistas. Pero se impone admitir que a partir del referéndum del 24 de abril de 2004 sobre el plan de reunificación de la isla propuesto por Kofi Annan, entonces secretario general de las Naciones Unidas, la situación cambió: 75,8% en favor del “sí” en la parte chipriota turca contra un 64% para el “no” en la parte chipriota griega.

Si bien el “sí” de los chipriotas turcos debe cargarse en la cuenta de las transformaciones internas de la República Turca de Chipre del Norte, no debe subestimarse el papel de Erdogan, que supo correr los límites en Turquía, al poner en valor una política de compromiso respecto de un asunto que durante mucho tiempo provocó crispaciones políticas en Ankara.

Más allá de las objeciones, el Consejo Europeo de Bruselas de diciembre de 2004 dio su acuerdo a la inauguración de las negociaciones de adhesión con Turquía. Comenzaron el 3 de octubre de 2005... ■

1. Comunicado de prensa del portavoz de la CEE, Bruselas, 12-9-63.

2. Consejo de las Comunidades Europeas, “Acuerdo por el que se crea una Asociación entre la Comunidad Económica Europea y Turquía” y documentos anexos, Bruselas, 1970.

3. *Milliyet*, Estambul, 27-6-86.

4. Comisión de las Comunidades Europeas, “Opinión de la Comisión sobre la demanda de adhesión de Turquía a la Comunidad”, SEC (89) 2290 final, Bruselas, 20-12-89.

*Director adjunto del Institut de Relations Internationales et Stratégiques (IRIS), París.

Traducción: Patricia Minarrieta

A FUEGO LENTO

1959

Demanda

El 31 de julio, Ankara presenta una demanda de adhesión a la Comunidad Económica Europea (CEE). En 1961 adhiere a la OCDE.

1963

Acuerdo

El 12 de septiembre se firma un Acuerdo de Asociación comercial y económica entre Turquía y la CEE, en vistas de instaurar una unión aduanera.

1987

Rechazo

Tras la suspensión de las relaciones por el golpe militar de 1980, el 14 de abril Turquía presenta oficialmente su demanda de adhesión a la CEE. Será rechazada en 1989.

1996

Unión aduanera

El 1º de enero entra en vigor la unión aduanera entre Turquía y la Unión Europea (UE). En 1999 el Consejo Europeo de Helsinki otorga a Turquía el estatus oficial de candidato a la UE.

2004

Negociaciones

El 17 de diciembre, el Consejo Europeo aprueba el inicio de las negociaciones de adhesión con Ankara para octubre de 2005.

Tensiones, integración, cooperación

Los turcos de Alemania

por Michel Verrier*

Los turcos constituyen la primera población extranjera en Alemania. Su presencia, motivo de tensiones, exige a Berlín repensar su modelo de integración y sus decisiones económicas. Las raíces de la asociación germano-turca se remontan al acuerdo entre el emperador Guillermo II y el sultán Abdul Hamid II en 1888.



© Charles Caratini / Sygma / Corbis / Latinstock

Banderas rojas con medialuna y estrella blancas, afiches y pancartas en turco: el domingo 10 de febrero de 2008, el Kölnarena, estadio cubierto a orillas del Rin, en Colonia, presenta aires de mitin electoral en la Turquía profunda para recibir al [ex] primer ministro turco. Ante veinte mil compatriotas, representativos de los dos millones seiscientos mil personas que cuenta la comunidad turca en Alemania, Recep Tayyip Erdogan [actual presidente] brindó un discurso vigoroso, alentándolos a estar orgullosos de sus orígenes y animándolos a ocupar el lugar que les corresponde en Alemania y en Europa.

Crímenes xenófobos

“Puedo sentir los aromas y la sensibilidad que trajeron desde Anatolia –les dijo–. Dondequiera que vayamos, llevamos amor y amistad. No nos interesan el odio y la violencia.” Dos días antes, el jefe de gobierno de Ankara había ido a apaciguar las tensiones entre comunidades en Ludwigshafen, frente al edificio en el que nueve turcos –hombres, mujeres y niños– habían perdido la vida, quemados vivos en un incendio, el 6 de febrero. Los medios de comunicación turcos hablaron de atentado racista, pero la investigación demostraría que estaban equivocados.

No obstante, el recuerdo de los crímenes xenófobos de Solingen dejó sus marcas en Alemania: el 29 de mayo de 1993, en esa pequeña ciudad de Renania del Norte-Westfalia, tres jóvenes neonazis prendieron fuego a una casa habitada por una familia turca, matando a cinco de sus miembros.

“Entiendo que les moleste que les hablen de asimilación, nadie se las puede imponer –recalcó Erdogan frente a la multitud–. ¡No están aquí de paso!”, continuó, llamando a sus “queridos hermanos y hermanas” a aprender el alemán y a enseñárselo a sus hijos al igual que su lengua de origen. También insistió en que los padres envíen a sus hijos a las mejores escuelas, para que éstos se integren a las élites de la sociedad alemana.

Asimismo invitó a sus compatriotas a reforzar su peso y su influencia en la vida política: “Los cinco millones de turcos que viven en Europa no son invitados, sino parte constituyente de la sociedad europea”, concluyó el [ex] Primer Ministro, al tiempo que volvía a rechazar la “asociación privilegiada” que proponía a Turquía la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de Angela Merkel, acompañada en ese punto por el [ex] presidente francés Nicolas Sarkozy. Para Erdogan no hay solución de recambio a la integración de Turquía a la Unión Europea.

Asimilación o integración

Tamaño énfasis puso en alerta a los medios de comunicación alemanes así como a muchos dirigentes políticos, e irritó profundamente a la Canciller. Al día siguiente, Merkel le reprochó a su homólogo

turco que ofreciera a sus compatriotas una idea falsa de la integración: ésta –afirmó– implica acomodarse a las tradiciones de la sociedad en la que se vive. “Quien posea la nacionalidad alemana –insistió– es un ciudadano sin reservas, cuya lealtad se ejerce respecto del Estado alemán. Creo que volveremos a hablar del tema con el primer ministro turco.”

Más sereno, el ministro del Interior alemán [actual ministro de Finanzas], Wolfgang Schäuble, subrayó, en cambio, que para él “Erdogan no trabaja en contra nuestro. Estima que no se debe forzar a la gente a renunciar a su cultura ni a su identidad, y tiene toda la razón. Nosotros también estamos a favor de la protección de las minorías culturales”.

Es cierto que Schäuble tiene una experiencia distinta que Merkel al respecto. Es el creador de la Conferencia sobre el Islam, que apunta a institucionalizar, junto con las organizaciones musulmanas, en su mayoría turcas, la representación oficial de la comunidad en Alemania. La inmigración turca hace moverse a la República Federal, que en 2005 finalmente se reconoció como un “país de inmigración”.

Las raíces de las relaciones germano-turcas tienen una larga historia, que data de la época del expansionismo de Otto von Bismarck y la decadencia

cialidad alemana. Este movimiento de naturalización tuvo su pico en el año 2000, pero desde entonces se ha frenado. Sin lugar a dudas, la prohibición de la doble nacionalidad promulgada por Berlín en 1997 hizo temer a los turcos la pérdida de sus derechos en su país de origen si renunciaban a su pasaporte turco (1).

Un modelo para Ankara

Pero, desde los años 1950, las relaciones entre ambos países también se fortalecieron en el terreno económico. Alemania es el primer exportador hacia Turquía (alrededor de 14.500 millones de euros). Unas dos mil setecientas empresas alemanas –incluidas pesos pesados como BASF, Mercedes o MAN– están establecidas en Turquía. Así, un tercio de los colectivos Mercedes que circulan en Alemania fueron construidos en Estambul. De manera recíproca, Alemania es el primer importador de productos turcos (9.100 millones de euros en 2006).

Por último, sesenta mil jefes de empresa y comerciantes turcos emplean a más de ciento sesenta mil asalariados, un tercio de los cuales es alemán, en la República Federal, en todas las ramas de la industria y de los servicios. El *döner kebab*, cuya venta

El *döner kebab*, cuya venta es monopolizada por los turcos desde hace mucho tiempo, destronó parcialmente a la salchicha.

del Imperio Otomano. Es en ese doble contexto que el emperador Guillermo II selló, en 1888, el acuerdo con el sultán Abdul Hamid II. El general prusiano Colmar Freiherr von der Goltz –conocido como “Goltz Pashá”– recibió el encargo de reorganizar el ejército otomano, y los futuros cuadros de los Jóvenes Turcos de Mustafá Kemal Atatürk viajaron a Alemania a profundizar su formación.

Doble nacionalidad prohibida

El acuerdo para “incentivar a los trabajadores turcos a ir a trabajar a la República Federal” se remonta, por su parte, a medio siglo: se firmó en octubre de 1961 para responder a la demanda del mercado laboral. En ese entonces, sólo ciento ochenta mil trabajadores alemanes se encontraban oficialmente desempleados, y más de quinientos mil puestos de trabajo estaban sin ocupar. Los “trabajadores invitados” (*Gastarbeiter*) de Anatolia ya eran más de novecientos mil cuando Alemania frenó el movimiento en 1973. La reagrupación de las familias drenó cada año alrededor de doscientas mil personas de Anatolia hacia Alemania.

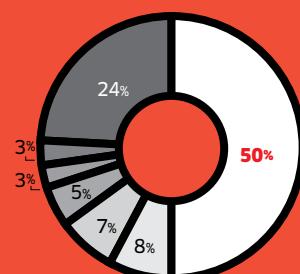
En la década de 1980, había un millón y medio de turcos en Alemania. En 2005 eran dos millones seiscientos mil. Hoy, uno de cada tres adoptó la na-

es monopolizada por los turcos desde hace mucho tiempo, destronó parcialmente a la salchicha.

Para muchos cuadros y políticos turcos, que a menudo terminaron sus estudios en el país vecino, la Alemania contemporánea es un ejemplo. Y particularmente por su gestión de la influencia de las religiones y el peso de las iglesias. La democracia cristiana alemana (Unión Demócrata Cristiana – Unión Cristiana Social, CDU-CSU) es un modelo que inspira al Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de los musulmanes demócratas y reformistas.

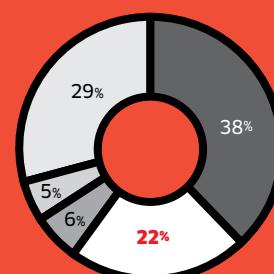
De hecho, el [ex] ministro del Interior Schäuble no percibe al [ex] primer ministro turco Erdogan como un islamista, sino como un “musulmán creyente” para el que siente “en ese aspecto, el mayor de los respetos”. ■

Inmigrantes de Turquía
(en porcentaje, 2013)



Alemania
Francia
Países Bajos
Austria
Estados Unidos
Arabia Saudita
Resto del mundo

Inmigrantes en Turquía
(en porcentaje, 2013)



Bulgaria
Alemania
Serbia
Grecia
Resto del mundo

1. Véase también Brigitte Patzold, “Cabezas de turco en Alemania”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, noviembre de 1999.

*Periodista, Berlín.

Traducción: Pablo Stancanelli





Soft power y nuevo círculo de negocios

Expansión al sur del Sahara

por Alain Vicky*

Decepcionada por los retrasos de la Unión Europea, que posterga su incorporación como miembro, Ankara reorienta su diplomacia hacia África. Además, la actual debilidad de los mercados occidentales incita a los empresarios turcos a trabajar al sur del Sahara. En diez años, los intercambios comerciales se triplicaron y los lazos con las capitales del continente negro se intensificaron.

Los empresarios turcos vuelven a mirar hacia África: “Los pedidos de asesoramiento para penetrar el mercado africano no dejan de multiplicarse. Cada día recibimos decenas de mensajes que piden información sobre ese continente”, afirma con entusiasmo el presidente de TUSKON, la confederación de empresarios e industriales de Turquía (1).

Fundada en 2005 TUSKON, que agrupa a cerca de 15.000 personas y 150 organizaciones locales de comerciantes, es la nueva vidriera empresarial de un Estado de 75 millones de habitantes que se erige como la decimoséptima potencia mundial (2). Las veinte principales metrópolis turcas –Estambul, pero sobre todo las grandes urbes de la Anatolia Central como Kayseri, Konya o Gaziantep– facturan hoy más de 1.000 millones de dólares anuales en exportaciones.

Desde 1998, Turquía ha vuelto a participar en la escena económica internacional. Ismail Cem, ministro de Relaciones Exteriores de un gobierno de coalición dirigido por el primer ministro Mesut Yilmaz, decidió entonces “redefinir la identidad internacional de Turquía para pasar del estatuto de aliado de Occidente al rol activo y constructivo de actor global”. Esta reorientación estratégica derivó “en parte” del rechazo, en diciembre de 1997, del Consejo Europeo de Luxemburgo a la candidatura turca a ingresar a la Unión Europea (3), precisan los investigadores Mehmet Ozkan y Birol Akgun (4). El continente negro, cuyo crecimiento superaba el 5% anual, abría para Ankara nuevas perspectivas de desarrollo económico. Sin embargo, algunos problemas logísticos y las tensiones en el seno de la coalición en el

poder impidieron la implementación inmediata del capítulo africano de este gran viraje.

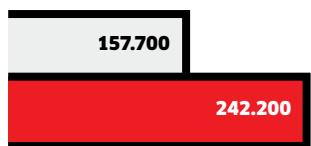
A partir de 2002, el gobierno conducido por el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, islamista), efectuó los primeros ajustes diplomáticos, bajo la autoridad del ministro de Relaciones Exteriores Ahmet Davutoglu. Así, 2005 se convirtió en el “Año de África”. Recep Tayyip Erdogan cruzó la línea del Ecuador hacia el sur, algo que no había hecho ninguno de sus predecesores. Visitó especialmente Pretoria (Sudáfrica) y la capital de Etiopía, Addis Abeba, sede de la Unión Africana. Nueva iniciativa en 2007: Turquía organizó la cumbre de los Países Menos Adelantados (PMA), entre los que figuraban 33 países africanos, y se comprometió a destinar cerca de 65 millones de dólares para ayuda al desarrollo hasta 2011. A fines de 2008, la inauguración del Centro de Investigación Aplicada de Estudios Africanos de la Universidad de Ankara coronó otro año excepcional: en efecto, unos meses antes, Estambul había sido sede del primer encuentro internacional sobre la cooperación Turquía–África, marcado por conversaciones bilaterales con 42 Estados. En el otoño boreal de 2008, gracias al apoyo de 51 de los 53 países del continente negro, Ankara consiguió un puesto de miembro no permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (ONU).

La anemia económica de la Unión Europea y la crisis sistémica de fines de la década del 2000 hicieron el resto, permitiendo que una nueva ola de empresarios –los “tigres anatolios”– emprendieran, después de Asia Central y Medio Oriente, el camino que la diplomacia turca había abierto en África subsahariana. →



Automóviles. Según el gobierno, Turquía produce el 25% de los automóviles de Europa Central y del Este. El sector automotor representa el 16% del total de las exportaciones del país.

Intercambio comercial (en millones de dólares, 2014)



Exportaciones
Importaciones

Solidaridad

En 2011, Erdogan se convirtió en el primer líder no africano en visitar Somalia en 20 años. Buscaba llamar la atención sobre la crisis humanitaria generada por una sequía que profundizó la hambruna recurrente en el país. Turquía ha contribuido con cerca de 500 millones de dólares a generar proyectos de infraestructura en Somalia.

→ “Contrariamente a la élite del TÜSİAD [la versión turca de la Unión Industrial Argentina], que generalmente hace negocios con los países desarrollados y es reacia a tomar riesgos, los empresarios de TUSKON hicieron de África uno de sus nuevos territorios”, confirma Sedat Laçiner, del *think tank* USAK. Según İhsan Dagi, jefe de redacción de *Insight Turquie*, cercano al AKP y docente en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Técnica de Medio Oriente en Ankara, “no es posible comprender la política proactiva del gobierno tanto en la región como en el mundo, sin tener en cuenta el activismo de este nuevo sector privado”. Sus *success stories* contribuyeron a atenuar el escepticismo inicial de los analistas turcos. “Cuando Turquía anunció que 2005 sería el Año de África –cuentan Ozkan y Akgun–, muchos altos funcionarios, así como periodistas y diplomáticos, manifestaron críticas. Para ellos era una pérdida de tiempo, energía y recursos humanos. Sólo creyeron y apoyaron esa iniciativa algunas asociaciones y el propio gobierno del AKP. Pero cuando el asunto se volvió redituable, todas las voces discordantes callaron.”

Ambiciones “neo-otomanas”

Las relaciones diplomáticas y comerciales de Turquía con el continente cobraron un impulso extraordinario: en el lapso de una década, Ankara triplicó el número de embajadas hasta llegar a las 27 [hoy, 39], 15 de las cuales fueron inauguradas entre 2009 y 2010. Como dispone del estatuto de observador en la Unión Africana, el país participa en cinco misiones [hoy, 6] de mantenimiento de la paz en África (5), mientras una docena de sus fragatas patrullan las costas somalíes en

el marco de una flotilla internacional de lucha contra la piratería. En el aspecto económico, Ankara es uno de los miembros no regionales del Banco Africano de Desarrollo (BAD) (6) y estaría planeando establecer una zona de libre comercio con la Comunidad de África Oriental (CAO), organización intergubernamental que busca establecer una unión aduanera entre Kenia, Uganda, Tanzania, Burundi y Ruanda.

Mientras Turkish Airlines, octava compañía aérea del mundo, llega actualmente a catorce ciudades y doce países del continente [hoy 40 y 28, respectivamente], el volumen de los intercambios comerciales entre Turquía y el África subsahariana –en primer lugar Sudáfrica y Nigeria– habría alcanzado casi 20.000 millones de dólares en 2009, es decir más del triple de lo registrado en 2003. Las exportaciones hacia el sur del Sahara (10.200 millones de dólares en 2009) representarían hoy más de 10% del total de las exportaciones de Turquía.

Los productos *made in Turkey* (materiales para la construcción, productos agroalimentarios, ingeniería, maquinaria, textiles, indumentaria, equipamiento médico, tecnología de la información, productos de higiene personal, de limpieza, joyería), entre un 20% y un 30% más baratos que los europeos, gozan de una mejor reputación entre los consumidores africanos que los de su competidor chino. Metin Demir, director general de Pancar Motors, que desde hace más de cincuenta años fabrica tractores y motocultores diesel, lo confirma: “Los agricultores del continente identifican nuestros productos a primera vista”, explica ante una delegación de cuarenta hombres de negocios llegados desde la República Democrática del Congo (RDC) para participar en el “puente comercial Turquía-África” (7), organizado en mayo de 2008 en Estambul. “Nuestros motores pueden aguantar años, si saben mantenerlos”, agrega Demir.

Seref y Serdar Sayoglu, directores de Arzul Metal, también se muestran satisfechos. Su empresa produce cacerolas y juegos de té de aluminio, particularmente apreciados “porque son más baratos que los de acero”.

Detrás de los gigantes turcos de la construcción que realizan grandes obras (autopista de Kaduna en el norte de Nigeria, el puente colgante El Mek Nimir en Jartum, etc.), más de 400 pequeñas y medianas empresas se implantaron en el continente, invirtiendo más de 500 millones de dólares en 2010. “Pienso que Turquía puede aportar mucho a los empresarios locales que necesitan transformar sus materias primas”, explica Toussaint Mboka Tongo, presidente del Movimiento de Empresarios de Camerún (MECam), durante la visita del presidente Abdullah Gül a Yaoundé, en marzo de 2010.

Proclamando principios similares a los de Pekín, Ankara no se inmiscuye en los asuntos internos de sus socios. Lo que no impide una cierta franqueza. Así, el presidente sudanés Omar al Bashir, que asistió a la cumbre Turquía-África de 2008 justo después de haber sido acusado por la Corte Penal Internacional, ha-

bría sido severamente reprendido por el primer ministro turco a propósito de Darfur. No obstante, Ankara, que es también miembro de la Liga Árabe, nunca empleó el término "genocidio". Los lazos entre ambos países vienen de larga data ya que entre 1820 y 1855 Sudán fue incorporado al Imperio Otomano. Actualmente, más de 80 empresas turcas estarían instaladas allí.

"Estrella ascendente" en la subregión, según Omar Haidar Abu Zaid Idem, embajador sudanés en Ankara, Turquía es aun más apreciada por su defensa de la causa palestina, como demostró su apoyo a la "flotilla por Gaza", llevada a cabo en 2010 por organizaciones humanitarias. Además, junto con Brasil, se opuso a las nuevas sanciones aplicadas en 2010 a Irán por el Consejo de Seguridad.

El viraje de un país que, hasta fines del siglo XX, "había desdeñado la importancia adquirida por África durante la Guerra Fría y cuya ausencia de amigos en el continente había contribuido claramente a obstaculizar su economía nacional y complicar sus intereses políticos", explica Laçiner, evidentemente no pasó desapercibido para los analistas internacionales, que siguen muy de cerca las ambiciones "neo-otomanas" de Ankara en Medio Oriente. Entre éstos,

Kenia y Tanzania. Esas instituciones son patrocinadas por empresarios turcos que reciben, a cambio, su agenda de contactos. En efecto, los docentes y las autoridades administrativas se fusionan en las empresas locales, iniciándose en su lengua y su cultura.

En Sudáfrica, adonde el Imperio Otomano envió imanes desde 1863 a pedido de la comunidad de fieles de El Cabo, el arzobispo católico emérito de Pretoria, George Francis Daniel, atempera las críticas: "La filosofía y actividades de Fethullah Gülen, que tuve la ocasión de conocer durante una visita a Turquía, nos impresionaron profundamente: no tuvimos que buscar el islam, el islam nos encontró a nosotros" (10). En este país, primer socio comercial africano de Ankara, cinco escuelas turcas enseñan la doctrina de Gülen a casi tres mil alumnos.

Sin embargo, sería erróneo exagerar la dimensión religiosa de la expansión turca. La TIKA, agencia de cooperación internacional de Ankara, interviene en muchos países africanos donde los musulmanes son minoritarios (Etiopía, Ruanda, Madagascar...). Según Ozkan y Akgun: "La concepción turca del islam no sólo es compatible con los valores occidentales, sino que ofrece una solución de recambio al islamismo, más ra-

El continente negro, cuyo crecimiento superaba el 5% anual, abría para Ankara nuevas perspectivas de desarrollo económico.

algunos se preguntan ya por la relación entre esta expansión económica y la del islam. La organización de una cumbre con autoridades musulmanas africanas llevada a cabo en 2010 por Diyanet, la Dirección de Asuntos Religiosos del Estado, así como la invitación a 300 jóvenes del continente para estudiar teología en Turquía, suscitó comentarios crispados. "No puede pasarse por alto el papel cada vez más importante que cumple en África una potencia mesoriental con una orientación islámica", considera Peter Pham, del National Committee on American Foreign Policy (8).

Economía... ¿y religión?

En la mira, el creciente poder de la Fundación para los Derechos Humanos, la Libertad y la Asistencia Humanitaria (IHH), destacada por su actuación en la "flotilla por Gaza". Presente en África desde mediados de los 90, con intervención en 41 países, la IHH realiza una amplia campaña de cirugías de cataratas que apunta, según su propio eslogan, "a que los turcos abran los ojos de 100.000 africanos" para que "100.000 africanos vean junto a Turquía". Sus directores señalan que la IHH "va hacia los que nadie fue a ver".

Los vínculos que los hombres de negocios puritanos y nacionalistas de la TUSKON tendieron con la cofradía Fethullah Gülen (Kazancigil, pág. 37) también alimentan estas inquietudes (9). Famosas por la calidad de su enseñanza, las escuelas creadas por el "imán global" difunden sus enseñanzas en Sudáfrica, Uganda,

dical, de otros países que están invirtiendo en África". Mientras las revoluciones en curso en el mundo árabe-musulmán debilitan mercados significativos para Ankara –como Libia, donde la mayoría de los 25.000 expatriados y trabajadores turcos fueron evacuados–, Turquía podría aprovechar esa circunstancia para acelerar su presencia al sur del Sahara. ■

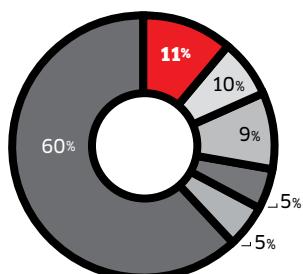
1. "Africa as a savior for turkish firms", *Hürriyet*, Estambul, 4-3-11.
2. John Feffer, "Pax Ottomanica?", www.TomDispatch.com, 13-6-10.
3. En 1999, el Consejo Europeo otorgó a Turquía el estatuto de candidato. Las negociaciones de adhesión, iniciadas en 2005, se toparon con la reticencia de ciertos Estados miembros, como Francia y Austria.
4. "Turkey's opening to Africa", *The Journal of Modern African Studies*, Cambridge, 4-11-10.
5. Misión de Estabilización de la ONU en la República Democrática del Congo (MONUSCO), Misión Conjunta de la ONU y de la Unión Africana en Darfur (MINUAD), Misión de la ONU en Liberia (MINUL), Misión de la ONU en Sudán (MINUS), Operación de la ONU en Costa de Marfil (ONUCI).
6. Véase Yves Ekoué Amaizo, "Une banque entre finance et solidarité", *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2010.
7. "Anatolian firms explore african opportunities", *Today's Zaman*, Estambul, 16-5-08.
8. P. Pham, "Turkey's Return to Africa", *World Defense Review*, 27-5-10.
9. Gabrielle Angey, "Une stratégie commune entre l'AKP et le mouvement de Fethullah Gülen en Afrique subsaharienne?", *Observatoire de la vie politique turque*, 23-8-10, <http://ovipot.blogspot.com>
10. Fethullah Gülen, "Catholic Church in South Africa Discusses Gülen Movement", 5-2-10, www.fethullahgulen.org

*Periodista.

Traducción: Patricia Minarrieta

Principales orígenes de las importaciones

(en porcentaje, 2014)



Rusia

China

Alemania

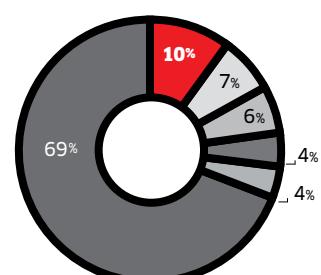
Estados Unidos

Italia

Resto del mundo

Principales destinos de las exportaciones

(en porcentaje, 2014)



Alemania

Irak

Reino Unido

Italia

Francia

Resto del mundo

El reto de América Latina

Una relación en ascenso

por Ariel González Levaggi*

La inexistencia de una diáspora propiamente turca en América Latina y las sucesivas crisis limitaron la construcción de una agenda común entre Turquía y la región. Dicha interacción de baja intensidad fue visible hasta bien entrada la década del 90, cuando las fuerzas de la globalización económica impulsaron un paulatino acercamiento.



© Pierre Merimee / Corbis / Latinstock

En 1995, con la visita del presidente Süleyman Demirel a la región, América Latina comenzó a formar parte activa del diseño de la política exterior turca, aunque lejos de ser una prioridad. Un segundo acercamiento fue impulsado por el actual partido gobernante (Partido de la Justicia y el Desarrollo, AKP) liderado por el actual presidente Recep Tayyip Erdogan, que sobre la base de una ambiciosa visión del rol global de Turquía y de una apertura comercial de tipo neoliberal, estableció una política basada en dos objetivos: aumentar la presencia diplomática en la región y generar nuevos negocios.

En el marco de este activismo, a partir del Plan Comercial de Acción hacia las Américas de 2006, la agenda entre ambos actores fue desarrollándose con mayor intensidad, mayormente por iniciativa de Ankara. Turquía impulsó la apertura de embajadas (de 6 en 2006 a 12 en 2014), realizó una serie de visitas de alto nivel, organizó múltiples misiones comerciales y comenzó a proveer tímidamente a la región de ayuda oficial al desarrollo. También brindó espacio a organizaciones de la sociedad civil turca para su proyección regional y estableció programas de diplomacia cultural para impulsar a estudiantes latinoamericanos a realizar estudios superiores en diversas universidades de Turquía.

En general, los países latinoamericanos recibieron positivamente el acercamiento e incrementaron sus lazos diplomáticos, comerciales y culturales. Colombia, Perú, Costa Rica y Ecuador abrieron a su vez representaciones oficiales en Ankara. Pero en ciertos países la aceptación resultó más compleja debido a la presión de las comunidades armenias.

Representaciones

Las percepciones turcas sobre América Latina son diversas y generalmente simplistas. Por una parte, los sectores de izquierda (secular), que tradicionalmente han percibido a América Latina como un espacio revolucionario y antiimperialista, interpretan la última década como un ejemplo de era post-neoliberal. Las imágenes del Che Guevara se reproducen por doquier y las figuras de Fidel Castro y Hugo Chávez son admiradas. Para el colectivo de izquierda, América Latina tiene una imagen romántica que impide una comprensión profunda de sus procesos regionales. Por otra parte, la élite secular más liberal mira a la región con sospechas debido a la gran difusión de regímenes “neo-populistas” y al retroceso de la economía de mercado durante los últimos años, aunque reconoce el rol de ciertos países como Chile, México o Colombia como ejemplos de

articulación entre una eficiente política económica y una exitosa inserción internacional.

Pero no fueron los seculares quienes llevaron adelante una política más o menos racional hacia América Latina sino la emergente élite conservadora. Con una marcada identidad islámica y sobre la base de la competitividad comercial, ésta lanzó a Turquía hacia regiones no convencionales como el África subsahariana y Asia Oriental. No obstante, no posee aún una idea clara sobre la región. Un ejemplo del error de sus percepciones fue el discurso de Erdogan durante la Primera Cumbre de Líderes Islámicos de América Latina, organizada por la Oficina de Asuntos Religiosos de Turquía (Diyanet), que tuvo lugar en Estambul en noviembre de 2014. El presidente turco afirmó allí que “navegantes musulmanes habían llegado a las orillas de América en 1178. En sus diarios, Cristóbal Colón se refirió a la presencia de una mezquita sobre una montaña en Cuba”. El principal desafío de Turquía radica entonces en comprender las dinámicas regionales más allá de interpretaciones segmentadas sobre aspectos particulares de la región.

De hecho, a pesar de la distancia geográfica, ambos actores han tenido trayectorias comunes. En el plano de la política internacional, fueron actores periféricos en la disputa entre EE.UU. y la URSS; peones del tablero estratégico de los grandes poderes aun cuando trataran de luchar sin mucha suerte por la consecución de mayor autonomía. En el plano económico, establecieron modelos de desarrollo basados en la sustitución de importaciones hasta la década del 80 cuando implementaron las reformas neoliberales que transformaron la estructura económica, aunque con diversos resultados. Otro factor común fueron las conflictivas relaciones cívico-militares que limitaron el avance de las fuerzas democráticas frente a sectores autoritarios que además poseían una comprensión rígida de la identidad nacional y restringieron la incorporación de minorías en el proyecto colectivo.

Pero Turquía también presenta particularidades que la alejan de América Latina. Su posición geográfica vital la convierte en un activo geopolítico para las grandes potencias; atractivo del que carece nuestra región. Por otra parte, la principal brecha política turca enfrenta a conservadores y seculares, mientras que en América Latina la división tiende a reflejar las posiciones de la izquierda y la derecha.

Del Atlántico al Pacífico

La mirada de Turquía sobre la política latinoamericana hizo foco inicialmente en los países del Atlántico, específicamente en los

socios centrales del Mercosur, Argentina y Brasil. La elección tenía una lógica particularmente económica: ambos países eran, hacia mediados de la década del 2000, sus principales socios comerciales (la inversión turca más destacada, perteneciente al Holding Sabancı, se ubicaba en la Provincia de Buenos Aires). Pero pese al prometedor cuadro inicial, la trayectoria de las relaciones bilaterales divergió.

En diciembre de 2006, el Congreso argentino aprobó la Ley 26.199 que reconoce el “genocidio de que fue víctima el pueblo armenio”, ocasionando el congelamiento de las relaciones bilaterales. Para empeorar el cuadro, Erdogan suspendió un viaje en 2010 aduciendo la influencia del llamado “lobby armenio” en la suspensión de un permiso para inaugurar un busto de Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la República de Turquía, en la Ciudad de Buenos Aires. Finalmente, las relaciones retomaron su curso normal con la visita de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner a Turquía a principios de 2011 pero nunca con la intensidad inicialmente planeada.

En el caso de Brasil, luego de un comienzo auspicioso con el establecimiento de la Asociación Estratégica, el anuncio de inversiones de Petrobras en el Mar Negro, un importante crecimiento del comercio y diversas visitas al más alto nivel, la relación se fue desdibujando por el progresivo desinterés brasileño tras las críticas a la firma del Acuerdo Tripartito Nuclear junto a Irán (1). En 2015, la aprobación en el Senado brasileño de la declaración de solidaridad por el centenario de la “campaña de exterminio del pueblo armenio” sepultó las posibilidades de revivir la Asociación Estratégica.

Así, mientras el eje Atlántico se complicaba, Turquía fue a buscar aliados del lado del Pacífico. Chile, Colombia, México y Perú, integrantes de la Alianza del Pacífico, se presentaron como países con los cuales se podía entablar un diálogo diferente dada la compatibilidad con sus economías de mercado. En 2009, Turquía firmó un Tratado de Libre Comercio con Chile y luego inició negociaciones con Colombia, Perú y México, aún en curso. En el caso de México también firmó una Asociación Estratégica como la de Brasil, e impulsó la conformación de un nuevo club de países emergentes denominado MIKTA (México, Indonesia, Corea del Sur, Turquía y Australia) con la idea de presentarse como los nuevos poderes medios emergentes. En 2015, ya como presidente, Erdogan visitó Cuba, Colombia y México y anunció la apertura de la primera oficina de la Agencia Turca de Cooperación y Coordinación Internacional (TIKA) en la región, con sede en México DF. A su vez, la Alianza del Pa-

cífico abrió su primera oficina comercial conjunta en Estambul con resultados auspiciosos.

Una agenda limitada

El proyecto político del AKP abrió asimismo la puerta a la participación de actores no tradicionales en la consecución de los objetivos de política exterior. En América Latina, se destaca la labor del movimiento Gülen, por el apellido de su fundador, Fethullah Gülen (Kazancigil, pág. 37). Al igual que en otros continentes, el movimiento ha desarrollado diversas actividades, desde la enseñanza del idioma turco hasta el desarrollo de lobby empresarial y político pasando por el establecimiento de entidades educativas y la promoción del diálogo interconfesional.

Presente en más de diez países, desde Argentina hasta México, una parte importante de la agenda cultural y económica de Turquía ha estado en sus manos, por lo menos hasta fines de 2013 cuando se desató la guerra entre el AKP y el movimiento. La ruptura de la alianza entre Erdogan y Gülen llevó a una inmediata divergencia de posiciones. El movimiento Gülen sigue difundiendo las bondades de Turquía como país, pero acusa al gobierno de autoritario, mientras que las embajadas cortaron todo tipo de colaboración con el movimiento.

El activismo de Turquía en América Latina la posiciona como una de las potencias emergentes en la región junto a China, India, Sudáfrica e Indonesia. Sin embargo, América Latina aún se encuentra lejos de ser una prioridad para los dirigentes turcos. La región y Turquía son dos extraños que recién se están conociendo y enfrentan el desafío de superar preconceptos y años de indiferencia. En el plano internacional, el ascenso de ambos actores en un escenario progresivamente multipolar generó un espacio propicio para la articulación de posiciones comunes a nivel bilateral y multilateral como en el marco del G20 o del grupo MIKTA. Pero el intento oficial turco de lograr un posicionamiento eficaz en tiempo récord chocó contra la limitada dinámica de su economía, afectada por la crisis de los emergentes, la movilización de las comunidades armenias en el Cono Sur y su disputa con el movimiento Gülen. Los próximos años mostrarán si la orientación “latinoamericana” de Ankara tiene bases sólidas o si sólo fue un impulso con fecha de vencimiento. ■

1. I. Klich, “Ebullición en la ‘comunidad internacional’”, *Le Monde diplomatique*, ed. Cono Sur, Bs. As., junio de 2010.

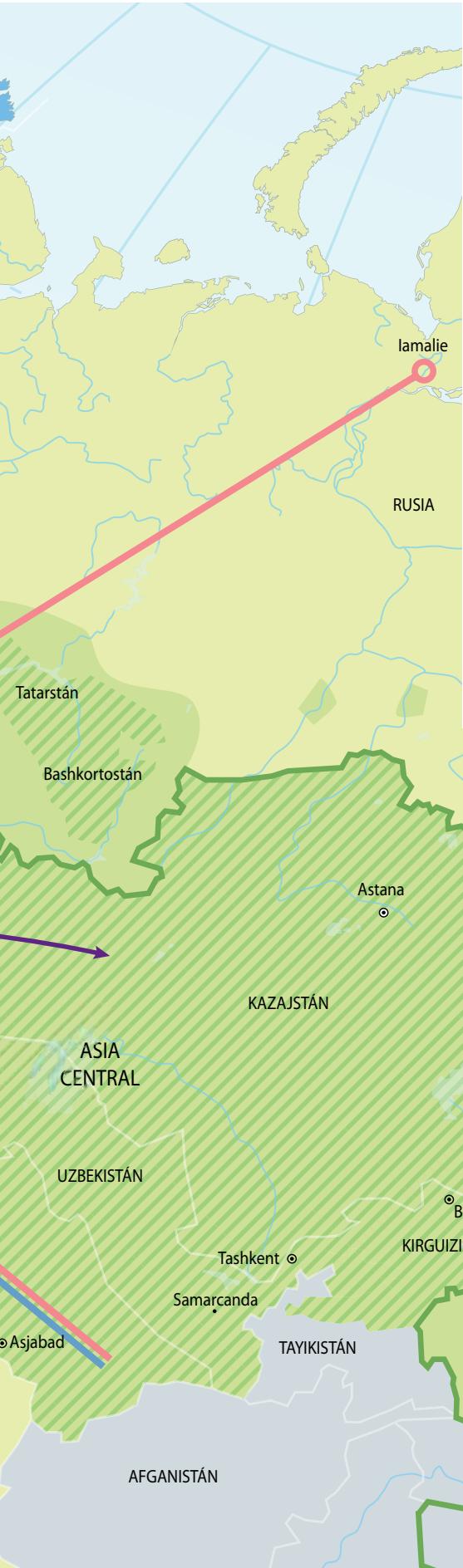
*Investigador del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Koç, Estambul.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

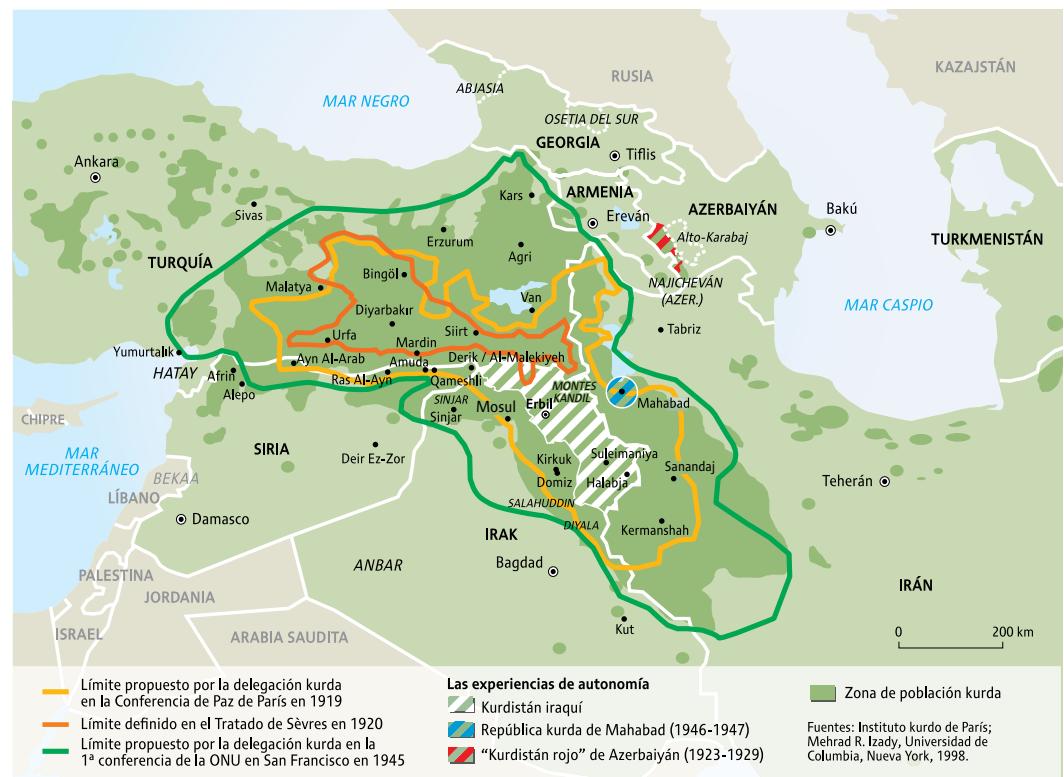
Ankara a la conquista del mundo

En el centro de Eurasia





Persistente reivindicación kurda





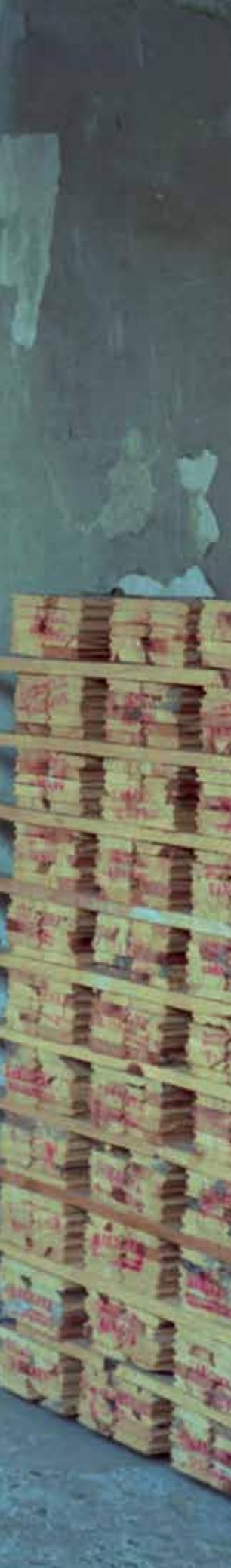
4

Lo vivido, lo pensado,
lo imaginado

UN ARTE DE LAS CONTRADICCIONES

A lo largo de los siglos, el pueblo turco se ha definido por su lenguaje y una continuidad cultural que sobrevivió a sus itinerarios geográficos, sus avatares históricos y sus contactos con las diferentes civilizaciones. Pero la característica que define a la cultura turca moderna es la profunda y persistente dicotomía entre dirigentes y dirigidos, la representación de las tensiones y violencias inherentes a las injusticias sociales, que refleja un genio y una imaginación particular, popular y universal.





Bajo la opresión

El largo camino de la cultura

por **Abidin Dino***

Al crear la Turquía moderna, Mustafá Kemal Atatürk no sólo modificó las estructuras políticas. También buscó reformar la cultura: impuso el alfabeto latino, acuñó palabras y conceptos, e impulsó un arte oficial, mediocre. Esto no impidió la emergencia de nuevos escritores y artistas, que buscaron en las raíces populares y milenarias de su pueblo formas originales de expresión.

Más allá de una constante geográfica, política o religiosa, es sobre todo la continuidad cultural lo que cohesiona a los pueblos turcos.

Partiendo de las taigas que rodean el lago Baikal, estos hombres y mujeres, estos jinetes, estos nómadas convertidos más tarde en campesinos y ciudadanos, estos guerreros, estos administradores crearon, en sucesivas olas, Estados en Asia Central, China, Transoxiana, Persia, Medio Oriente, India, África... para establecerse, a partir del siglo XI en Asia Menor. Los turcos atravesaron así la mitad de la Tierra, ya sea combatiendo unos contra otros, o uniéndose para vencer a sus adversarios extranjeros. Durante este irresistible avance, adoptaron sucesivamente las creencias chamánicas, maniqueístas, budistas, nestorianas y luego musulmanas, eligieron escribir en caracteres rúnicos, sogdianos, brahmi, árabes (y latinos), viviendo durante siglos en contacto con las culturas china, eslava, iraní, árabe, bizantina y, desde hace dos siglos, con las culturas occidentales, sin por ello perder en el camino su identidad cultural, empezando por un lenguaje (o lenguas) que tienen en común la armonía vocálica a partir de una estructuración original.

Profunda dicotomía

El lenguaje de los turcos, en sus variantes, fue siempre portador de una rica cultura oral y escrita cargada de imágenes, mitos, realidades. Su unicidad reside en el lenguaje, pero no sólo, ya que se trata también de una forma de ser, pensar, sentir y actuar que les es propia.

¿Guerreros? Por supuesto. ¿Pero qué pueblo no lo ha sido, con diversa fortuna? Sin embargo, la imagen

guerrera de los turcos, por verdadera que sea, no debe atenuar la pasión cultural que los animó durante siglos. Así, los ejemplos de una magnífica concepción arquitectónica jalonen su camino hacia Occidente. En el siglo XI, los turcos selyúcidas creaban un nuevo imperio, esta vez en Asia Menor, cuya capital sería Konya; transformaron rápidamente esta ciudad en un centro de esplendor cultural de gran magnitud, crearon un arte arquitectónico, así como literario, notable. Tras su visita a Konya, el célebre historiador de arte del Renacimiento italiano Bernard Berenson precisaba las razones de su admiración: “¡Qué milagro esta arquitectura selyúcida! Tiene una elegancia, una distinción conceptual y una sutileza ornamental que superan todo lo que pude conocer desde el góticofrancés en sus mejores ejemplos”. Berenson agregaba: “Uno no puede dejar de preguntarse sobre la procedencia de esta gente tan talentosa, el lugar donde su genio pudo madurar. Lo que nos lleva a pensar en las ciudades tragadas por las arenas del Lop Nor, del Turfán por ejemplo, y en los espléndidos frescos murales y las miniaturas maniqueas creadas allí, y en sus descendientes ‘turchí’, a su vez precursores de las más antiguas iluminaciones persas”. Berenson mencionaba algunas otras fuentes de inspiración posible, en particular bizantinas, pero agregaba inmediatamente: “Sin embargo, las influencias poco cuentan si no está presente el genio”.

Genio hubo. Sin pretender retratar en pocas palabras la historia de la cultura selyúcida y luego otomana, es preciso señalar algunas características que marcaron estas dos épocas de las cuales surgió la cultura turca actual. →

El “comunista romántico”

Considerado el mayor poeta turco del siglo XX, Nazim Hikmet, el “gigante de ojos azules”, abrazó la lucha antiimperialista de joven, cuando su pueblo enfrentaba a las potencias aliadas. Pero su celebración de la revuelta y la libertad lo llevó a ser censurado y encarcelado por más de diez años en su propio país. Despojado de su nacionalidad, murió en Moscú en 1963.

© Fulya Atalay / Shutterstock



Palacio Topkapi. Fue residencia de los sultanes en Estambul.

→ Existió una profunda dicotomía cultural entre dirigentes y dirigidos. La política de los señores de la ciudad, los sultanes, implicaba una apertura y una comunicación hacia los países islámicos, de ahí el gran uso del vocabulario árabe y persa. En cambio, los nómadas y campesinos conservarían su propio lenguaje, el turco, así como una poética dotada de una métrica silábica, y una estética decorativa geométrica en contraposición con las espirales y volutas del arte decorativo señorial y su métrica poética, el “arug”.

Las etapas de la cultura turca que sucedieron a la de Konya, las de Bursa, Edirne y Estambul, tuvieron cada una sus particularidades. Sin entrar en detalles, digamos que a partir de 1453, fecha de la toma de Constantinopla, el carácter multinacional de la política, pero también de la cultura imperial, se acentuaría. Otro contraste: en el plano de las creencias, entre el sunnismo de los soberanos y las interpretaciones muy libres del islam por parte de las sectas campesinas y nómadas de Anatolia, el conflicto fue permanente.

La violencia de las contradicciones

Tras el apogeo del siglo XVI, el período del ocaso y las derrotas otomanas estuvo caracterizado por un gran interrogante: el porqué de estas derrotas. La occidentalización del ejército, el aparato de Estado y la cultura sería la respuesta dada por los reformistas otomanos bajo la forma de medidas superficiales, sin tener en cuenta la base sociológica del salto tecnológico efectuado por Occidente. El modelo occidental atraía y a la vez generaba rechazo, ya que, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, los planes de reparto del Imperio Otomano (mediante tratados secretos o declarados) tenían precisamente como autores a los occidentales. Los intelectuales otomanos se debatían entre la tentación de una política otomana (multinacional) occidentalizada, y la de un supranacionalismo casi racista (el panturquismo) destinado a crear un nuevo imperio que se extendería hasta Asia Central. Inspirados en algunos ideólogos alemanes (véase *Los nogales del Altenburg* de André Malraux), Enver Pashá y sus acólitos, animados por un impulso insensato, se lanzaron sin reflexionar a los desastres y matanzas. Para los turcos, así como para los pueblos que habían formado parte del imperio, fue una catástrofe. Entre los cuadros del ejército, Mustafá Kemal fue el único –o prácticamente el único– que entendió que era el momento de crear una verdadera nación turca en las tierras de Anatolia, a su vez atacadas de todas partes.

La sorprendente hazaña militar de Los Dardanelos en 1915 no pudo detener la debacle; la capital cayó, el país fue ocupado por los ejércitos enemigos, la guerra de liberación nacional debió pues comenzar en 1919 en varios frentes para desembocar en la victoria de 1923.

El sultán-califa fue expulsado, la pandilla criminal de Unión y Progreso eliminada. El nuevo Presidente de la República, Mustafá Kemal, se declaró antiimperialista, antipanturquista, antipanislámico. Se decidió luego por las estructuras políticas, jurídicas y cultura-



© İhsan Çerçenman / Shutterstock

Mevlevi. Los derviches giradores de Turquía integran una cofradía religiosa sufí fundada en el siglo XIII.

les occidentales, buscando revalorizar a la vez las formas (más que el contenido) de la cultura campesina.

Había que resolver con urgencia el problema de comunicación entre dirigentes y dirigidos, deshacerse de los giros pomposos y confusos del lenguaje administrativo otomano, incomprensible para la mayoría de la población. Triunfó pues el habla campesina y urbana popular. Mustafá Kemal decidió dedicarse –personalmente– a la transformación del lenguaje oficial, militar, cultural. ¿Pero el lenguaje popular no tenía sus límites sociológicos? Para los conceptos indispensables para el funcionamiento de una nación moderna, ¿no hacía falta innovar? Innovando pues, a partir de las raíces turcas y la estructura particularmente flexible del lenguaje (a la raíz se suman los sufijos, las desinencias, etc.), Atatürk y su entorno, diputados y ministros, con la ayuda de filósofos turcos y extranjeros, se pusieron a trabajar a un ritmo acelerado. Se inventaron palabras, conceptos, durante veladas memorables. Hubo a veces excesos, pero también muchos logros. Simultáneamente, la occidentalización debía extenderse a todos los ámbitos. El Código Civil, el alfabeto, el calendario, los pesos y medidas rompían con Oriente. La mujer urbana se emancipaba, el velo desaparecía, el fez era reemplazado por el sombrero, etc. La universidad y el sistema pedagógico emprendían el mismo camino.

El nuevo Estado que había cortado bruscamente con el período otomano no podía sin embargo carecer de antecesores. Atatürk adoptó a los hititas, antiguo pueblo anatolio, eligiéndolos como ancestros de los turcos contemporáneos. Fue una idea pronto abandonada, pero que tuvo el mérito de que se conocieran y apreciaran las diferentes civilizaciones que se sucedieron en Asia Menor. Los proto-hititas, los troyanos, los etruscos, los griegos, los romanos y los bizantinos for-

maron parte desde entonces del “museo imaginario” de los turcos. El jefe de Estado otorgó plenos poderes al bizantinólogo Thomas Whittemore para la recuperación de los frescos y mosaicos bizantinos ocultos desde hacía siglos bajo el yeso de las mezquitas. Por decisión de Atatürk, Santa Sofía se convirtió en un museo.

Por otra parte, las investigaciones etnográficas, folclóricas y musicales sobre las creaciones culturales específicamente anatolianas continuarían a gran escala. Las casas del pueblo, diseminadas en todo el territorio, debían desempeñar en este terreno un papel importante. Es verdad que un arte oficial de carácter mediocre y populista se instalaría bajo el ala del partido único, pero lo esencial no residía allí, ya que a partir de la guerra de la independencia, la literatura tomaba conciencia de su propia identidad, de su propia responsabilidad frente a los soldados-campesinos, a los desposeídos que seguían siendo presa de la miseria. Incluso después de la victoria, los campesinos esperaban una reforma agraria que aún no llegaba (todavía la esperan). Una nueva clase de favorecidos en las zonas rurales y en las ciudades era fomentada por los gobernadores, mientras que los sindicatos libres y los partidos de izquierda eran eliminados. En este contexto, algunos jóvenes poetas, cuentistas y novelistas, indignados por las injusticias sociales y los arcaísmos, se encargaron de reflejar la realidad, no sin talento; la fuerza de sus obras radicaba en la violencia de las contradicciones.

Los dos ejemplos más notables de esta nueva generación de escritores fueron indudablemente el poeta Nazim Hikmet (1902-1963) y el novelista Sabahattin Ali (1906-1948). Con ellos, el campo cultural occidental debía extenderse a la cultura rusa y alemana, sumándose a la francesa implantada desde hacía mucho tiempo. Pero lo que distinguiría a la nueva generación era ante todo su gran conocimiento del habla popular de las zonas rurales y urbanas, sin ignorar el potencial específico de la literatura otomana. Una vasta cultura complementada con una ideología marxista y talentos excepcionales brindaron las primeras obras maestras de la literatura turca contemporánea. La literatura ocupaba así, y por primera vez, su lugar en el terreno de la cultura mundial. Este logro fue, desde luego, premiado con vejaciones, persecuciones y encarcelamientos, ya que no sólo los partidos socialistas y comunistas, sino también las ideas y las obras que se inspiraban en dichas ideologías, se consideraban fuera de la ley. La fuerte penetración política y económica estadounidense que se había manifestado a partir de 1950 dio a la lengua inglesa un lugar preponderante sin que influyera sin embargo notablemente en la literatura.

La imaginación circula

Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos jóvenes intelectuales inquietos se hacían preguntas: ¿acaso la revolución cultural de Atatürk y su ruptura lingüística y alfabetica no habían creado un abismo entre el pasado y el presente? El monopolio cultural occidental deseado por Atatürk, ¿no cortaba los lazos con los paí-



© Natalia Davidovich / Shutterstock

Konya. Capital del Imperio turco selyúcida (siglos XI a XIII) en Asia Menor, la ciudad era un centro cultural de notable esplendor, y conserva numerosas reliquias arquitectónicas.

ses del Tercer Mundo? Un modelo occidental elegido únicamente en su contexto capitalista, ¿podía inspirar la cultura de un país subdesarrollado sin convertirse en presa del imperialismo cultural occidental?

Aun cuando estas preguntas de intelectuales desorientados (separados de Oriente) tengan una parte de verdad, no puede dejar de pensarse que los propios artistas (en todo caso los mejores) resolvieron ya estos problemas y respondieron a los interrogantes. El poeta Melih Cevdet Anday y el novelista Yaşar Kemal crearon obras maestras arraigadas en el pasado y el presente, orientadas hacia el futuro. Se produjo una nueva migración: músicos, cantantes, pintores, escultores, escritores, hombres de teatro, de cine, desbordando las fronteras al igual que la clase obrera turca que trabaja en Occidente (cerca de 3 millones de hombres y mujeres). El arte turco viaja, obsérvese pues el cine, la textura de las imágenes de un Yilmaz Güney, su creatividad que se burla de las paredes de la cárcel (como, antes que él, el poeta Nazim Hikmet y tantos otros) y luego su imaginación alimentada con experiencias vividas, ese don de recrear lo real y lo imaginario.

La imaginación circula. Debe reconocerse que si bien Turquía sigue siendo un país económica y socialmente hipotecado por la repetición absurda (desde hace cuarenta años) de las mismas recetas políticas y económicas que conducen a los mismos retrocesos o estancamientos, su arte permanecerá, a pesar de toda la represión, ya que el subdesarrollo económico y político no genera necesariamente el subdesarrollo cultural. Turquía ofrece un buen ejemplo de esta paradoja. ■

Difusión mundial

Turquía es junto a EE.UU., la Unión Europea, Canadá y Corea del Sur, uno de los principales exportadores de cultura del mundo. En 2013, según estadísticas de la Organización Mundial del Comercio, exportó servicios personales, culturales y recreativos por un monto de 1.282 millones de dólares. Sus telenovelas son un éxito en el mundo árabe, África y América Latina.

*Artista plástico turco (1913-1993).

Traducción: Gustavo Recalde

GULU



PARK

Los apaches de Estambul

por Timour Muhidine*

El movimiento que despertó la protesta en defensa del Parque Gezi en Estambul, en la primavera de 2013, hizo emerger las múltiples caras de una ciudadanía turca contestataria, ávida de mayores libertades. Denominados “apaches”, los jóvenes de los suburbios son los protagonistas de una nueva generación de novelistas, que ponen en palabras las profundas mutaciones que vivió la sociedad en la última década.

Por primera vez en 43 años, en la mañana del 1º de mayo de 2013, el puente Gálata de Estambul, que conecta las orillas del Cuerno de Oro con la Plaza Taksim, apareció levantado, con sus dos tramos de calzada asfaltada erigidos como un muro negro. En un radio de varios kilómetros, todos los accesos estaban cerrados y los barcos que enlazan Europa y Asia habían sido suspendidos hasta las 16 horas. Los manifestantes que, en ese Día del Trabajador, a pesar de todo lograron adueñarse de la plaza fueron recibidos con gases lacrimógenos y tanques. Unas semanas después, fueron los opositores al proyecto gubernamental de demoler el parque Gezi quienes debieron enfrentar a la policía antidisturbios, seguidos por un vasto número de ciudadanos con reivindicaciones más amplias. A lo largo de su historia, la Plaza Taksim, espacio privilegiado de concentración política, ha sido una muestra del panorama de las contradicciones y aspiraciones del país.

Es lo que reflejan su estilo semi-modernista y su topografía, creados en 1939 por el urbanista francés Henri Prost y aprobados por Mustafá Kemal, fundador de la Turquía moderna. Un lazo simbólico la une a la República, que nace en 1923, tras la caída del Imperio Otomano, luego de la Primera Guerra Mundial. Los proyectos del gobierno de Recep Tayyip Erdogan –eliminación del parque,

reconstrucción “idéntica” de un cuartel otomano, edificación de una mezquita, eliminación del centro cultural Atatürk– apuntan a cortar ese lazo. Taksim, eje vial y desde hace poco también ferroviario (subte y funicular), se abre sobre Beyoğlu y los barrios más liberales de Estambul, que acogen restaurantes, teatros, cines, bares y discotecas. Los jóvenes componen la mayor parte de la multitud que se congrega en el lugar y entre ellos también circulan los “apaches”, esos adolescentes de los suburbios con ropa llamativa y peinados insólitos, cuya presencia apenas es tolerada.

Rigidez del orden social

El sociólogo Ömer Miraç Yaman, autor del primer libro dedicado a ellos, *Apaçi Gençlik* (1), presenta con gran sagacidad a esta generación de excluidos, de jóvenes varones (las chicas están poco representadas) surgidos de la periferia, que se inscriben en el linaje de las tribus de la gran ciudad. La investigación, realizada entre 2008 y 2012 en los barrios del norte de la megalópolis (Esenler y Bagcilar), ofrece un retrato poco edificante de la vida en esa franja urbana que hasta ahora se denominaban “suburbios” (*varos*) o, más comúnmente, “barrios” (*semt*) y que de a poco se va convirtiendo en “las afueras” (*banliyö*).

Las entrevistas con dueños de cafés, choferes de colectivos o profesores de colegios

de formación profesional dan una idea de la rigidez del orden social, hostil al margen de libertad que se permiten estos jóvenes, cuya apariencia choca. Ello revela una fuerte voluntad de control moral, similar a la que manifestara el [ex] Primer Ministro, para quien una de sus obsesiones, repetida en sus recientes discursos, es mantener a la juventud dentro del marco musulmán. En noviembre de 2013, por ejemplo, denunciaba las residencias universitarias mixtas: “No hemos autorizado ni autorizaremos que en las residencias estatales convivan los varones y las mujeres”.

Los apaches, con su práctica colectiva del baile *tecktonik* (el *halay*), su pelo moldeado con laca, su ropa deportiva y sus remeras coloridas, estarían amenazando la “turquicidad” misma, esa “identidad nacional” ligada al lenguaje y el islam sunnita que reivindican los conservadores. Acostumbrados a los enfrentamientos con la policía, pero aún poco politizados, se mantuvieron al margen de las manifestaciones de la Plaza Taksim, al igual que muchos jóvenes de los grupos prokurdos, que desconfían del contacto con el Estado o de lo que podría comprometer el proceso de paz con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). Sin embargo, uno de los grafitis de la plaza afirmaba: “*Hipster, Apaçi omuz omuza*” (“Hipsters y Apaches van codo a codo”) (2). →

→ Si bien la revista *Toplumbilim* (3) dedicó un número al fenómeno de los suburbios, las investigaciones de campo siguen siendo insatisfactorias y es más bien entre los escritores donde se puede recoger información sobre los márgenes. Después de la ola de textos sobre las villas miseria que caracterizaban las metrópolis turcas hace treinta años, después de la aparición en literatura de los suburbios acomodados de los estambulitas de *Buket Uzuner* (4), para una nueva generación de novelistas, la ciudad como territorio cambió de estatus: extendida hasta los límites del horizonte y las líneas de minibús, ya no es vista sólo como un centro y una periferia, sino como un ensamble de varios mundos urbanos, donde algunas partes pueden ser calificadas como suburbios.

Sin embargo, en el centro de este universo, los héroes de *Hakan Günday* o de *Murat Uyurkulak* (nacidos en 1976 y 1972 respectivamente), violentos, irascibles y a menudo delincuentes, no son capaces de movilizarse para protestar contra la destrucción de un parque, como fue el caso del centro de Estambul, donde, entre el 28 de mayo y el 16 de junio, las luchas callejeras y la represión dejaron seis muertos, más de ocho mil heridos y doscientos cincuenta y cinco acusados. En *Nido de pájaro* (5), el Taksim de Uyurkulak es el de los transexuales y su imaginación poética: “La Plaza Taksim de Estambul es la vida. Es la orca alegra, alegre, de Turquía. El agua brota de su boca, la sangre, de su dorso, el *rakı* [bebida alcohólica con sabor a anís], de sus nalgas”.

Violenta aspiración al cambio

A través de un proceso que –salvando las distancias– recuerda la frustración acumulada por la juventud francesa en los 60, la figura del padre aparece como la más radicalmente disputada. Cerca del 50% de los votantes eligió la formación de Erdogan, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), en las elecciones legislativas de junio de 2011. En julio de 2013, el 51% de los turcos sondeados por una encuestadora consideraban que durante los acontecimientos de Gezi la policía había “hecho lo que había que hacer”. Pero para la mitad del electorado el orden encarnado por el [ex] Primer Ministro no es indiscutible. La afluencia de publicaciones sobre el anarquismo y sus ramificaciones recientes, sobre las técnicas de ocupación y agitación propias de las décadas de 1990 y 2000, es elocuente. En las mesas de las librerías, desde hace al menos un año, la presencia de las obras de Max Stirner y Mijaïl Bakunin o de libros que analizan los movimientos libertarios y la Comuna de París no puede dejar de sugerir una violenta aspiración al cambio.

El número de marzo de 2013 de la revista *Sabitfikir* (“Idea fija”) (6) llevaba en tapa la imagen de un joven rebelde vestido de negro que, con la parte inferior del rostro cubierta con un pañuelo se prepara para lanzar un libro en llamas. ¿Antípoda de las manifestaciones que estaban por ocurrir? En el interior, un *dossier* de diez páginas relevaba los principales libros puestos a disposición del público en pocos meses (a veces directamente en línea) entre una producción sorprendentemente rica: *La tercera revolución*, de Murray Bookchin, *Fragmentos de una antropología anarquista*, de David Graeber y el primer análisis general sobre “el anarquismo en Turquía” (2013), de *Bariş Soydan*. Aflora una pregunta: ¿cuál

Los tuits, los grafitis y la música fueron los medios de expresión de los días de revuelta.

es el papel del individuo en una sociedad comovida por los cambios sociopolíticos de la última década y por la promesa de mejores condiciones de existencia que en concreto sólo conciernen a una fracción de la población?

Lengua de la resistencia

Los tuits, los *graffitis* y la música fueron los medios de expresión privilegiados de esos días de revuelta. Las canciones y las bromas de los *chapullers* (Coloma, pág. 33) resonarán por mucho tiempo en las memorias, al igual que la (casi) rumba de la *Chapulita*, de Müge Zeren. Si bien los intelectuales y escritores no son los principales actores de este movimiento que reunió sobre todo a estudiantes, obreros, empleados, sindicalistas y desocupados, han tomado la palabra y ampliamente: jóvenes, como la escritora y periodista Ece Temelkuran o la novelista Sema Kaygusuz (7), pero también hombres de letras que por lo general no se expresan sobre la actualidad, como Yigit Bener, autor de *La révolte de la sauterelle* [La rebelión del saltamontes] (8). Este último, en un magnífico texto para el diario *Radikal*, señala la emergencia de una “lengua completamente nueva. Una lengua que encarna su propia cultura: lengua del humor, del amor, de la resistencia, del compartir, del sufrimiento, lengua de la inteligencia, del coraje y la insumisión”.

Como otros autores parados en la confluencia de varios mundos, el belga-turco Kenan Görgün, representativo de un nuevo enfoque de la literatura, alimentada de *thriller* y *fantasy*, ofrece su visión en caliente, agitada, llena de preguntas, donde la ideología ya no tiene lugar: *Rebellion Park, une saison à Istanbul* [Rebellion Park, una temporada en Estambul] (9). Una rebelión a la que, en la realidad, se sumaron, cual fiesta improvisada, los grupos más minoritarios y más excéntricos, como para refutar la concepción de la nación como un bloque sunnita, conservador y refractario a cualquier forma de progreso que no fuera técnico y consumista. Así, es probable que la revelación de la Plaza Taksim haya sido el surgimiento de los “musulmanes anticapitalistas”, que difundieron su manifiesto en una publicación cultural mensual de extrema izquierda y promueven un ecumenismo militante repitiendo que el capitalismo es el enemigo de Dios.

En 2006, en *Gratte-Ciel* [Rascacielos] (10), Tahsin Yücel se divertía, bajo la forma de política-ficción, burlándose de la urbanización loca de Estambul. Con esas historias de edificios de pie contra el cielo, de casas amenazadas por agentes inmobiliarios, de viejos amigos izquierdistas decididos a entrar en resistencia contra un sistema inicuo, el lector también se divertía. Pero la obra también era premonitoria: el primer ministro, un tal Mevlüt Dogan (suena a Erdogan), era un aedo dictatorial de la privatización flanqueado por un arquitecto que sólo soñaba con cortar árboles. Pronto, muchos de los que habían sido expulsados de la ciudad se adueñaban de ella, manifestando en calles desiertas. En esta distopía, la insatisfacción y el afán de lucro modelan la sociedad turca de 2073, donde la locura inmobiliaria y la insistencia en triturar a los recalcitrantes van de la mano, como en la realidad de 2013. ■

1. *Açılım Kitap*, Estambul, 2013.
2. *Hipster*: juventud a la moda de las clases medias.
3. *Toplumbilim* (“Sociología”), N° 26, Baglam Yayıncılık, Estambul, 2012.
4. *Buket Uzuner*, *Istanbullular*, Everest, Estambul, 2007.
5. Esta nouvelle figura en la antología *Ecrivains de Turquie. Sur les rives du soleil*, Galaade, París, 2013.
6. *Sabitfikir* es un mensuario cultural creado en 2011 por el sitio de venta de libros *Idefix.com*
7. Sema Kaygusuz, *Ce lieu sur ton visage* y *La Chute des prières*, Actes Sud, Arles, 2013 y 2009.
8. Christian Bourgois, París, 2011.
9. Difundido por www.anatolialit.com
10. Actes Sud, Arles, 2012.

*Profesor del Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales (INALCO), París.

Traducción: Gabriela Villalba

Una gran novela turca

Violencias simétricas

por Guy Scarpetta*

El premio Nobel de Literatura Orhan Pamuk es probablemente el representante más destacado de la literatura turca actual. Sus obras han alcanzado una gran popularidad, a pesar de su estilo personal y experimental. En 2002, publicó *Nieve*, que describe como su “primera y última novela política”. Un relato excepcional que indaga sin prejuicios en las ambigüedades y paradojas inherentes a la historia moderna turca.

Sobre la Turquía actual (se nota en las reacciones que suscitó su candidatura a la Unión Europea) circulan todo tipo de prejuicios, opiniones perentorias, preconceptos, prevenciones estereotipadas. Todos aquellos que quieran hacerse una idea menos simplista de este país deberían leer, en primer lugar, la novela *Nieve*, de Orhan Pamuk (1). Porque nuevamente le toca a un novelista explorar lo que no dicen los discursos establecidos (políticos, económicos, ideológicos). Porque no se trata, para Pamuk, de ofrecer una visión global de Turquía (sea ésta positiva o negativa), sino de sumergirnos en el corazón de experiencias concretas, de trayectorias singulares, de recorridos paradójicos, abordados desde su interior.

Sumergido en la trampa

Un joven poeta, llamado Ka, desde hace mucho emigrado en Alemania, regresa a su país de origen, y más precisamente a una ciudad fronteriza dormida de Anatolia, Kars, donde subsisten las huellas de las presencias otomana, rusa, armenia. Su objetivo es llevar a cabo una investigación para una revista alemana sobre una extraña epidemia de suicidios, que implica a un número cada vez mayor de muchachas veladas. (¿Se trata de suicidios en protesta contra un Estado oficialmente laico

que prohíbe el uso del velo en la escuela? ¿O de una manipulación cínica?)

Su investigación lo lleva a conocer personajes de todo tipo: militares garantes del orden, militantes islamistas, representantes del Estado y de su policía, adolescentes fanáticos de los “liceos de los predicadores”, informantes que tienen un doble o triple juego, muchachas desgarradas sobre la cuestión del velo, antiguos militantes de izquierda desilusionados, gente del pueblo desafiante hacia los “valores europeos” y hostil a la burguesía occidentalizada de Estambul... Ka asistirá incluso, durante una representación teatral “kemalista”, a un putsch militar que termina en masacre, y cuyo objetivo, adivinamos, es impedir unas elecciones municipales de alto riesgo, que los islamistas están a punto de ganar.

Sumergido en esta violencia, establece contactos con todos los protagonistas, cada cual intentando sumarlo a su causa. Más o menos manipulado por algunos, sólo logrará salir de la trampa, provisoriamente, traicionando a aquellos que habían confiado en él, y terminará asesinado.

Zonas de locura e indecisión

No hay visión maniqueísta alguna en todo esto, ningún juicio moral, ninguna tesis unilateral que dirija la narración. Las ten-

siones políticas y religiosas, y es esto lo que Pamuk lleva a experimentar con un talento prodigioso, se encuentran también en el interior de cada sujeto (razón por la cual tienen comportamientos ambiguos, contradictorios, zonas de locura e indecisión).

¿Por qué los antiguos comunistas evolucionaron de manera tan diferente; uno aliándose al Estado “jacobino” que en otros tiempos perseguía a los suyos, el otro poniendo su experiencia militante al servicio del islamismo? ¿Por qué dos hermanas, una que usa el velo de manera deliberada, otra que no usa velo, emancipada, atraída por Europa, fueron amantes de un mismo hombre, predicador carismático del islamismo riguroso? ¿Por qué los ateos más convencidos sufren en secreto vergüenza de estar lejos de su pueblo? ¿Por qué el velo es a la vez símbolo de sumisión y rebelión? ¿Por qué resulta tan difícil escapar de las dos violencias simétricas, que se alimentan una a otra: la del fanatismo religioso y la del Estado brutal, represivo? ¿Por qué ciertos personajes, en el momento en que podrían escapar del destino que se les impone, deciden asumirlo, sabiendo que allí reside su perdición?

Las tensiones políticas y religiosas se encuentran en el interior de cada sujeto.

¿Por qué las opiniones de unos y otros, aun presentadas con la mayor firmeza, parecen precarias, resultado de elecciones aleatorias? ¿Por qué los efectos de los actos se encuentran, la mayor parte de las veces, en las antípodas de sus intenciones? ■

1. Orhan Pamuk, *Nieve*, Alfaguara, Buenos Aires, 2005.

*Escritor. Autor, particularmente, de *L'Age d'or du roman* (Grasset, París, 1996), *Pour le plaisir* (Gallimard, París, 1998), *Variations sur l'erotisme* (Descartes et Cie, París, 2004) y *La Guimard* (Gallimard, París, 2008).

Traducción: Pablo Stancanelli



5

Lo que vendrá

LOS DESAFÍOS DEL PLURALISMO

Liderado por Recep Tayyip Erdogan, el Partido de la Justicia y el Desarrollo busca convertir a Turquía en una de las diez mayores potencias mundiales para el Centenario de la República en 2023. Pero los logros alcanzados en la última década se desmoronan ante los vaivenes geopolíticos y la reacción de una sociedad sedienta de mayores libertades, que busca contrarrestar las ambiciones hegemónicas del gobierno y preservar los valores seculares de la nación.

Emergencia interrupta

por Rubén Paredes Rodríguez*

Desde principios del siglo XXI, con la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), del actual presidente Recep Tayyip Erdogan, Turquía conoció un fulgurante ascenso económico y diplomático que prometía devolver al país su influencia internacional. Pero la estrategia del AKP y sus aspiraciones revisionistas neo-otomanas chocaron contra la desfavorable coyuntura económica global, la emergencia de un malestar social interno y la inestabilidad de Medio Oriente, cuya amenaza se extiende hasta sus propias fronteras y pone en peligro las frágiles negociaciones con la minoría kurda del país. Está en juego el fortalecimiento de la democracia.

El siglo XXI ha estado marcado por el ascenso de las denominadas potencias emergentes y la difusión del poder entre los actores que componen la estructura del sistema internacional. Pese a los enconados debates y a la falta de univocidad conceptual respecto de lo que ello significa, determinados indicadores permiten precisar qué países integran este nuevo marco de poder: el modelo de desarrollo y el crecimiento económico sostenido en el tiempo, la estabilidad política –independientemente de si el régimen establecido respeta o no los derechos humanos– y el diseño e implementación de una política exterior activa pero también asertiva en el contexto regional e internacional. De tal modo que en ese ascenso, no sólo ha sido importante el reconocimiento de otros actores internacionales sino también la “autopercepción” que los países tienen de sí mismos.

Cuando Goldman Sachs acuñó la sigla BRIC (Brasil, Rusia, India, China), a la que luego se sumaría Sudáfrica (BRICS), nunca imaginó la popularidad que ese selecto grupo de países adquiriría en los círculos políticos y académicos e inclusive en los medios de comunicación internacionales. Pero los BRICS por sí solos no reflejaban completamente la estructura de un sistema internacional en plena transformación. Los resultados alcanzados por otros países han llevado a ampliar la membresía a los denominados Next Eleven –Los Once Próximos– y, a su vez, *The Economist Intelligence Unit* introdujo una nueva sigla –con menos marketing por cierto–: los CIVETS (Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía, Singapur) (1). Entre los países incluidos en esta última lista, aparece una potencia sinónimo de “modelo” para la región euroasiática por tratarse de la decimoséptima economía mundial en 2015 según el Fondo Monetario Internacional y la sexta economía del espacio económico europeo: Turquía.

Más allá de una privilegiada ubicación geográfica transcontinental –gracias al control de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos que separan el 3% europeo de su territorio del resto, situado en la península de Anatolia, en el continente asiático–, del peso de su historia –un gran imperio que rivalizó y cooperó de manera alternada con Occidente– y de una identidad única, Turquía ha ingresado al selecto concierto de los emergentes. La singularidad del “milagro turco” radica en una tríada que combina economía de mercado, democracia e islam, al que Occidente no dudó en apoyar como un modelo de estabilidad regional. Sin embargo, al igual que el resto de las potencias emergentes, Turquía sufre en esta segunda década del siglo XXI el deterioro de las condiciones favorables que impulsaron su desarrollo en el decenio anterior (2).

Los pilares de la restauración

En 2002 se inauguró una nueva era en la vida política institucional turca cuando el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), islámico, llegó por primera vez



Percepciones. En su afán reformista, Atatürk prohibió el uso de vestimentas tradicionales. En 2015, el artista Serhat Tanyolaçar recorrió las calles de Ankara vestido de otomano para analizar la reacción de sus habitantes.

al poder de la mano de Recep Tayyip Erdogan, entonces Primer Ministro y actualmente hombre fuerte y Presidente de la República. Con el cambio quedaba atrás una etapa signada por los golpes de Estado y el recuerdo de la profunda crisis económica de 2000 y 2001, al buscar implementar un modelo que combinaba los intereses estratégicos, el interés nacional y la visión de proyectar el país al mundo. Desde ese momento, precisamente, coincidieron lo que el gobierno ha denominado la “restauración” de Turquía y sus proyecciones de potencia “re-emergente” en el sistema internacional (3).

La “restauración” alude a la necesidad imperiosa de devolver a Turquía el estatus perdido, sabiendo captar el “espíritu de los tiempos”, con el fin de hacer frente a los desafíos de un sistema global en transformación. Si bien no se trata de la primera restauración a lo largo de su historia, se considera que esta última le ha devuelto su lugar en el mundo, al combinar una democracia fuerte con una economía dinámica y una política exterior activa (4).

La “democracia fuerte” pretendió romper el estigma de que un partido religioso moderado no podía devenir en gobierno bajo los parámetros de la república laica, fundada en 1923 por el “Padre de la Patria”, Mustafá Kemal Atatürk. Para el AKP, la democracia basada en un sistema multipartidista logró recuperar la “dignidad” y “legitimidad” del gobierno, a través del voto de todos los ciudadanos, constituyéndose en el principal valor y baluarte de las libertades políticas. En la práctica, consagró la plena vigencia del Estado de Derecho y el respeto a

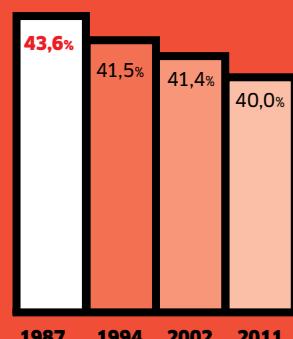
la división de poderes con la creación de instituciones fuertes, al margen de toda influencia de la corporación militar. Así, la democracia de “todos los ciudadanos” incluyó por primera vez a la minoría kurda, perseguida durante las décadas de primacía del nacionalismo kemalista.

El resultado fue una estabilidad política que se tradujo en la permanencia del AKP en el gobierno con 10 elecciones consecutivas ganadas en cada uno de los niveles de gobierno durante 13 años, demostrando que los valores democráticos son compatibles con la herencia islámica, hasta entonces relegada.

La “economía dinámica” fue concebida como la base principal a través de la cual la democracia, como régimen político, podía dar respuestas a las necesidades de la población hacia adentro, pero también proyectándose de manera sólida al mundo. En tal sentido, y a contracorriente de América Latina en el nuevo siglo, Turquía abrió su economía aplicando políticas de matriz neoliberal con el fin de implementar un modelo de desarrollo económico orientado a la exportación. Esto permite entender por qué la estructura económica turca presenta similitudes con la de los países desarrollados, en cuanto que el sector de servicios es el de mayor peso (58,2%), seguido del sector industrial (26,1%), el sector primario (10,1%) –que ha disminuido su importancia aunque absorba el 30% de la mano de obra– y el sector de la construcción (5,2%).

Los logros macroeconómicos alcanzados durante el primer decenio del gobierno del AKP posicionaron a Turquía como una de las economías →

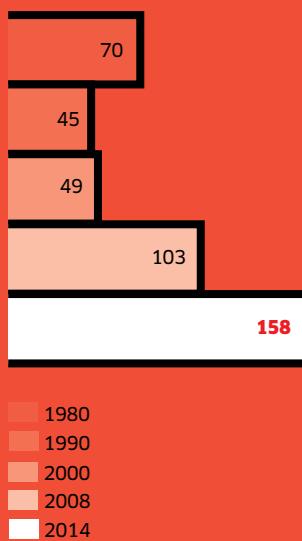
Desigualdad de ingresos (Coeficiente Gini, 1987-2011)



37 multimillonarios

Según la clasificación de *Forbes* en 2013, Estambul es la quinta ciudad del mundo con más multimillonarios.

Población penitenciaria (miles de personas)



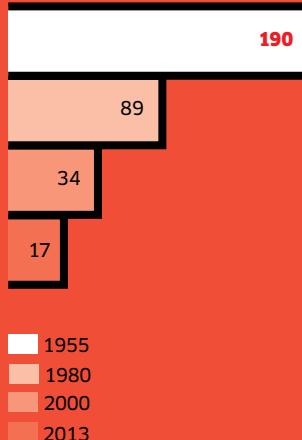
© Frederic Soltan / Corbis / Latinstock



Velo. Impulsado por el gobierno, el uso del velo islámico, a la vez símbolo de rebeldía y sumisión, es cada vez más frecuente en las calles de Estambul. El 31 de octubre de 2013, cuatro diputadas ingresaron cubiertas al Parlamento.

Mortalidad infantil

(menores de 1 año, por cada mil nacidos vivos)



→ emergentes de mayor crecimiento. El PIB se multiplicó 3,5 veces, el crecimiento fue del 5% promedio, la inflación del 60% se redujo a un dígito y el desempleo bajó del 16% al 9%. La competitividad de la economía turca permitió aumentar las exportaciones de bienes industriales intermedios de mediana tecnología, posicionar a las firmas nacionales internacionalmente y atraer, gracias al buen clima de negocios, inversiones extranjeras directas (IED) de la Unión Europea (UE).

La “política exterior activa” ha sido pensada de modo estratégico con el fin de acompañar el proceso de transformación política y económica del país. La misma recibió el nombre de “profundidad estratégica” de quien fuera primero su mentor, luego ministro de Relaciones Exteriores y actualmente Primer Ministro, Ahmet Davutoglu.

Los cinco principios formulados en la política exterior han sido: “cero problemas con los vecinos”, lo que implicó mirar de nuevo hacia Medio Oriente, región a la que Turquía le dio la espalda durante décadas, recomponiendo los vínculos diplomáticos *in situ*; la “multidimensionalidad”, que implica la complementariedad entre los nuevos compromisos –por ejemplo, interviniendo en el conflicto palestino-israelí apoyando la causa árabe– y las antiguas alianzas –la membresía de la OTAN, de la que Turquía sigue gozando– sin entrar en competencia alguna; la “autonomía”, entendida como la capacidad de realizar acciones en áreas de vital interés que pueden colisionar con sus aliados occidentales –como fue el caso del intento de mediar junto a Brasil en el dossier

nuclear iraní (5); el “multilateralismo”, al bregar por un mundo multipolar con una participación activa como miembro en los espacios multilaterales de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización Mundial del Comercio (OMC), el G20, el Grupo de amigos de Siria, Irak y Afganistán, y la “diplomacia rítmica”, preparada para actuar en los temas de la agenda internacional con un cuerpo diplomático profesional y renovado, con la apertura de 30 nuevas embajadas en África, América Latina y Asia.

A partir de estos tres pilares de la restauración, la autopercepción de Turquía ha sido la de una potencia que re-emerge de su pasado de gran potencia. En ese sentido, busca no ser vista ni como un mero puente entre Occidente y Oriente ni como un “lobo solitario” en una región convulsa, sino como una potencia “central” en el sistema internacional. En otras palabras, adoptó una visión revisionista “neo-ottomana” sin la pretensión de ser un imperio en términos tradicionales, combinando el *hard power* (poder duro) –la performance económica y militar– con el *soft power* (poder blando), en el que reconcilia el legado otomano y también musulmán, modelo para la región de Medio Oriente.

La democracia a prueba

Al igual que el resto de las potencias emergentes, Turquía empezó a experimentar problemas en la segunda década del siglo XXI, pero transita por ese camino con una marcada especificidad. En el plano interno, los indicadores económicos se han vuelto adversos, generando malestar en las distintas clases sociales, lo que

llevó al gobierno del AKP a dar un giro hacia tendencias consideradas autoritarias. Hacia afuera, la evolución de las primaveras árabes puso a prueba su condición de “potencia central”, dejando al descubierto los límites de la tan mentada restauración.

Si bien Turquía sorteó rápidamente la crisis financiera internacional de 2008, el crecimiento económico se ralentizó del 6% al 3% y el déficit fiscal alcanzó en 2014 el 6% del PIB, siendo el más alto de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Asimismo, la nueva lira turca se depreció un 30% como consecuencia de que los flujos monetarios abandonaron los *Fragile Five* (los “cinco frágiles”: Brasil, India, Indonesia, Turquía y Sudáfrica), que ya no son considerados mercados atractivos y seguros para la inversión financiera.

A pesar de que la depreciación de la moneda permite ganar competitividad a la hora de exportar, Turquía está experimentando un déficit comercial que aumentó en un 18,3% por dos factores. En primer lugar, porque requiere de bienes intermedios e insumos importados para que la industria produzca y exporte bienes de mediana tecnología. En segundo lugar, porque Turquía debe importar cuantiosos volúmenes de gas y petróleo –al carecer de los mismos– lo que pone de manifiesto la dependencia energética y la vulnerabilidad frente a los vaivenes del mercado petrolero mundial.

En consecuencia, la otrora expectativa optimista de los mercados sobre la economía turca se revirtió ante el temor de una burbuja macroeconómica que contiene otras en su interior. Por ejemplo, el déficit comercial en la balanza de pagos se equilibra a través del endeudamiento externo, lo cual pone en entredicho la solvencia del modelo económico a largo plazo. A ello se suma que en los últimos años se ha incubado una burbuja inmobiliaria –con el boom de la hiperconstrucción y las privatizaciones– lo que



© michaket / Shutterstock

Protesta. El arte callejero fue el medio de expresión predominante durante las manifestaciones de mayo-junio de 2013 contra el gobierno de Erdogan, denominado despectivamente “Sultán”.

pectivamente Sultán– y una “reislamización” impulsada desde el poder, en detrimento del laicismo garantizado por la Constitución.

Las manifestaciones en defensa del parque Gezi de Estambul, en mayo-junio de 2013, fueron el catalizador del descontento (Coloma, pág. 33). Comenzaron con el reclamo de ambientalistas y terminaron aglutinando a personas de todas las edades, sectores sociales y tendencias políticas pidiendo la renuncia de Erdogan, entonces Primer Ministro. Días antes, las restricciones a la venta de alcohol y el

Centenario

A pesar del endeudamiento creciente del país, el gobierno de Erdogan lanzó un plan de obras públicas por cerca de 350.000 millones de dólares (casi la mitad del PIB nacional) en vistas del Centenario de la República en 2023.

A contracorriente de América Latina en el nuevo siglo, Turquía abrió su economía aplicando políticas de matriz neoliberal.

genera incertidumbre sobre la solvencia del sector bancario y financiero a futuro (6). Por último, aparece la burbuja del consumo, que si bien generó una sensación de bienestar en la población durante los años de crecimiento económico, en la actualidad pone de manifiesto el incremento de la deuda privada, en manos de empresas, pero también de familias que accedieron al crédito barato, mientras que el ingreso per cápita no crece desde 2007.

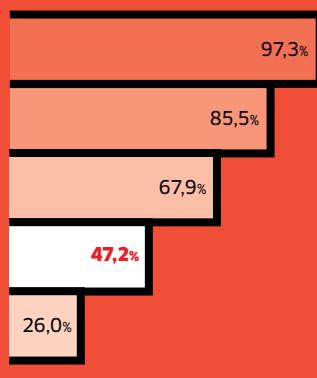
Los síntomas del malestar económico y las críticas al gobierno del AKP no han encontrado un eco positivo en el gobierno. Por el contrario, se ha producido lo que muchos denominan una “deriva autoritaria”, con la concentración de poder en la figura de Erdogan –a quien se ha comenzado a llamar des-

tricto control de las concesiones a bares y restaurantes habían generado críticas sobre la reislamización compulsiva del gobierno. Pero las imágenes de la represión en la Plaza Taksim de Estambul y en el resto del país, durante dos semanas, recorrieron el mundo, mostrando un gobierno inflexible ante las protestas y los manifestantes, a los que acusó de *hippies* de izquierda y terroristas.

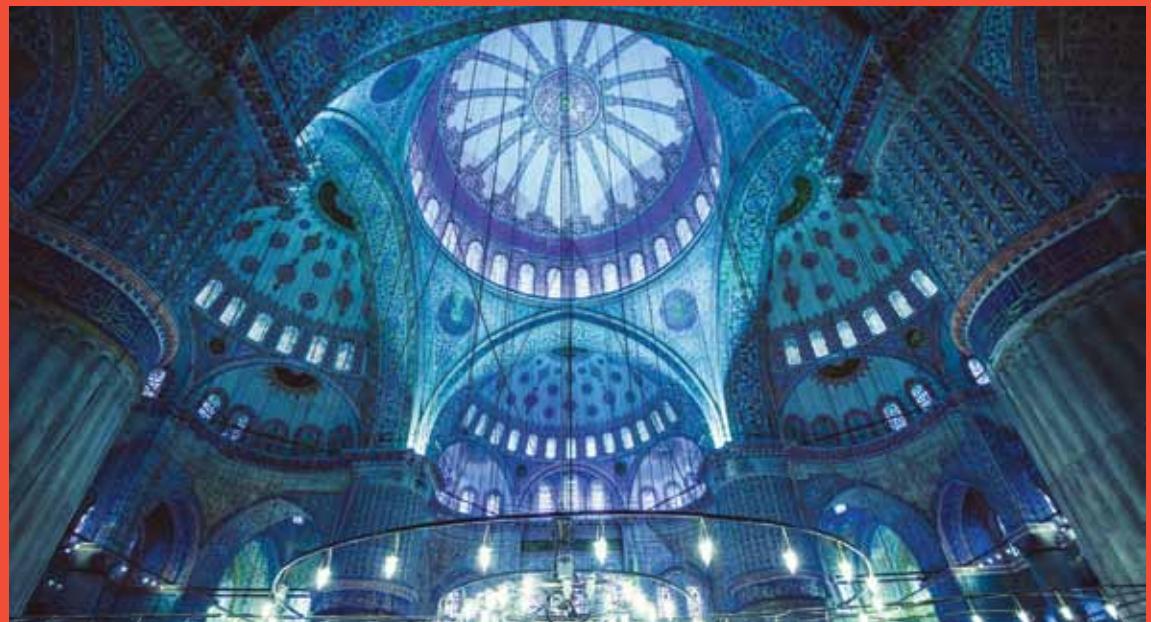
Desde entonces, el gobierno del AKP redobló la apuesta afectando derechos civiles, prohibiendo las manifestaciones, limitando por ley el uso de Twitter, Facebook y YouTube, persiguiendo y deportando a periodistas nacionales y extranjeros. Así, la sociedad turca recibió con sorpresa el impulso gubernamental al uso del velo en la vía pública y en los →

Acceso a Internet

(porcentaje total de hogares, 2012)



Corea del Sur
Alemania
España
Turquía
México

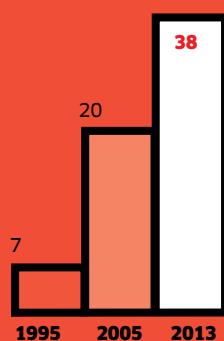


© Yarygin / Shutterstock

Visitantes. Gracias a sus atractivos naturales y culturales, como la Mezquita Azul de Estambul, Turquía se convirtió en uno de los diez destinos turísticos más frecuentados por los viajeros internacionales.

Turistas internacionales

(en millones, 1995-2013)



→ medios de comunicación, que altera el carácter laico del país, y la interdicción para los médicos de brindar asistencia –por las imágenes de los heridos en Gezi– a cualquier persona en el espacio público, reservándola sólo para clínicas y hospitales con permiso especial. Ante las denuncias de corrupción que llevaron a la renuncia de 4 ministros a fines de 2013, y el caso de escuchas ilegales, a principios de 2014, que involucraban al propio Erdogan y su familia (7), éste aprovechó la coyuntura para intervenir el Poder Judicial, removiendo a 300 fiscales y jueces, y echando a 7.000 policías.

Des-emergencia

En medio de ese clima político tenso, se produjo en el mes de agosto de 2014 un enroque político por el cual el ministro de Relaciones Exteriores, Ahmet Davutoglu fue investido como Primer Ministro y Erdogan elegido Presidente. Ese movimiento de fichas escondía otras pretensiones: la posibilidad de convocar a elecciones parlamentarias y modificar la Constitución para convertir a Turquía en una República presidencialista. Sin embargo, la democracia que para muchos se encontraba sometida a prueba, salió fortalecida cuando en las elecciones parlamentarias del 7 de junio de 2015, el AKP no alcanzó los 367 escaños necesarios para realizar la reforma constitucional. El interrogante, aún sin respuestas, es hasta qué punto el gobierno del AKP aceptará los resultados sin buscar atajos para permitir que Erdogan continúe fortaleciendo su poder y festejar en el año 2023 el Centenario de Turquía.

Las críticas por la reislamización de la sociedad también se extendieron a las acciones de política exterior cuando en el Norte de África y Medio Oriente estallaron las primaveras árabes. Mientras el mundo contemplaba expectante la revolución de los jazmines en Túnez, Turquía era el primer país que apoyaba las revueltas en pos de la democratización, al igual que en el caso de Egipto. Pese a los temores de Estados Unidos e Israel por el devenir de los acontecimientos en el estratégico país árabe, Erdogan dio la bienvenida al primer presidente democrático egipcio, Mohamed Morsi. Por un lado, porque Turquía buscaba presentarse como el modelo a emular, siguiendo con atención los acontecimientos en los países que alguna vez fueron parte de su territorio, pero por el otro, porque el pragmatismo del que hacía gala la política exterior fue cambiando por una ideologización enraizada en la religión. Ello permite entender el reconocimiento a los gobiernos islámicos de la Hermandad Musulmana en Túnez y en Egipto, y la crítica abierta al golpe de Estado en El Cairo, al que Occidente no condenó.

La prueba de fuego de que el principio “cero problemas con los vecinos” no se ajustaba a la realidad se puso de manifiesto en el caso de Siria. Las relaciones diplomáticas y comerciales se rompieron cuando Ankara criticó abiertamente la represión del régimen alauita de Bashar al Assad, apoyando a los rebeldes del Ejército Libre Sirio que cobijaba a la Hermandad Musulmana, de credenciales islámicas sunnitas como Turquía.

El pedido de intervenir militarmente con la OTAN, al igual que en el caso de Libia, fue desoído

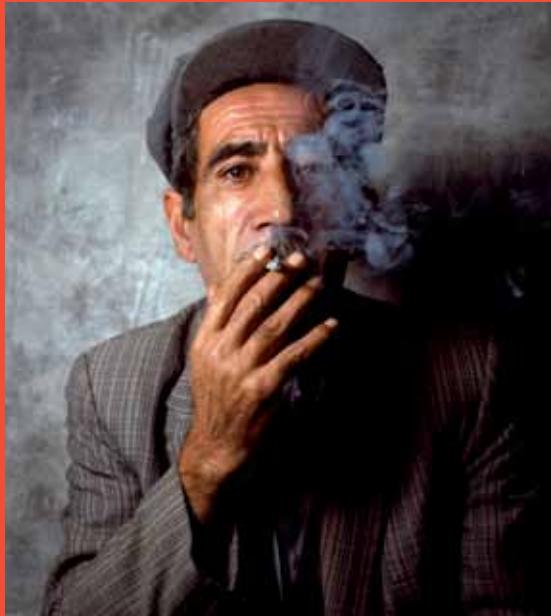
por los demás miembros de la Alianza Atlántica, lo que terminó aislando a Turquía no sólo de Occidente, sino también de Rusia e Irán, aliados de Siria (8). Aislamiento que se profundizó en el mundo árabe con la ambivalencia ante el temido Estado Islámico y la creación del califato en las fronteras turcas.

Así, el cambio en las condiciones económicas, políticas y externas que le fueron favorables en la primera década del siglo XXI ha puesto en entredicho la condición de potencia en ascenso (re) emergente de Turquía. En términos generales, así como se puede identificar el auge y caída de los grandes imperios a lo largo de la historia, será necesario repensar la condición de emergente (y des-emergente) que las potencias en ascenso transitan en ciclos marcadamente más cortos, que no les permiten alcanzar la anhelada consolidación como potencias (sin adjetivos), quedando presas de la insopitable levedad de los vaivenes geopolíticos. ■

1. Los resultados económicos, la estabilidad del sistema político y su nueva política exterior le permitieron a Turquía ser considerado parte del grupo *Next Eleven*, que incluye a las próximas potencias emergentes del siglo XXI, junto a Bangladesh, Corea del Sur, Egipto, Filipinas, Indonesia, Irán, México, Nigeria, Pakistán y Vietnam.

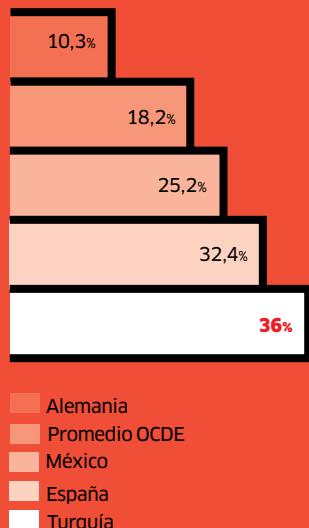
2. En la segunda década del siglo XXI, los factores que permitieron considerar a ciertos países como potencias emergentes están siendo sometidos a prueba por la coyuntura económica, lo que ha impactado en la situación política interna de varios países así como en sus acciones de política exterior. China, por ejemplo, atraviesa actualmente una desaceleración del crecimiento económico, que repercute en una menor demanda de *commodities* al mundo –con el consabido impacto en los precios internacionales–, sumado a una caída bursátil del 30% equivalente a 2,8 billones de dólares, lo que provoca incertidumbres en los mercados financieros. Rusia, por su parte, vio ahondarse sus problemas económicos debido a la crisis con Ucrania y el consiguiente bloque occidental, que puso al desnudo su dependencia de las exportaciones de crudo y gas. En cuanto a Brasil, el gigante

© William Coupon / Corbis / Latinstock



Jóvenes

(entre 20 y 24 años que no estudian ni trabajan, en porcentaje, 2013)



Kurdos. La integración de las minorías es uno de los desafíos centrales de la democracia turca.

y centros comerciales, se sumó el anuncio de construir el tercer aeropuerto de Estambul y el tercer puente sobre el Bósforo (afectando los bosques adyacentes), lo que ha generado críticas.

7. En el marco de una investigación realizada por dos fiscales desde 2011, se difundieron por YouTube unas escuchas en las que Erdogan le preguntaba a su hijo Bilal si había podido hacer desaparecer 700 millones de euros, un dínero presuntamente obtenido por los negocios inmobiliarios y las obras públicas en infraestructura. La crisis política llevó al entonces Primer Ministro a denunciar a quien fuera su aliado cuando llegó al poder, Fethullah Gülen (Kazancigil, pág. 37), convertido hoy en su principal detractor.

El pragmatismo del que hacía gala la política exterior fue cambiando por una ideologización enraizada en la religión.

latinoamericano que en la primera década del siglo XXI hacía gala de su creciente poderío, atraviesa actualmente un ajuste económico ortodoxo potenciado por una crisis política y un fuerte malestar social. 3. En la cosmogonía turca, desde la época imperial otomana hasta la actualidad, han existido cuatro restauraciones: la primera es conocida como la *Tanzimat* –coincidiendo con la incorporación del legado ideológico de la Revolución Francesa recién en 1839–; la segunda se produjo en 1923 tras la instauración de la República luego de la Primera Guerra Mundial; la tercera con la adopción del sistema parlamentario en la década del 50, y la cuarta y última, con la implementación de un verdadero sistema multipartidista que le permitió al AKP llegar al poder en 2002.

4. Véase Ahmet Davutoglu, “The Restoration of Turkey: Strong Democracy, Dynamic Economy, and Active Diplomacy”, *Vision papers*, N° 7, SAM Centre for Strategic Research, Ankara, agosto de 2014.

5. Ignacio Klich, “Ebullición en la ‘comunidad internacional’”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2010.

6. Una gran parte de la sociedad turca cuestiona los megaproyectos de construcción realizados, que modificaron la arquitectura y la noción del espacio de las ciudades. A la proliferación de hipermercados

8. Las últimas acciones de política exterior de Turquía han sido consideradas erráticas, alejadas del pragmatismo de los primeros años. Por ejemplo, cuando Erdogan criticó al Vaticano por reconocer un tema sensible como el genocidio armenio o cuando planteó –sin pruebas– que el esplendor de Turquía la llevó a descubrir América antes que España. Paradójicamente, el alto perfil de Ankara sacó a la luz los silencios tácticos de su diplomacia cuando el entorno nacional e internacional se tornó desfavorable, poniendo nuevamente en el tapete la histórica disputa por Chipre, el apoyo a Azerbaiyán por el enclave de Nagorno Karabaj o la crítica xenófoba a algunos países europeos.

*Director Adjunto del Instituto Rosario de Estudios del Mundo Árabe e Islámico (IREMAI) de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Docente a cargo del seminario “Religión, política y economía en las relaciones internacionales de Medio Oriente”, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR.

© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

PRIMERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
1 CHINA
2 BRASIL
3 INDIA
4 RUSIA
5 ÁFRICA

SEGUNDA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
1 ESTADOS UNIDOS
2 ALEMANIA
3 JAPÓN
4 GRAN BRETAÑA
5 FRANCIA

TERCERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
1 IRÁN
2 MÉXICO
3 COREA DEL SUR
4 TURQUÍA
5 ESPAÑA

EXPLORADOR

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

La revolución kمالista, por Taner Timur, página 7, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 1973.

El tabú del genocidio armenio, por Taner Akçam, página 13, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, julio de 2001.

Una sociedad bajo tutela, por Ata Gil (seudónimo de Ali Kazancigil), página 17, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1982.

En tránsito hacia la democracia, por Ata Gil, página 23, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1987.

El avance del islamismo, por Altan Gokalp, página 24, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1987.

Islamismo popular y liberal, por Tristan Coloma, página 33, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Bs. As., julio de 2013.

El enigma Gülen, por Ali Kazancigil, página 37, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2014.

Frágil esperanza de paz con los kurdos, por Kendal Nezan, página 41, "Turquie. Des ottomans aux islamistes", *Manière de voir*, París, diciembre de 2013 - enero de 2014.

El despertar de los gitanos, por Marie Chambrial y Erwan Manac'h, página 46, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2015.

Un espléndido aislamiento, por Wendy Kristianasen, página 51, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2015.

El eslabón precario, por Alain Gresh, página 52, www.eldiplo.org, octubre de 2014.

¿Una oportunidad para la paz?, por David Courbet, página 55, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2013.

Socios, pero no tanto, por Didier Billion, página 57, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2008.

Los turcos de Alemania, por Michel Verrier, página 60, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2015.

Expansión al sur del Sahara, por Alain Vicky, página 63, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2011.

El largo camino de la cultura, por Abidin Dino, página 73, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1982.

Los apaches de Estambul, por Timour Muhidine, página 77, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 2014.

Violencias simétricas, por Guy Scarpetta, página 79, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2006.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

Población, página 18

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Territorio, página 18

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

PIB, página 21

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Población rural y urbana, página 26

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Crecimiento anual del PIB, página 34

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Tasa de desempleo, página 35

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Inflación anual, página 35

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Confesiones religiosas, página 38

Fuente: *El Atlas de las religiones*, Capital Intelectual, 2009.

Minorías, página 42

Fuente: www.minorityrights.org

Presupuesto militar, página 44

Fuente: SIPRI Military Expenditure Database, SIPRI, 2015.

Gasto en defensa, página 39

Fuente: SIPRI Military Expenditure Database, SIPRI, 2015.

Dependencia energética, página 45

Fuente: International Energy Agency Statistics, 2012.

Refugiados sirios, página 43

Fuente: Syria Regional Refugee Response, ACNUR, 2015.

Fuerza militar, página 54

Fuente: www.globalfirepower.com

Inversión extranjera directa, página 58

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Inmigrantes de Turquía, página 61

Fuente: Trends in International Migrant Stock: Migrants by Destination and Origin, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2013.

Inmigrantes en Turquía, página 61

Fuente: Trends in International Migrant Stock: Migrants by Destination and Origin, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2013.

Intercambio comercial, página 64

Fuente: UN Comtrade database, 2014.

Principales orígenes de las importaciones, página 65

Fuente: International Trade Statistics Database, UN Comtrade, 2015.

Principales destinos de las exportaciones, página 65

Fuente: International Trade Statistics Database, UN Comtrade, 2015.

Desigualdad de ingresos, página 83

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Población penitenciaria, página 84

Fuente: International Centre for Prison Studies.

Mortalidad infantil, página 84

Fuente: UN Inter-agency Group for Child Mortality Estimation (IGME), 2014.

Acceso a Internet, página 86

Fuente: OCDE Stats.

Turistas internacionales, página 86

Fuente: Indicadores de Desarrollo Mundial, Banco Mundial, 2015.

Jóvenes, página 87

Fuente: OCDE Stats.

MAPAS

Bajo los escombros surgen varios Estados, por Cécile Marin y Philippe Rekacewicz, página 29, *El Atlas histórico. Historia crítica del siglo XX*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011.

En el centro de Eurasia, por Cécile Marin y Philippe Rekacewicz, con la ayuda de Aurore Colombe y Agnès Stienne, páginas 68-69, *El Atlas IV de Le Monde diplomatique. Mundos emergentes*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

Persistente reivindicación kurda, por Philippe Rekacewicz, página 69, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2013.

Explorador: Turquía / Pablo Stancanelli ... [et.al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Capital Intelectual, 2015.
88 p.; 27x23 cm.

ISBN 978-987-614-483-4

1. Política Internacional. I. Stancanelli, Pablo
CDD 327.1

Fecha de catalogación: 16/07/2015

Hecho el depósito de Ley 11.723.

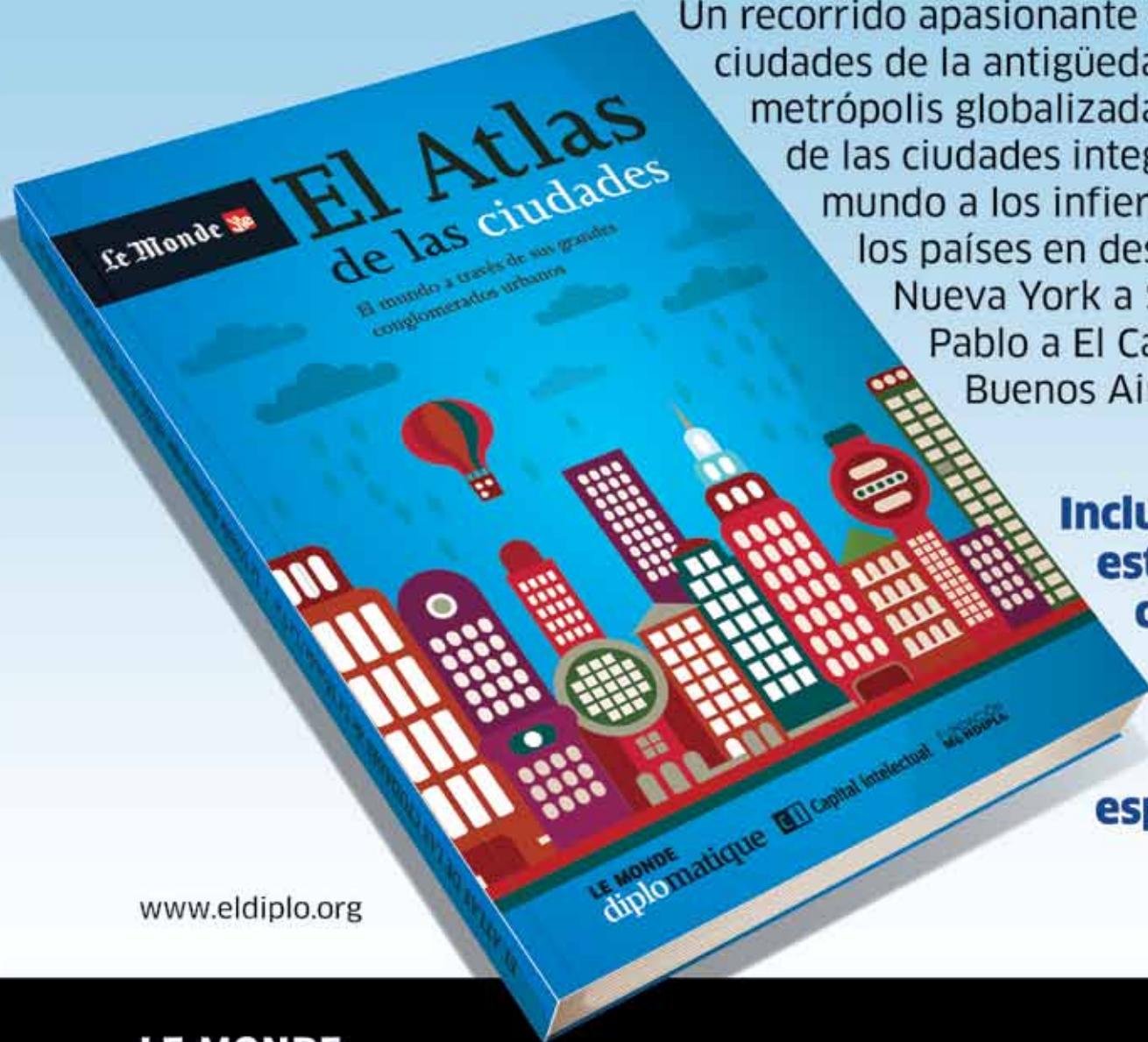
Se terminó de imprimir en agosto de 2015
en Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768,
C.P. 1416ECH, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El Atlas de las ciudades de Le Monde / La Vie

EN VENTA EN
LIBRERÍAS

PARA ENTENDER DÓNDE VIVIMOS

Un recorrido apasionante que va de las ciudades de la antigüedad a las metrópolis globalizadas del presente, de las ciudades integradas del primer mundo a los infiernos urbanos de los países en desarrollo, de Nueva York a Shanghai, de San Pablo a El Cairo, de París a Buenos Aires...



**Incluye mapas,
estadísticas,
cuadros
comparativos
y el análisis
de prestigiosos
especialistas.**

www.eldiplo.org

**LE MONDE
diplomatique**

CI Capital intelectual

**FUNDACIÓN
MONDIPLO**

LE MONDE
diplomatique



9 789876 144834

Turquía: Donde chocan los mundos La caída del Imperio Otomano **La revolución de Atatürk** El tabú del genocidio armenio **Poder militar y burguesía** Islamismo **Erdogan y las revueltas de Gezi** El enigma Gülen **La cuestión kurda** Un espléndido aislamiento **Ankara y el Estado Islámico** Cultura y opresión **Orhan Pamuk**

EXPLORADOR

El mundo
cambia

4